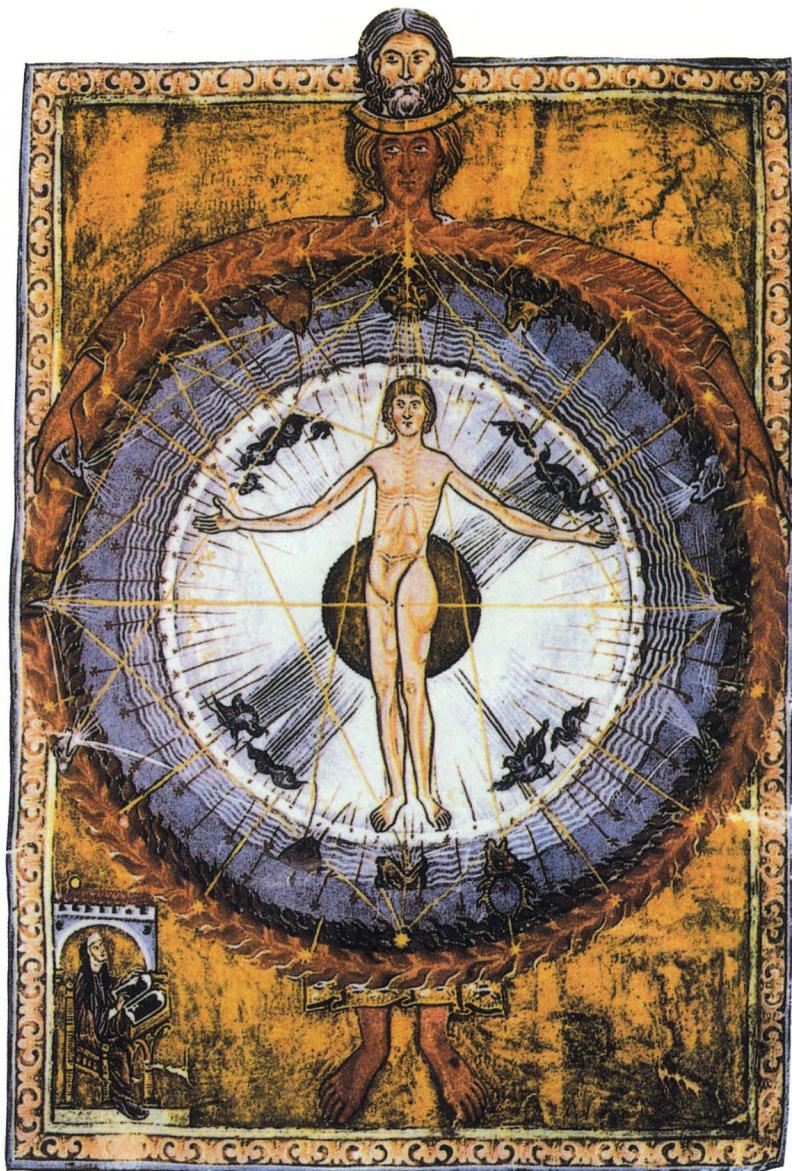


HROTSVITHA DE GANDERSHEIM

Las ocho leyendas

Traducción de Luis Astey V.



EL COLEGIO DE MÉXICO

LAS OCHO LEYENDAS

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

Hrotsvitha de Gandersheim
Las ocho leyendas

Traducción
de
Luis Astey V.

Semblanza
GABRIEL ASTEY W.

Presentación
MAURICIO BEUCHOT



EL COLEGIO DE MÉXICO

879.9

H873oc

Hrotsvitha, ca. 935-ca. 975

Las ocho leyendas / Hrotsvitha de Gandersheim ;
traducción de Luis Astey V. ; semblanza Gabriel Astey W. ;
presentación Mauricio Beuchot. -- México : El Colegio de México,
Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1999.

161 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-0923-0

I. Astey Vázquez, Luis, 1921-1997, tr.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Portada: Ilustración tomada de
Ilumination of Hildegard of Bingen,
Bear and Co., Santa Fe, 1985.
Diseño de María Luisa Martínez Passarge

Primera edición, 1999

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.

ISBN 968-12-0923-0

Impreso en México/Printed in Mexico

ÍNDICE

Dedicatoria	9
Semblanza. Luis Astey y la traducción	11
Presentación	15
Prefacio	19
Materia preliminar	21

I - 1

A Gerberga	23
María	27
La Ascensión	57
Gongolfo	65
Pelagio	85
Teófilo	101

I - 2

Basilio	117
Dionisio	129
Inés	141
Transición	157

DEDICATORIA

Al publicar esta obra de Luis Astey, el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios rinde homenaje a un querido colaborador y profesor. Alumnos y colegas se beneficiaron de su erudición y sabiduría. Hace más de quince años, por su iniciativa, se creó la *Biblioteca novohispana* destinada a recuperar textos inéditos de ese periodo mexicano.

Estas leyendas de Hrotsvitha —que se transcriben como él las dejó en su manuscrito— complementan la versión de los seis dramas de la misma autora, que Luis Astey tradujo y publicaron, en 1990, el ITAM y el Fondo de Cultura Económica. Quien conozca el estilo de Luis Astey notará la falta del gran aparato erudito que acompañaba siempre sus escritos; Gabriel, su hijo, piensa que así le habría gustado más, verdadera crisis entre el lector que fue y el erudito que se hizo.

LUIS FERNANDO LARA
Director

SEMBLANZA LUIS ASTEY Y LA TRADUCCIÓN

Una de las cosas intelectualmente destacadas que hacía Luis Astey era traducir literatura. No era su ocupación académica primordial, ni tampoco, desde el punto de vista de lo que se suele llamar vocación, lo más importante (en cuanto a lo primero, me atrevo a decir que lo apasionaba mucho más la docencia; y, respecto a lo otro, tal vez la lectura en sí fuera el motor vital de su intelecto —él se consideraba un vagabundo o un curioso de las humanidades). No obstante esa posición vitalmente secundaria que ocupaba para él su trabajo de traducción, es tal vez la obra que dejó en ese rubro lo que mejor testimonia públicamente la, no por espontánea, menos rigurosa dedicación, pericia crítica y minuciosidad que lo caracterizaron en todo aquello de que se ocupó. Y es que su obra como traductor (y al decir traductor hay que decir también, en varios casos, editor crítico o compilador de textos) es el único registro palpable de su trabajo, porque se trata de documentos publicados y las publicaciones se difunden y perduran, lamentablemente, más allá de ese cálido circuito de alumnos y profesores compañeros, registros vivientes en los que permanece una imagen más entera y vital de quien se consideró principalmente un maestro y así quería, quizá, ser recordado (y digo quizá porque, siendo su hijo y conociéndolo como tal, no creo equivocarme al suponer que ser o no recordado le importaba muy poco, por la sencilla razón de que le parecía ocioso y hasta vulgar hacer especulaciones sobre el mundo después de su muerte). El lector disculpará que, por la misma razón filial que aduzco en el paréntesis previo, haga excursos tan biográficos cuando se supone que voy a hablar de su trabajo como traductor. Pero bueno, entremos en materia. Dos cosas peculiares al respecto son, por un lado, que se ocupaba de literaturas y textos muy inusuales en el medio intelectual mexicano; y, por otro, que trataba esos asuntos tan exóticos con una paciencia y una pericia también inusuales (y no me refiero a la paciencia profesional necesaria que debe tener quien trabaja a ese nivel con documentos literarios antiguos, sino a que casi todos los originales y los artículos especializados en los que basaba sus investigaciones le llegaban en microfílm y fotocopias cuya obtención dependía de envíos postales para los que el plazo de llegada oscilaba entre las pocas semanas y los muchos meses). Pero esas dos peculiaridades son cir-

cunstanciales, porque la primera se explica mediante una paradoja, es decir, con un argumento inexplicable: esos temas tan raros, la literatura acadia, la latina medieval, le apasionaban al grado de que no se tomaba la molestia de justificar su interés al respecto más que con una afirmación visceral: “me gustan y punto. ¿Por qué nos gusta lo que nos gusta? Quién sabe. Cualquier explicación es inexacta, o, peor aún, sale sobrando”. La segunda peculiaridad también es incidental, porque él tenía una constitución interior basada con mucho en la paciencia y, cuando su trabajo se interrumpía por falta de material, aprovechaba la ruptura para repensar y serenar la obra en progreso. Cada que una tardanza postal lo posponía todo, hacía un breve coraje y luego se apoyaba, resignadamente, en aquel verso del poema de Heidegger: “no llegamos a los pensamientos, ellos vienen a nosotros”, y, en fin, esperaba.

Independientemente de esto, creo que es característico de su trabajo como traductor el que, en cada uno de sus libros, trataba de ser exhaustivo en sus modos de abordar el o los textos en cuestión. El caso de *Dramas litúrgicos del occidente medieval*, es, en este sentido, el más ejemplar: más allá de que los 50 dramas que conforman la obra fueron elegidos como representativos de un *corpus* de más o menos 1000, y que en cada uno de esos 50 dramas hay una muy detallada labor de edición, además de una traducción muy cuidadosa en que la fidelidad al latín no obstaculiza la elegancia de la versión castellana; más allá de esto, el libro destaca porque su breve y escueta introducción tiene una ingente cantidad de notas en las que se condensa, acomodado de muy diversos modos, todo el saber enciclopédico que respecto al Drama litúrgico medieval Astey tenía. Para bien o para mal de los actuales paradigmas de excelencia académica, esa introducción y esas notas fungen, en general, como la carta de presentación de la obra y como el indicio palpable de lo intelectualmente valioso que era mi padre en el medio académico, es decir, de la legitimidad de su labor de traductor de literaturas exóticas. Ahora bien, es aquí donde el lector puede empezar a sorprenderse: Luis Astey detestaba la erudición. Entiéndase, no detestaba tenerla (no por otra cosa sino por pasión era tan obsesivo y exhaustivo en el conocimiento de sus temas favoritos), detestaba tener que sustentar la publicación de una versión española de un texto inusual con todo un compendio babilónico de información experta, detestaba forzar involuntariamente al lector culto no especializado a encontrar los típicos tediosos obstáculos de la erudición. Su ideal era ofrecer al público la traducción de los textos con una brevísima nota introductoria y algunas sugerencias bibliográficas¹, pero puesto que la tendencia académica era (y es y seguirá siendo) otra, pasaba

¹ Al respecto, no puedo eludir aquí la cita de un fragmento de una “nota inicial muy subjetiva” que mi padre antepuso a una pequeña selección de salmos bíblicos publicada en Monterrey en 1969, en un medio en que algo así de lírico y no por ello menos interesante podía hacerse: “Asumo mi responsabilidad por la selección de los once salmos —doce, de acuerdo con el cómputo tradicional— que componen este fascículo de *Poesía en el mundo*. La fui haciendo, o debo decir quizá que se me fue haciendo, a lo largo de años, a través de lecturas y re-lecturas de distintas versiones de los poemas. Científicas unas, otras de diversos signos religiosos, pero siempre traducciones. Porque no puedo leer en su idioma original el *Libro de*

por alto su repelencia hacia el mundo de la erudición institucional y volcaba todo su conocimiento y todo su rigor en esas introducciones y notas que tanto respaldan el nivel de sus libros y que le permitían publicar lo que de veras le interesaba: la sustancia literaria. (Como el lector podrá ver, Luis Astey era un personaje sutilmente contradictorio). Respecto a esa aversión por lo académicamente exacto, solía citar mucho un refrán del mundo universitario francés que reza: “nada muere más pronto que un libro de erudición”; más o menos a propósito de lo mismo, cuando se le sugería que escribiera ensayos especializados sobre alguno de sus temas predilectos, se enfurruñaba y decía no querer contribuir a la “contaminación bibliográfica”. En suma, si existen los libros de Luis Astey que existen, ello se debe única y exclusivamente a que poner en su propio idioma una serie de textos que le apasionaban le significaba un placer tan grande que podía tranquilamente hacer a un lado su incompatibilidad personal con el mundo de las academias y las sabidurías y las excelencias al que, no sin ironía, le tocó pertenecer. En este sentido, encuentro muy grato que, aunque sea por razones circunstanciales, estas leyendas de Hrotsvitha que ahora se publican no tengan la típica introducción especializada de mi padre. Creo que le gustaría saber que se pudo, al fin, hacer un libro a su manera, al estilo de aquellas publicaciones regiomontanas con que se inició en el trabajo de la traducción y en las que a lo único que se dedicaba era a hacer versiones de textos.

GABRIEL ASTEY

los Salmos. Y se fue organizando en una a modo de perspectiva poética sobre los puntos nodulares de la historia de los hebreos antiguos, sujetos de una cultura con la que desde hace mucho tiempo me han vinculado preocupaciones intelectuales aparentemente no transitorias.

Hubiera sido deseable que el fascículo presentara una traducción nueva de los salmos que incluye. Como no fue posible hacerla, se usó la de Nacar-Colunga, que en español es, al parecer, la más próxima al texto. Este último procede de la edición de Umberto Cassuto (Tel-Aviv, 1957)” (Asher Shamir y Luis Astey, *Once Salmos*, ITESM, México, 1969, col. Poesía en el mundo, 67, p. i). Creo que en esta breve anotación puede verse el ideal de brevedad, en cuanto a participación personal en una obra, de un compilador que lo que pretende es que se disfruten los textos, no que se expliquen, en términos de “ciencia literaria”.

PRESENTACIÓN

Antes de morir, el gran medievalista Luis Astey dejó traducidas del latín las ocho leyendas escritas por Hrotsvitha de Gandersheim (Elena de Rossow, h. 935-984). Astey no alcanzó a hacer el proyectado estudio introductorio —lo mismo que las notas—, por lo cual El Colegio de México me solicitó que antepusiera a dicha traducción alguna nota explicativa de la labor de mi eminente amigo. Tarea difícil, porque Luis acostumbraba hacer estudios introductorios que son verdaderos tratados, muy eruditos y profundos, sobre el tema que le ocupaba; y, además, Hrotsvitha de Gandersheim es uno de los autores que más tradujo y de cuya obra, pensamiento y estilo llegó a compenetrarse más. Por eso me reduciré a ofrecer algunas breves notas sobre la labor medievalista de Luis y sobre el material que nos entrega en traducción.

Además de un acendrado trabajo como orientalista y helenista, Luis Astey realizó una ingente y competente labor de traductor del latín medieval. En relación con él, efectuó varias traducciones acompañadas de sus respectivos estudios introductorios y a veces con abundantes notas. Las obras que llevó a cabo en este campo pueden dividirse en dos periodos; unas que pertenecen a su época regiomontana, cuando Luis fue profesor e investigador en el Instituto Tecnológico de Monterrey, que corresponden a la segunda mitad de la década de 1960 hasta fines de la década siguiente, y otras que corresponden al periodo capitalino de su docencia e investigación, tanto en El Colegio de México como en el Instituto Tecnológico Autónomo de México y en la UNAM, éstas ya situadas en la década de los 90. Pertenecientes a esa primera época son: “Rosvitha de Gandersheim, *Dulcidio (Dulcitiis)*”, *Cuadernos de Investigación Humanística* (Monterrey), 1 (1966), pp. 175-202; “*Sponsus*”: *un drama medieval latino-románico*, Monterrey: Poesía en el Mundo, 1967 (2a. ed., 1969); *Rosvitha de Gandersheim, “Calímaco”*, Monterrey: Poesía en el Mundo, 1969; “El *Danielis ludus* de la Catedral de Beauvais”, *Humanitas* (Monterrey), 10 (1969), pp. 307-325; *El “Ludus de Nativitate” de Benediktbeuern*, Monterrey: Poesía en el Mundo, 1970; “*Peregrinus*”: *tres versiones*, Monterrey: Poesía en el Mundo, 1971; *Dramas latinos medievales del ciclo de Navidad*, ITESM, México, 1970; *Una edición del “Pergamino Vindel”*, Monterrey: Poesía en el Mundo, 1978. Como se ve, ya desde su primer trabajo en esta área abordó la tarea de traducir y estudiar a Hrotsvitha; lo siguió haciendo con cierta asidui-

dad. Y, aun cuando abordó otros textos que no eran de esta autora, le sirvieron para profundizar en su manejo del latín medieval y su conocimiento de ese contexto histórico-cultural.

Después de un inexplicable salto que abarca los años 80, Luis vuelve a sus afanes como traductor de esta clase de textos latinos, y retoma el trabajo con una colección de la autora que ya conocía tan bien. Se trata de Hrotsvitha de Gandersheim, *Los seis dramas*, FCE-ITAM, México, 1990. Sigue con otros temas relacionados, como “El *Ordo Virtutum* de Hildegard von Bingen”, en R. Olea Franco y J. Valender (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias*, t. 2, *Literatura*, El Colegio de México, México, 1992, pp. 17-52; *Dramas litúrgicos del Occidente medieval*, El Colegio de México-Conacyt-ITAM, México, 1992; y *Los tres dramas de Hilario y otros tres dramas temáticamente afines*, UNAM, México, 1995. De modo que incluso los textos de otros autores le sirvieron para conocer con mayor precisión el idioma, estilo y pensamiento de su querida Hrotsvitha.

Pude apreciar la erudición de Luis en esta área, pues me tocó hacer presentaciones y reseñas de tres de esos libros que se relacionan con nuestro tema, a saber, el mismo libro de Hrotsvitha de Gandersheim, *Los seis dramas*; igualmente los *Dramas litúrgicos del Occidente medieval*; y un volumen que contiene *Los tres dramas de Hilario y otros tres dramas temáticamente afines*. Al evaluar su traducción e introducción del primer libro, el de los seis dramas de Hrotsvitha, en los que imita a Terencio, pude darme cuenta de su gran preparación y competencia para estos trabajos. La presentación que Astey efectúa de la autora y su contexto histórico-cultural nos hace quedar prendados de ella, una especie de sor Juana, como aquellas monjas de la Alta Edad Media que tenían una erudición pasmosa, por ejemplo santa Hildegarda de Bingen, Rikkardis, Gerberga y Eduviges.

En los materiales prefatorios —y en muchas otras partes de su obra—, Hrotsvitha da muchas muestras de modestia, aludiendo a que seguramente habrá en sus versos diferentes errores, descuidos y rudezas, tanto en la cantidad de las sílabas como en la fraseología latina. Pero todo lo ha hecho sin maestro. Tiene un poema a Gerberga, a quien dedica su trabajo. Para tener una idea de sus leyendas, veamos algunos rasgos de las mismas. Hay que notar, antes que nada, que aquí las leyendas (*legendae*) son entendidas —según lo dice su propia etimología— como cosas “dignas de leerse”, esto es, relatos piadosos acerca de Cristo y de los santos, que no necesariamente eran considerados auténticos (al menos en su totalidad), pero que ayudaban a los lectores a elevar el espíritu.

Así, ya en el cuerpo de la obra, abre la marcha una leyenda acerca de la Virgen María, que narra la “Historia del nacimiento y del laudable curso de la vida de la intacta madre de Dios, que encontré escrita bajo el nombre de Santiago, hermano del Señor”. Se refiere al apóstol Santiago, de quien el evangelio dice que era primo hermano de Jesús —pero no otro hijo de la Virgen María. Se pasa en seguida a una leyenda sobre la ascensión de Jesús: “De la ascensión del Señor. Este relato fue tra-

ducido del griego al latín por el obispo Juan”, sin que se especifique más de qué Juan se trataba.

A propósito de los santos, sigue otra composición que narra el asesinato de san Gongolfo, el cual estuvo a las órdenes de Pipino, rey de los francos, de quien llegó a ser procónsul. Fue gran guerrero, y Hrotsvitha cuenta que, regresando victorioso de una campaña, encontró un prado ameno con un riachuelo y una fuente hermosísimos. Pidió que se llamara al dueño, el cual era un hombre pobre. Gongolfo le ofreció mucho dinero por ese campo, más de lo que valía. Por eso sus soldados murmuraron de él, y lo tomaron por necio; pero él les dijo que no lo consideraran así por haber actuado de esa manera, pues había hecho una merced a ese pobre hombre, que mucho la necesitaría. Para mostrarlo, envió a uno de sus soldados, con la orden de que viera la fuente que manaba; y cuando éste llegó, ya no se encontraba. Así se comprendió que Gongolfo había actuado caritativamente, después de haber profetizado la situación apurada de aquel pobre hombre.

Más adelante en su viaje, siguió haciendo milagros. Al llegar a un pueblo, en el que descansó, clavó una vara en el campo; y, como había una gran sequía, pidió a un paje que fuera a traérsela. Y, al desclavarla el paje, una nube derramó milagrosamente abundante agua, con lo cual se formó una fuente. Además, por la oración de Gongolfo, el agua de esa fuente adquirió el poder de curar enfermedades, de modo que venían muchos peregrinos. Asimismo, hubo rumores de que la mujer de Gongolfo le había sido infiel con un escribano suyo. Para probarla, en una especie de “juicio de Dios”, Gongolfo pidió a ésta que introdujera su mano en la fuente, y el agua hervía cuando lo hacía. Así descubrió su culpabilidad; pero, en lugar de condenarla a muerte, la perdonó. Con todo, ya no la recibió en su tálamo, y el culpable escribano fue desterrado. En venganza, ambos se pusieron de acuerdo y acosaron a Gongolfo; ella se encargó de dar la señal, y el escriba clavó su arma en el santo. Por eso fue considerado como objeto de martirio. Con grandes procesiones de las gentes de aquella tierra, fue enterrado en un templo, en el que continuaron sucediendo milagros.

También narra Hrotsvitha el martirio de san Pelagio: “Pasión de san Pelagio, precioso mártir, quien en nuestros tiempos, en Córdoba, fue coronado con el martirio”. Es el relato de la victoria de los moros sobre los cristianos en España, en especial los gallegos, a los cuales pertenecía ese príncipe, que dio su vida por la fe cristiana.

Siguen otros relatos de santos y de sucesos milagrosos, llenos de una religiosidad muy profunda. Así, Hrotsvitha narra “La caída y conversión del vicario Teófilo”. Después, el “Relato de Basilio”. También cuenta la “Pasión de san Dionisio, mártir egregio”. Y, finalmente, la “Pasión de santa Inés, virgen y mártir”. Esta última, muy conocida.

La traducción de Luis Astey conjunta dos raras virtudes: está muy apegada al texto original, y al mismo tiempo tiene un buen estilo castellano. Se tiene la sensación de estar leyendo con toda su frescura la narración de Hrotsvitha, conservada y cuidada por un traductor que tan compenetrado estaba de su estilo, de su doctrina

y de su contexto histórico-cultural. Todo ello hace que Luis Astey haya sido el más adecuado para entregarnos estas piezas de la literatura medieval, pertenecientes a una época en la que la Edad Media apenas tomaba forma, con el azoro de pueblos apenas salidos de la barbarie, que se deslumbraban ante los restos de la cultura clásica, y a los que se veía desembarazarse fatigosamente de su condición primitiva y lanzarse a la construcción de una nueva cultura.

MAURICIO BEUCHOT

PREFACIO

Con la traducción de las ocho leyendas de Hrotsvitha de Gandersheim, que a continuación ofrezco, me propongo complementar la de sus seis dramas, publicada en 1990. Desde luego, no con ello queda concluida la versión de los textos de la autora; se hallan ausentes tanto la *Gesta Ottonis* como los casi seiscientos hexámetros que de los *Primordia coenobii gandershemensis* han sido conservados. Pero, desde mi punto de vista, el interés de estas dos últimas obras es más histórico que literario.

Tomo nuevamente como base la segunda edición de Karl Strecker (Hrotsvitha, *Opera*, Teubner, Leipzig, Bibliotheca Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1930, 2a. ed.), al parecer todavía la mejor lograda de las hechas hasta hoy. Y, por lo que se refiere a traducciones previas, al español conozco sólo “La caída y la conversión del Vicedomnus Theophilus” (*sic*), incluida por Marianne Oeste de Bopp en *El libro popular del Doctor Faustus* (México, 1984) y realizada por ella misma a partir de la alemana de Elisabeth Meyn en *Nonne und Heilige im deutschen Mittelalter*, Berlín, 1933.

He intentado que, aunque complementario, en la mayor medida posible el presente libro sea independiente del de 1990. Finalmente, me complace agradecer a El Colegio de México —en particular a su Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios— y al Instituto Tecnológico Autónomo de México el haber apoyado de diferentes modos la elaboración y publicación de este trabajo.

LUIS ASTEY

[MATERIA PRELIMINAR]

Este libro, adornado con poco refinamiento de cualquier elegancia pero con no poca diligencia elaborado, para que sea corregido lo ofrezco a la benignidad de todos los que saben, por supuesto de aquéllos que no se deleitan en criticar a quien yerra sino más bien en corregir errores. Porque confieso haber errado, y no medianamente, no sólo en discernir la cantidad de las sílabas sino también al componer los enunciados, y mucho merecedor de reprensión se halla latente en esta serie. Pero a quien confiesa sus errores propicio perdón le es debido y a los defectos justa corrección.

Si, por otra parte, se objeta que ciertos elementos de esta obra han sido tomados de escritos que son apócrifos según la estimación de algunos, ello no es delito de inicua arbitrariedad sino error de ignorancia, pues cuando comencé a urdir la trama de esta serie ignoraba que fuese dudoso aquéllo en que me dispuse a trabajar. Y, cuando llegué a saberlo, me rehusé a desecharla porque lo que ahora parece falsedad tal vez se pruebe después que es verdadero.

Siendo las cosas así, tanto más tengo necesidad de la ayuda de muchos para que la pequeña obra ya concluida cuanto que, en su inicio, se apoyó en la casi ninguna suficiencia de mi propio vigor: pues no me hallaba aún madura en edad ni estaba avanzada en conocimiento pero tampoco me atrevía a descubrir el ánimo de mi intención consultando a alguno de los que saben, no fuera que me lo prohibiese por razón de rusticidad. Así que, todo en secreto y como furtivamente, ahora fatigándome sola en componer, ahora destruyendo lo compuesto mal, según mis posibilidades y aun cuando éstas fuesen inferiores a lo necesario, me esforzaba en preparar algún texto a partir de pasajes de escritos que cotejé en el ámbito de nuestro monasterio gandersheimense primero mediante el constructivo magisterio de la sapientísima y benignísima Rikkardis y de otras que hicieron sus veces, y luego mediante la propicia y favorecedora clemencia de Gerberga, de regia estirpe, a cuyo dominio de abadesa me hallo subordinada, la cual —menor en edad aun cuando, como es adecuado a la sobrina de un emperador, más avanzada en saber— en ciertos autores que antes había ella estudiado con varones sapientísimos a mí perfectamente y con toda bondad instruyó.

Y aun cuando la modulación métrica parece ardua y difícil para la fragilidad femenina, confiada sólo en la siempre misericordiosa gracia de lo alto y no en mis pro-

pías fuerzas, decidí hacer consonar en metro dactílico los poemas de esta mínima obra, para que el talento de corto ingenio que me ha sido confiado no quedase, entorpecándose, destruido por la herrumbe de la negligencia en el oscuro antro del corazón sino que, golpeado por el martillo de una dedicación diligente, repercutiese algún pequeño tintineo de alabanza divina, de modo que, si no hubiera ocasión, ocupándose de ello, de obtener algo más, él mismo, no obstante, se convirtiese en instrumento de por lo menos ínfima utilidad.

Por lo que, el lector cualquiera, si rectamente y según Dios eres sabio, a estas pobres páginas, a las que no presta fortaleza la autoridad de ningún preceptor, no te demores en aplicarles el socorro de tu exactitud, atribuyéndolo a Dios si algo acaso demuestra estar correctamente compuesto y señalando en su totalidad los defectos debidos a mi negligencia pero, con todo, no reprendiendo sino siendo indulgente, porque se rompa la fuerza del reproche donde interviene la humildad de la confesión.

I - 1

[A GERBERGA]

Salve, descendencia esclarecida de una regia stirpe,
Gerberga, ilustre en costumbres y estudios.
Recibe, dominadora benigna, con rostro sereno
estos mínimos cantos que te ofrezco para que sean corregidos,
(5) y sus no refinados versos gentilmente ajusta
para aquélla a quien tu egregia enseñanza adoctrinó.
Y cuando de cierto te halles cansada de tu diversificado trabajo,
dígnate, recreándote, leer estos metros
e intenta purificar asimismo esta sórdida poesía
(10) y apoyarla mediante la brillantez de tu magisterio,
para que la alabanza de la maestra sustente el empeño de la alumna
y la misericordia de la instructora los poemas de la discípula.

M A R Í A

HISTORIA DEL NACIMIENTO Y DEL LAUDABLE CURSO DE LA VIDA
DE LA INTACTA MADRE DE DIOS, QUE ENCONTRÉ ESCRITA
BAJO EL NOMBRE DE SANTIAGO, HERMANO DEL SEÑOR

- Esperanza única del mundo, dominadora ínclita del cielo,
santa madre del Rey, fúlgida estrella del mar,
(15) que al dar a luz hiciste recuperar al mundo, benevolente Virgen,
la vida que perdiera la virgen de otros tiempos:
dígnate Tú ser clementemente propicia a las ofrendas
y, de tu sierva Hrotsvitha, a los nuevos mínimos cantos
que, a Ti, con servicial afán de femenina musa,
(20) entono ahora, suplicante, en versificación dactílica,
eligiendo tocar por lo menos, aun cuando sea someramente,
Virgen, una pequeña parte de tu fama,
y celebrar los ilustres comienzos de tu santo aparecer
así como también tu linaje regio.
- (25) Sé, sin embargo, que supera mis frágiles fuerzas
el que con merecida alabanza intente cantarte,
a Ti, a quien, por tus méritos, ni el universo todo dignamente canta
y que resplandesces por encima de las alabanzas de los ángeles
puesto que, doncella, llevaste incluido en tu vientre virginal
(30) a Ése que lo rige todo con su soberanía.
Pero de Aquél quien antaño ordenó al asno estulto que hablara
en alabanza del santo nombre Suyo
y que a Ti, dulce Virgen, mediante la palabra angélica hizo
que dignamente concibiera del Espíritu Santo
(35) y causó así que te convirtieses, incomparable por todos tus merecimientos,
en madre de Su Hijo sin mancha de tu pudor,

en poder de Él está, si Él lo decide, destrabar mi lengua
 y con el rocío de su gracia tocar mi corazón
 para que, auxiliada por el don de su piedad clemente,
 (40) dé las gracias a Él y asimismo a Ti, virgen, cante,
 y no sea justamente condenada como compañera de esos negligentes
 que descuidan salmodiar como es debido al que tiene su trono en lo alto
 sino, más bien, que se me conceda para siempre alabar
 al purpúreo Cordero, en unión del escuadrón de las vírgenes.

* * *

(45) Del transitorio mundo cumplidos en verdad los mil lustros,
 cuando comenzó la joven, feliz edad sexta,
 en la que Dios ordenó que con fiel equidad se cumpliera
 todo lo que antes habían anunciado los veraces profetas,
 quienes anunciaron que pronto Jesús se hallaría presente en el mundo,
 (50) de la simiente de Judá brotó en consencuencia,
 en tierra de Israel, bajo la Ley Antigua, un anciano,
 surgido de la magna simiente regia de David,
 de quien se cuenta que en verdad Joaquín tuvo por nombre.
 Éste, desde el pecho de la madre en los mandamientos de la Ley
 (55) perseveró, tanto justa como dignamente observante.
 Y también de continuo esto fue su más grande cuidado:
 que los grandes rebaños de su grey paciesen,
 indicando con ello tenerse a sí mismo del Pastor verdadero
 como digno pariente en la terrestre carne,
 (60) de Aquél que no desdénó en los propios hombros llevar a sus corderos
 conduciéndolos a los gozos de una grata existencia,
 padeciendo muerte por su inmenso amor a nosotros
 y piadosamente redimiendo a los culpables al costo de su propia vida.
 Ese héroe, en efecto, del que relataré, Joaquín,
 (65) ciertamente feliz antecesor de semejante nieto,
 con todo esfuerzo acreditándose con hechos meritorios,
 cuanto poseía lo dividió en tres partes
 y una parte la dio a viudas, huérfanos y extranjeros,
 luego otra parte a quienes de ordinario servían en el Templo

- (70) y una pequeña parte reservó para el sustento de todo lo de su casa.
Y habiendo hecho esto frecuentemente y con benigna piedad,
mercedamente recibió por fin tal merced
que, prósperamente modificada, su propia riqueza
superó a la de todos los magnates de su estirpe
- (75) y sobre sí no llevó la tierra a un poderoso comparable a él
a quien así proveyese con abundancia de toda cosa.
Y cuando él mismo así felizmente
cuatro lustros transcurridos en suma fortuna hubo ya cumplido,
se desposó con una amiga de rostro bellísimo
- (80) tanto como purísima por sus laudables costumbres, Ana,
hija de Achas, engendrada de la estirpe de David,
a la que con amor unió a sí en apropiada alianza legal.
Ella, sin embargo, se recuerda, estéril durante no poco tiempo,
ninguna esperanza de hijos dispensó a su fiel hombre.
- (85) Por fin, sin duda pasados dos veces diez años,
aconteció que Joaquín, en tiempo de fiesta, estuvo en el Templo
entre los sagrados ministros del altar
que fueron considerados dignos de ofrendar el incienso.
Cuando lo vio Rubén, escriba del Templo sacro,
movido por el odio se dirigió a él con amargas palabras:
- (90) “No te es lícito”, dijo, “tocar el santo incienso
ni te cumple, sacrificando, ofrecer al Señor presentes,
porque te ha desdeñado al negarte el don de la posteridad”.
El noble varón no replicó una sola palabra
- (95) sino que, afligido, se retiró y fue, triste, hacia los bosques
en los que en otro tiempo con frecuencia solía apacentar a sus rebaños
y dirigiéndose a tierra remota por apartados senderos,
llevando consigo a aquéllos y a sus mayores,
para hacerlos pacer se ocultó en escondidos refugios
y no quiso después volver a su abandonada patria,
- (100) pues padecía en secreto una grave vergüenza
que le fuera causada por las amargas palabras de Rubén.
Y, por cierto, luego de cinco meses
su cónyuge ilustre, perdiendo toda esperanza de que él aún viviera sano,

- (105) todos los días lloraba y no sabía para sí de consuelo,
y esta plegaria presentó al Señor, doliéndose con tristeza:
“Único gobernante de Israel, que amas a tu pueblo,
que siempre reconfortas con benigna clemencia a los dolientes,
¿por qué quisiste así quitarme a mi dilecto compañero,
(110) añadiendo aflicción a la siempre doliente y triste,
a mí, que permanecí siempre estéril, sin vástago en mi vientre?
Pero ahora me angustia una desgracia de más grande dolor
porque en lo más íntimo de mí no sé qué suceso aconteció
a mi señor legítimo, firme observante de la Ley.
- (115) Oh, feliz yo si pudiera saber cuando menos
si repentinamente lo devoró la muerte amarga
o si aún goza del cálido aliento de la vida.
Si lo supiera con certeza no tendría tanta razón para esta pesadumbre
aun cuando él hubiese sucumbido en las negras tinieblas de la perdición,
(120) sino que con extrema y distinguidísima solemnidad hubiese honrado su
cadáver,
entregando los despojos ilustres a un condigno sepulcro”.
- Terminado así esto, levantándolos vio con sus ojos
en las ramas de un laurel unas aves, resonantes con dulce murmullo,
que con las plumíferas alas protegían a sus polluelos.
- (125) Mientras esto miraba, rogó con voz un tanto triste:
“Potente rey del cielo a quien se halla sometida la esfera de los astros,
quien de cierto eres el que puede disponerlo todo rectamente,
siempre de todos élévase hacia Ti la alabanza de tus misericordias
puesto que, benigno en tu piedad, como favor a todos los vivientes
(130) —peces, animales domésticos, aves y reptiles—
has concedido que se complazcan en el cuidado de sus pequeños
pero en cuanto a mí sola, infelicísima, al administrar tu justicia regia
has ordenado que permanezca definitivamente estéril,
a Ti, Padre de todo, con invariable corazón como testigo invoco, sin embargo,
(135) de que en los primeros tiempos de mi matrimonio prometí
que si, misericordioso, me concedías un fruto de mi vientre,
inmediatamente en el Templo lo presentaría ante Ti según el sacro rito

y, de acuerdo con la costumbre establecida por la Ley, lo haría consagrar a tu servicio”.

- (140) Y apenas hubo formado estas palabras con sus labios puros cuando, de repente, un ángel descendió desde las astrales alturas trayendo máximos consuelos para tan gran tristeza y, estando ante su rostro, le dijo estas palabras amigables: “Deja esa pesadumbre deprimente, expulsa el dolor de tu corazón, pues por designio del supremo Dios te será dado un retoño
- (145) que de tu vientre surgirá en tiempo apropiado y a quien Él mismo ciertamente volverá maravilla entre todos los pueblos”. Dijo, y volando subió por el aire y surcó el éter con sus alas. Pero Ana, perturbada en extremo por las palabras del ángel, afligida se retiró a su alcoba y se recogió en su lecho
- (150) y, temblorosa, durante todo ese día leyó salmos, continuando con plegarias incontenibles en la siguiente noche.

- Luego de esto, ordenó en consecuencia venir a su doncella y, ella presente al fin ante sus ojos, le preguntó por qué la desestimaba y por qué había tardado en llegar cuando sentía que tal vez le iba a ocurrir algo asombroso.
- (155) Dio como respuesta a su señora la fámula petulante, lanzando su palabra de oprobio en tono servil: “Si dios te menosprecia haciéndote estéril”, le dijo, “dime, pregunto, ¿en qué me concierne la repulsa divina?”
- (160) Pero Ana pacientemente sobrellevó esta afrenta, sólo derramando, un tanto triste, lágrimas amargas.

- Y a esa misma hora, sin duda, el predicho refulgente ángel, apareciéndose a Joaquín entre las colinas en las que él entonces se ocultaba apacentando su grey,
- (165) le ordenó que de inmediato volviese a su abandonada esposa. El cual dijo, con el ánimo agitado por las admoniciones de él: “Ella ha permanecido ya dos veces diez años conmigo y de ella el Señor no me ha dado descendencia ninguna; además, lleno de amargos oprobios me alejé
- (170) recientemente del Templo, reprendido por causa de ella. Y a mí, despreciado y henchido de tantos males,

¿me exhortas a que retorne y me someta a mi antiguo deshonor?”

- A quien el celestial mensajero, con sosegadas palabras:
 “Créeme que soy”, dijo, “un ciudadano del cielo
 (175) y que fui constituido custodio de ti por la piedad del altísimo Rey,
 quien acordó dar consuelo a la devota Ana
 por medio de mí, mientras llorando emitía ella fructíferas plegarias.
 Y ahora también a causa de ti de lo más alto del cielo
 igualmente vine, trayéndote la alegría de un gran don,
 (180) y esto te digo: que muy pronto la nobilísima Ana
 concebirá una hija que será venerada durante todos los siglos.
 Ésta será santificada entre todas las hijas de los hombres
 y justificadamente el Espíritu Santo descansará en ella,
 y mediante ella vendrá a este mundo la suprema bendición
 (185) y no hubo antes ni habrá después de ella una semejante a ella.
 Y ahora intenta retornar a tu bienaventurada esposa,
 la que con gozo ha de dar a luz a tan grande orgullo de todo el orbe,
 y por siempre dad dulces gracias al Hacedor,
 a quien plació concederos una estirpe tal
 (190) cual por cierto no habían conocido hasta ahora los profetas
 y que, después de ella, no tendrán ni todos los electos”.
- Al que Joaquín, lleno de alegría por sus promesas:
 “Si tu segura gracia permanece conmigo, siervo tuyo,
 dignate descansar un tiempo bajo mi techo
 (195) y no rehúses comer el alimento que ha sido preparado”.
- El ángel, en respuesta, dijo con voz idónea:
 “Desiste tras esto, te ruego, de llamarte mi siervo
 sino considérate parte del angelico escuadrón.
 En cuanto a mí, no me es necesario alimentarme de comida terrestre
 (200) porque me nutre siempre la presencia del supremo Señor.
 Por lo cual te aconsejo que en libación sagrada
 al Señor ofrezcas eso que tratabas de poner en mi mesa”.
- Él rápidamente tomó de sus greyes un cordero de un año
 y, esperando que terminase el antiguo agravio de Rubén,
 (205) satisfecho y con el corazón regocijado lo inmoló al Señor,
 puesto en el fuego como lo dispone la prescripción de la Ley.

El ángel, tal como él lo había ordenado consumada ritualmente esta ofrenda, levantado por el humo del altar se encaminó hacia los astros.

- (210) Y entonces gradualmente la gracia del Padre benigno
comenzó a refulgir en el mundo con resplandecientes rayos,
y alcanzó un estable final la pasada discordia
al obligarse primeramente los ciudadanos del cielo
a establecer de inmediato comunidad de vida con los pobladores de la tierra,
a quienes desdeñaban por la culpa del antepasado Adán.
- (215) Y tampoco se ocultó entonces al angélico conjunto
la clemencia del Padre de todo, quien, después de algún tiempo,
a su propio Hijo dispondría enviar, compasivo, al virgíneo vientre
para que, sin principio nacido del altísimo Padre,
en la temporalidad asumiese carne de ese vientre virgíneo
- (220) y mediante su santa sangre salvase a todos,
y luego de ello el sagaz enemigo del género humano
no se alegrase de retener al mundo en sus malignos lazos
sino que la divinidad del Padre y del Hijo y del nutricio Espíritu,
que son potentes en forma igual bajo el trino nombre,
- (225) justamente reinase en la paz hasta el fin de los mundos.

Joaquín, después de que el ángel ascendió hasta el cielo sustentador de
astros,

- (230) soportando apenas el anuncio de tan grandes cosas
y sobrecogido luego por un intenso ataque de terror,
totalmente caído en el suelo a causa de la energía del altísimo don,
muy espantado yació y estuvo sin conocimiento
tal vez, si no me equivoco, desde la hora sexta de ese día
hasta que el sol hubo completado su vespertino curso.

- (235) Entre tanto sus siervos, cansados, vinieron con los rebaños
y, al ver a su amo tendido por tierra,
deteniéndose cerca, tristes, comenzaron a tratar de saber
la causa del inusual terror en su perturbada mente.
Y a él, por cierto, sólo con dificultad fue posible reanimarlo.
Y cuando él refirió los mensajes del ciudadano del cielo,
lo persuadieron de que se sometiese a las órdenes altísimas

- (240) e inmediatamente emprendiera el viaje a la abandonada patria.
Él, recogidas sus greyes, se alejó de esos bosques
y, alegrándose, a esos mismos siervos llevó consigo.
Y cuando se hubo concluido un lapso de treinta días,
el ángel compareció ante la santa Ana, que oraba,
(245) y con palabras apacibles esto le comunicó:
“Levántate, y con ánimo y rostro serenos
dirígete pronto a la puerta llamada Áurea por el vulgo.
Ahí felizmente de tu señor legítimo, retornado con extrema paz,
en seguida descubrirás que está vivo”.

- (250) La cual, dicho esto, inmediatamente cumplió la orden amable
y, sin tolerar demora, marchó hasta la entrada de la puerta,
con ánimo regocijado esperando a su señor.

- Desde luego, en cuanto lo vio con sus asombrados ojos
corrió a través del campo florecido
(255) y, amándolo, se suspendió de su cuello,
dando después estas gracias al que tiene su trono en lo alto:
“Alabanzas a Ti, dispensador sumo de todos los bienes
que a mí, sin merecerlo, me has concedido gozos tan grandes.
He aquí que, presente ante mí, a mi propio varón veo a salvo,
(260) yo que como viuda permanecí por largo tiempo
y que, aunque fui estéril, para mi alegría he concebido un vástago”.
Oído lo cual, congratulándose, la totalidad del pueblo hebreo
cantó alabanzas a Dios, con el corazón regocijado.

- Luego de esto, cabalmente cumplido el noveno mes
(265) llegó el día supremo en el que la nobilísima Ana
hizo nacer a una hija venerable por todos los siglos.
Y después de ocho días llegaron, llamados, los príncipes de los sacerdotes
a fin de que, según la sólita costumbre, para tan notable niña
dispusieran un nombre, y a ella misma la consagrasen.
(270) Presentes los cuales, Joaquín pronunció esta plegaria:
“Oh Rey del cielo, único que pones nombre a las estrellas,
dígnate, para esta tierna niña, celestialmente
por Ti mismo indicar un nombre mediante indicios centelleantes”.
Dijo, y de inmediato resonó en la altura una potente voz

- (275) ordenando que fuese llamada María la niña egregia:
 ‘*Stella maris*’, pues, que es lo que significa en la latina lengua.
 Con justicia este nombre correspondió a la santa niña,
 poque ella es astro clarísimo que para siempre fulge
 en la brillante diadema del eterno rey Cristo.
- (280) Luego de esto, al declinar un lapso de dos años
 la afortunada madre retiró de su pecho a su hija
 y, habiendo destetado según la costumbre a la virtuosa María,
 presurosamente y con una ofrenda digna la presentó en el Templo
 —a ella que, por cierto, sería futuro templo del Señor—
- (285) en el que, asociada a otras niñas, la pequeña virgencita
 siempre perseveraría en sagrados cánticos a Dios,
 a quien los ciudadanos del cielo rectamente celebran con alabanzas.
- Luego de esto, deteniéndose en el umbral del Templo sacro
 y subiendo de pronto los tres veces cinco empinados peldaños,
 (290) olvidada de su edad, llena ya de Dios, infantil,
 audazmente corrió, y ni siquiera hacia atrás volvió el rostro
 para, como es costumbre de niños, buscar a sus padres que se hallaban
 presentes.
- Excitados por esto, de inmediato se asombraron todos los del pueblo
 que se hallaban presentes y los ministros del Templo por igual,
 (295) y los mismos príncipes de los sacerdotes alabaron el hecho
 diciendo que tan grandes cosas como entonces había hecho esa niñita
 presagiaban lo que de magnífico pronto debía ser realizado por ella,
 verdadera y mercedamente magnífico y estupendo para todos.
- Pues, ¿qué podía considerarse mayor o podía ser mayor
 (300) que aquella doncella que en su virgíneo vientre llevó
 al magno Hacedor del mundo y propio genitor de ella?
 Y no es de extrañar que hacia arriba haya comenzado a fincar el paso
 la infantil lactante mientras aún era débil de miembros
 puesto que a ella, nutricio Padre, Tú enriqueciste con el sacro Espíritu
- (305) mientras aún se hallaba reclusa en el vientre de su santa madre,
 dado que sabías que sólo ella habría de ser mercedora
 del parto de tu propio Hijo, anhelado durante siglos,
 y quien después, habiendo asumido velamen de humana forma

(310) a todos para siempre dejó estupefactos al ascender los peldaños
por los que todos tienden a retornar a la abandonada patria,
el cual tiene por nombre Cristo, para el que sea la alabanza celeste. Amén.

Verdaderamente asimismo la madre feliz de tal cría,
Ana, colaudando al perenne Rey cantó así:
“Gobernador omnipotente, amante único de la justicia,
(315) para tu propio pueblo clementemente has hecho cosas admirables
y también, mirando compasivamente mi ánimo humilde
y sin esperanza, me diste la alegría de una hija.
Me atrevo por cierto tras ello a traerte presentes
y no temo que después de esto mi enemigo impida
(320) que haga visitas al sagrado Templo, en compañía de sus ministros.
Desde aquí te alaban de todo corazón los ciudadanos del cielo
modulando perennemente condigno canto. Amén”.

Una vez terminadas así las suplicantes palabras,
dichosos por una hija de índole tal, se retiraron los padres,
(325) quedando en el Templo la pequeña María.

A ninguna de las lenguas humanas le es posible expresar
ni se puede, en este inmóvil mundo, por muchas palabras que sean
enunciadas,
describir la esclarecida belleza de esta niñita
ni tampoco la vida y costumbres de la admirable pequeña,
(330) cuyo carácter es digno de ser alabado a lo largo de todos los siglos.
Pues desde que fue retirada de la cuna, esta niña
por sus maduras costumbres resplandecía delante del mundo entero;
y nada pueril hacía con sus tiernos miembros
sino las cosas justísimas señaladas por los preceptos de la Ley,
(335) y se dedicaba constantemente a entonar los cánticos de David.
Ella, prudente, humilde, con ferviente dulzura de espíritu
y para todos afable, refulgía con perfectas virtudes.
Maldiciente a ella nunca la oyó oído humano,
ni tampoco experimentó alguien alguna ofensa de ella.
(340) Siempre era mansa, así como a todos gratísima
y, por supuesto, las palabras que fluían de su boca
se hallaban aderezadas con el néctar de la altísima gracia.

- (345) Y cuando alguien la bendecía con palabras amigables,
 inmediatamente cuidaba de dar gracias al supremo Señor
 de tal modo que su lengua no se abstenía de hacer resonar los divinos
 cánticos.
- (350) Y un nobilísimo ejemplo de bondades de todo género
 ponía delante de todas sus compañeras.
 Se dice que su rostro, brillante con nítida y candente blancura,
 superaba a los esplendorosos rayos del sol
 y que no era aventajado por ninguna figura humana.
 ¿Quién hablará de esos dedos, en obras de arte perfectamente adiestrados?
 En efecto, con mano docta lo obtuvo la pequeña niña,
 y ciertamente estableciendo para sí una rigurosa norma.
- (355) Vivía, pues, más estrictamente que todas las demás vírgenes
 asociadas a ella en el Templo,
 pues se empeñaba en persistir en sacras plegarias
 y siempre, constantemente, en los divinos cantos
 desde que las divididas tinieblas de la noche perecían
 cuando la aurora dilataba su luz por las campiñas del oriente
- (360) hasta que Febo ascendía más alto aún por el sereno cielo
 y llegaba entonces la hora tercia del día.
 En ese momento, para su trabajo habitual distendía sus blancos dedos,
 con destreza entretejiendo luego hilos purpúreos.
- (365) Mas en cuanto hasta la hora nona descendía Febo,
 la famosa niña se entregaba como era costumbre a las plegarias
 y con todo el empeño de su corazón perduraba en ellas
 hasta que de un servidor angélico recibía la sagrada virgen
 todo el alimento que le era enviado del cielo.
 En cuanto al que, según costumbre, le daban los poderosos príncipes de los
 sacerdotes,
- (370) ése, con racional discernimiento lo entregaba luego a indigentes.
 Además, ciudadanos del cielo descendidos de las estrellas
 frecuentemente la animaban con palabras amistosas
 a que pronto aprendiese a desdeñar los amores terrestres
 y a conservar casto su corazón para el eterno Rey.

- (375) Y, asimismo, si a alguien que se hallaba enfermo y con los miembros
lánguidos
ella levemente lo tocaba, ése, de súbito, volvía a estar sano.
Y cuando por el inmóvil mundo se hubo difundido la fama de ella,
frecuentemente Abiathar suplicaba a los demás sacerdotes
y príncipes del Templo, con dones de no poco valor,
(380) que quisiesen desposar a la preclara María
con su egregio hijo de legítimo matrimonio.
Hacer lo cual, sin embargo, rechazó la casta virgencita,
rehusando el matrimonio con alguien de regia estirpe
y dando testimonio también de que ciertamente su noble cuerpo
(385) nunca sometería al connubio de nadie.
Ésto le dijeron de inmediato los poderosos príncipes de los sacerdotes:
“¿Acaso el poderoso Dios no es honrado y venerado dignamente
por la legítima descendencia del pueblo de Judá?
No es correcto que permanezca sin matrimonio una doncella como tú”.
(390) A los cuales, con invariable ánimo, respondió la dicha virgen:
“Pero Dios se alegra en descansar en el limpio templo
de los sensatos y de los sobrios y no se deleita en aquéllos
a quienes la lasciva libido mancha con gran pecado.
Sabemos que mercedamente Abel asumió una doble corona,
(395) él, que fuera el primer justo en el primer mundo hecho:
una, la del martirio infligido con la muerte por el hermano
y una segunda, más reluciente, por razón de su virginidad.
Creemos que Elías fue arrebatado hacia el cielo
con su verdadero cuerpo porque con toda fortaleza permaneció virgen
(400) y nunca profanó su carne con amargas manchas.
Esto aprendí ciertamente al ser instruida en la doctrina de la Ley
y, habiéndolo aprendido, firme y celosamente lo fijé en mi ánimo
e hice voto de conservar mi pudor de doncella”.
Y cuando hubo ella cumplido dos veces siete años,
(405) dijeron los fariseos no ser de acuerdo con la costumbre
que una virgen de tal edad quisiese después de ello
permanecer dentro del Templo del Señor en el servicio sacro.
Y entonces decretaron que concurriese todo el pueblo

- para que juntos intentasen deliberar acerca del asunto.
- (410) Y cuando todos se hubieron reunido bajo los techos del Templo, Abiathar, a quien antes recordé, sacerdote de la Ley, ascendió los peldaños y, habiéndolos ascendido, desde lo alto, presidente y participante, esto dijo al pueblo:
- (415) “Desde que este nobilísimo Templo fue edificado por la gran diligencia del rey Salomón, como sin duda lo sabéis en él moraron siempre doncellas de rostro hermoso y tiernas en edad, nacidas de noble y afamada estirpe de reyes así como de sacerdotes, de profetas y también de antepasados nuestros
- (420) que merecidamente permanecerán célebres delante de todo el pueblo. Pero, de cierto, una vez alcanzada la edad conveniente fueron asociadas con esposos dignísimos y mucho más complacieron a Dios con ello. Pero, con capricho inusitado, ahora espera la virgen María poder ser grata despreciando en nombre de Dios a los varones.
- (425) Ahora bien, pues no hay aceptación de que ella cumpla tal voto, queda que, dignamente, con plegarias roguemos al que tiene su trono en lo alto
- que, si quiere, nos dé a conocer su decisión soberana acerca de con quién sea lícito unirla en legítima alianza”.
- (430) Obtenido el consenso del pueblo para tal decisión, todos los príncipes de los sacerdotes echaron las suertes entre, desde luego, las doce tribus de Israel, y aquéllas inmediatamente señalaron que la egregia de Judá era la digna. Y designada, pues, entre todas como única,
- (435) ordenaron a todos los varones de esa estirpe a quienes el azar había hecho conservarse sin cónyuge que, por tanto, en grupo acudiesen al segundo día trayendo consigo tiernas varas en las manos derechas.
- (440) Con magno esfuerzo reunidos por fin todos ellos, junto con ellos vino un digno anciano, José, llevando una recta vara, según el mandato. Por su parte, en seguida de haber recogido, gozosos, las varas de todos,

- el gran sacerdote, ofreciendo holocausto al Señor
le consultaba, con palabras efusivas, qué disponía que fuese hecho.
- (445) Mediante indicios divinos luego le fue ordenado
lo que pasado un poco de tiempo le era preciso hacer.
Una vez avisado, en primer término envió las varas mismas
al recinto legalmente segregado en el famoso santo Templo,
exigiendo después —¿por qué no?— que al día siguiente, en conjunto
- (450) los regios descendientes de Judá acudiesen de nuevo
y otra vez cada uno asimismo tomase su vara:
pues que mediante signo evidente le había sido prescrito
que la noble virgen debería ser entregada a aquél
de cuya vara surgiese ritualmente una paloma
- (455) que de inmediato intentara encaminarse al alto cielo.
Tras el predicho tiempo, unas tres mil personas
sostenían por fin ciertamente sus retomadas varas,
y como ninguna de éstas produjese ante el pueblo el presagiado signo,
de nuevo ofrendó incienso el venerable prelado
- (460) y se entregó a plegarias surgidas de su devoto pecho.
A quien inmediatamente dijo una voz que proclamó desde el cielo:
“La pequeña vara del justo anciano José,
que aún yace en el Templo y no ha sido recogida por nadie,
es la única que mercedamente realizará en ella el memorable signo”.
- (465) Concluidas así estas cosas, resonó la voz del gran sacerdote
exigiendo a José que avanzase hasta el centro de la muchedumbre.
Era él de clase humilde, sin ninguna elegancia de aspecto,
y no se sentía cómodo al hallarse entre muchos compañeros
sino que se complacía en estar situado en los últimos lugares.
- (470) Pero, en cuanto escuchó la voz que lo llamaba con fuerza,
avanzó empavorecido a recoger la vara, como se le había ordenado,
de la cual al instante, se dice, surgida una resplandeciente paloma,
ésta sin tardanza se dirigió al apartado cielo.
Ocurridas así estas cosas, el pueblo todo hizo resonar alabanzas,
- (475) con alegre corazón dando gracias al que tiene su trono en lo alto,
quien había tenido a bien manifestar a un justo por medio de un signo
nuevo.

- Pero él, no olvidando su edad avanzada, objetando
que él mismo había engendrado ya anteriores descendientes,
con gran pudor por cierto, se dice, rogaba
(480) a los príncipes de los sacerdotes que no quisiesen darle a la bella María
sino por esposa la otorgasen a alguno de sus propios hijos.
Y cuando ellos estrictamente negaron eso y dijeron que el señalado era él
y que no a otro debían entregar a la santa doncella
(485) sino a él, único de quien el Señor hizo saber que fuese digno,
implorando comenzó a pedir que otras doncellas
fueran enviadas con María para consolación de ésta,
las cuales, de su misma edad, compañeras suyas y educadas con ella,
con el alivio de dulces palabras pronto sabrían reconfortarla,
(490) a fin de que la tierna virgen por la vergüenza
de tener un vetusto cónyuge no se sintiese dominada.
Lo que inmediatamente ordenaron hacer los poderosos príncipes de los
sacerdotes.
En realidad el anciano inútilmente se había esforzado en pedir
que no para sí, sino para Cristo, fuese destinada esta virgen.
En cuanto los príncipes de los sacerdotes hubieron accedido a las
súplicas del suplicante,
(495) José tomó, pues, a su cargo a la doncella
e igualmente (si no me equivoco) a cinco vírgenes enviadas simultáneamente,
de las cuales se cree que así eran dichos los nombres:
Seffora, Zabel, Susana, Rebeca, Abigea.
A éstas, por otra parte, se dice que les correspondió realizar
(500) ciertos obrajes para el ornato del sagrado Templo:
la batista con escarlata, el lino con franjas de seda;
pero que ocuparse de la resplandeciente púrpura para el velo precioso
del Templo del Señor a la santa María le fue encomendado.
Irritadas por ello ciertamente las doncellas presentes,
(505) a modo de injuria le dijeron entonces así:
“¿Acaso está decretado que luego de esto seas tú nuestra reina,
puesto que tejer la púrpura sólo a ti ha sido confiado
aun cuando eres en edad un poco menor que nosotras?”
Ella esta vez, como siempre, con enorme paciencia soportó

- (510) tales términos, y ni una sola palabra pronunció como réplica.
 Presentándose entonces, siempre fiel custodio suyo,
 un ángel descendido del palacio sustentador de los astros le dijo:
 “Si a ti, virgen, esas palabras te han desconcertado, te digo
 que ciertamente aquéllas las han pronunciado a modo de profetisas
 (515) y que desde ahora con voz presagiente anuncian lo que ha de ocurrir,
 porque tú sola serás la poderosa reina eterna
 así como la dominadora ínclita del cielo sostén de las estrellas”.
- Tiempo después, mientras ella se hallaba sentada en una remota
 estancia tranquila
 entretejiendo hilos purpúreos con sus benditos dedos,
 (520) se puso de pie en su presencia el sumo ángel Gabriel,
 descendido del celeste palacio sustentador de los astros,
 y a tan virgínea belleza dirigió amigables palabras
 relatándole, según los oráculos de todos los profetas,
 que de su casto vientre se dignaría nacer
 (525) el Hijo, muy anterior al mundo, del que tiene su trono en lo alto;
 y le narró también la manera memorable del parto virginal.
- No es posible, por consiguiente, exponer con nuestras palabras
 el noble coloquio, realizado en extenso discurso,
 de la virgen eterna, madre bendita de Cristo,
 (530) y del Anunciador, quien describió el nacimiento y muchas otras cosas sacras.
 Ni tampoco nos es necesario cantar en dactílicos metros
 la profunda tristeza y el magno dolor de José,
 con los que hasta el fondo de su corazón fue innecesariamente atormentado
 al darse cuenta de que tal virgen se hallaba embarazada,
 (535) ni cómo de su tristeza se le consoló en el curso de la noche
 y se le ordenó que mantuviese la custodia de la virgen intacta,
 de la virgen y el Hijo, para nosotros enviado desde el cielo:
 todo esto lo declaran los libros evangélicos
 y excede, además, a nuestras frágiles fuerzas.
- (540) Omitido entonces por nosotros, pues consta que es de todos conocido,
 de ello para vosotros tomaremos una muestra solamente,
 la cual, según creemos, muy raras veces se recita en el templo.

- Cuando, habiendo dado ya la vuelta al mundo estable,
 el decreto del César Augusto a los súbditos reunidos de todas partes
 (545) compelió a registrarse en el censo y a reconocerlo a él como soberano,
 José se dirigió a Belén, la ciudad de su nacimiento,
 llevando consigo a su desposada, la preñante María.
 Y cuando se hallaron cerca del muro de la famosa ciudad,
 no con los ojos del cuerpo sino con los del alma
 (550) contempló la tierna virgencita estar cerca y de pie dos varones,
 uno que reía y otro que lloraba.
 Refiriendo lo cual al vetusto José, oyó decir a éste:
 “Retén solamente, como es necesario, sujeto al jumento
 y no quieras, te ruego, pronunciar palabras sin base”.
 (555) Dijo, y miró frente a sí a un joven celeste
 que le declaró el misterio de los varones
 diciendo a favor de la virgen estas palabras sagradas:
 “¿Por qué dices que María no ha pronunciado palabras veraces,
 indignado porque sólo ella discierne lo oculto?
 (560) Pues en el que llora rectamente reconoció al pueblo de los judíos
 que, con maligno corazón, se apartará del Señor muy pronto,
 y, frente a él, al de los gentiles, rebotante de alegría
 porque llegará hasta el gran misterio de la fe”.
 Dicho esto, vuelto suavemente hacia la nutricia María,
 (565) le anunció que era llegado el tiempo de dar a luz a Cristo.
 Ella, recibida la orden, descendió del sumiso jumento,
 entrando en una caverna, debidamente situada bajo tierra,
 que hasta el momento casi había desconocido la luz
 y a la que de continuo opacaban oscuras tinieblas.
 (570) Pero en cuanto la madre a punto de dar a luz a la Luz perenne
 entró a ella, ésta comenzó a refulgir con centelleantes rayos
 y nunca después faltó en ella la luz celestial durante todo el tiempo
 que, absolutamente feliz, ahí permaneció aquella madre.
 Y, por cierto, justamente a mitad de la tranquila noche,
 (575) ahí, gozosa, generó esta misma pequeña virgen
 al Hijo divino y venerable por todos los siglos,
 de nombre Jesús, para quien sean laude, gloria y poder;

- el que, viniendo a cumplir los oráculos de los profetas antiguos
 que presagiaban que, para salvar al mudo, habría de llegar,
 (580) estableció la paz entre los habitantes del cielo y los ciudadanos de la tierra.
 Al engendrado del sacro vientre de la casta virgen
 sin detenerse circundó luego un conjunto de ángeles
 con sumisas voces alabando al Hacedor del mundo
 y celebrando al Niño enviado del cielo a causa de nosotros.
- (585) Pero pronto la madre venerable de todos, María,
 en angosto pesebre colocó los tiernos miembros
 de Cristo, envolviendo en pañales al eterno Rey.
 Alejado entre tanto de ella el virtuoso José,
 pronto trajo consigo mujeres obstetricas
 (590) que por nombre eran llamadas Zelemi y Salomé.
 Mas sólo Zelemi entró, pues Salomé temía
 tocar con los pies la caverna colmada de brillo.
 También luego Zelemi, cariñosamente tomando en los brazos al virgíneo
 producto
 y teniendo como cierto tan magno signo, dijo clamando:
 (595) “¿Qué significa este novedoso parto de una virgen?
 He aquí que un niño recientemente brotado de una regia stirpe
 rectamente proclama que su madre se ha hallado exenta de cónyuge.
 Y, sola, la madre virgen amamanta píamente a su hijo
 con los castos pechos abastecidos por orden del cielo.
- (600) No hay dolor en la madre ni en el descendiente impureza
 sino, lo creo, por disposición divina han ocurrido estas cosas”.
 Salomé, despreciando esa voz que no se refería a ficciones,
 dijo que no creería en las palabras escuchadas
 en tanto que no las comprobase tocando con su propia mano a la sacra
 María.
- (605) Y, habiendo entrado en ese momento, comenzó a hacer avanzar su mano
 derecha,
 osadamente intentando palpar a la casta María.
 Pero tal osadía trajo consigo la condigna expiación
 y, paralizada al punto la diestra mano examinadora,
 con justicia ciertamente ella fue atormentada por extremo dolor.

- (610) Entonces Salomé, lamentándose a gritos, entristecida y con el ánimo amargo,
deploró el inesperado error que la privó de su mano derecha
y citando, según la costumbre judía, sus merecimientos propios
y confiando ampliamente en su fingida justicia,
se relata que, afligiéndose, dirigió estas palabras al que tiene su trono en lo excelsa:
- (615) “Testigo y consolador de todas nuestras fatigas,
Tú sabes que yo he sido cumplida observante de los preceptos de tu Ley
y, por razón de Ti, siempre he sido también suficientemente generosa
con los pobres reunidos de todos los confines del mundo:
quien vino a mí entristecido, de mí se fue habiendo sido regocijado.
- (620) ¿Y por esos merecimientos sufro ahora daño tan grande?”
A la que, apareciendo de inmediato, dijo un joven resplandeciente:
“Sólo toca los pañales del tierno niño
acercándote rápidamente a esta regia cuna,
y Él te restituirá una salud más plena”.
- (625) Cuando hubo seguido el mandato de quien le dio tal consuelo
tocando en seguida un minúsculo hilo del paño,
inmediatamente se sintió sana de todo su cuerpo,
y con voz melodiosa daba gracias a Dios
que se dignó concederle salvación tan completa.
- (630) Luego de que, en el orden dispuesto, hubo sido cumplida entonces
la visión de los pastores, de que a ellos además una señal fue dada
para que en el pesebre hallasen al pequeño niño,
y luego también de la circuncisión del infante Cristo
y de la refulgente asignación de su nombre glorioso,
- (635) reyes astrólogos de las regiones donde nace el sol
vinieron reunidos, magos expertos en la ley de las estrellas,
buscando en ese momento la famosa ciudad de Salem,
y con ánimo firme a Herodes, el rey, preguntaron
por el nacimiento de un Rey nuevo,
- (640) diciendo que muy recientemente habían visto una nueva estrella
que mostraba haber nacido un rey de los judíos.

- Conturbado por esto en el interior de su mente el impío monarca
 y llamados con rapidez los escribas, de ellos escuchó
 que ciertamente Cristo nacería en la región de Belén,
 (645) según estaba señalado por las predicciones de todos los profetas.
 Y, al despedir a los magos, les ordenó, por supuesto con fraude,
 que buscaran al niño nacido y que luego también le ubicasen
 a Aquél que deseaba matar simulando que quería venerarlo.
 Ellos avanzaron por el recto camino que, rauda, les mostraba la estrella
 (650) y entraron a la regia mansión del tierno Niño,
 por cierto no compuestamente decorada con diversos colores
 pero sí adornada debidamente por el homenaje de estrella tan lustrosa.
 Inclínados, cubrieron de besos las plantas del Niño
 y, con suave voz pronunciando copiosas plegarias,
 (655) ofrendaron un triple presente, señalando a Aquél como rey celestial,
 como Dios y también como hombre que habría de morir.
 Ellos, durante el tiempo de la noche inmediatamente advertidos en sueños,
 alegres regresaron a su patria por apartados caminos.
- Ocurridas estas cosas, Herodes, el malvado enemigo,
 (660) por decreto de Augusto fue luego trasladado a Roma
 para que, según la ley romana lo manda, o pronto se justificase
 de la culpa de un gran crimen que se le imputaba
 o justamente padeciese amarga pena capital,
 pues se le decía reo de lesa majestad divina.
 (665) Y con razón se encontraba ya bajo semejante sospecha
 dado que deseaba mediante premeditadas insidias
 perder a la divina descendencia del Rey celestial.
 Creo que, en efecto, esto por orden divina fue realizado:
 que entonces ciertamente se le ordenara comparecer en Roma
 (670) para que, alejado él, todos los preceptos de la Ley
 más plenamente y pronto se cumpliesen en el nacido Cristo.
- Porque cuando cuatro veces diez días hubieron consumado su recto curso,
 uno después de otro debidamente, tras el virgíneo parto,
 los tiernos miembros del Hacedor del cielo
 (675) fueron de hecho presentados, con un pequeño don, en su propio Templo
 y, tomado en los temblorosos brazos del anciano Simeón,

el Señor del mundo fue bendecido por los cantos
dignísimos del mismo Simeón, justo anciano,
así como por las proféticas voces de la célebre Ana.

(680) Completado todo esto según las prescripciones de la Ley,
a Belén, su urbe nativa, de inmediato regresaron.

Y cumplidos en verdad luego de esto más o menos dos años,
volviendo del exilio el amargo y perverso enemigo
hacía girar en su mente dolorida lo que dijeran los magos
(685) acerca de haber visto la hermosa estrella del Rey que había nacido.
Recordando esto, preguntaba a los grandes más ilustres del reino
si, al retornar, habían acudido los magos con ánimo fiel
y si algo le habían dejado dicho acerca del nacido Cristo.

Quienes de inmediato, respondiendo a la par, declararon con plena firmeza
(690) no saber si acaso los magos habían vuelto
y que nada tampoco sabían acerca del Rey que había nacido.

Irritado por esto, poniéndose furioso, ordenó el rey Herodes
que inmediatamente fueran muertos todos los niños
que por entonces se hallasen en la región de Belén,
(695) esperando poder así privar de la vida al siempre viviente Cristo.
Pero, advertido en sueños, el venerable José
se dirigió hacia Egipto, por el vasto desierto
y por apartados caminos llevando consigo al tierno Jesús con su madre,
y subyugando Cristo el terrenal terror de lo nocturno.

(700) Tal como de costumbre lo hizo con piedad altísima,
inmediatamente con su propia luz las antiguas tinieblas de Egipto
iluminó por sí mismo y las dispó por completo.

Ocurrió entonces que quiso un día descansar,
con su Hijo, cerca de una caverna la santa María.
(705) Y mientras, demasiado cansada, estaba puesta por tierra
y sin duda mimando en su santo regazo a Jesús,
de hecho salieron muchos, terribles dragones
de aquella caverna junto a la cual ella estaba situada,
viendo a los cuales, los hijos de José, paralizados por el miedo,
(710) comenzaron ciertamente a gritar con enorme terror.
Pero el Niño se levantó del regazo amable de la madre,

Jesús, y sobre sus plantas sacras y misericordiosas se mantuvo en pie
 frente a los rabiosos dragones de ánimo turbulento,
 los que de pronto, amansados, cayeron al suelo
 (715) en silencio y con la cabeza inclinada adorando al Hacedor del mundo.
 Y éste, desviándose del vasto desierto por alejados caminos,
 los precedió y les ordenó además que lo siguiesen.

Visto lo cual por José y por la sagrada madre de Cristo,
 aterrizados por razón de la frágil carne de que estaban hechos,
 (720) se amedrentaron mucho y temieron para el Niño algún daño.
 Pero Él, observador de las mentes así como testigo de los corazones,
 vuelto hacia los temerosos les dio esta respuesta y les dijo:

“¿Por qué sólo pensáis en mi cuerpo lactante
 y no comprendéis la potencia perenne de mi entendimiento?
 (725) Aun cuando sea un pequeño hombrecito de miembros humanales,
 soy sin embargo un omnipotente varón que posee voluntad suprema,
 y es adecuado que todas las fieras de la selva se sometan a Mí,
 debidamente dejando su previo furor”.

Luego de esto, con leopardos en efecto vinieron nobles leones
 (730) así como, llegadas de todas partes, fieras de muchas especies
 en cuanto se dieron cuenta de que se hallaba presente el Hijo del Hacedor
 adorando con silenciosa voz al tierno Niño
 y, gozosas, circundando a la preclara María.

A la que, cuando empavorecida por el insólito milagro
 (735) la contempló, se relata que, contento, le dijo así Cristo:
 “No a ti, virgen, te ruego, potente y querida madre mía,
 te conmueva en la carne la novedad de este milagro santo,
 pues éstas han venido solamente por razón de homenaje
 y no porque quieran, ni menos puedan, causarte daño”.

(740) Y estas palabras alejaron la angustia de su corazón.
 Por lo demás, muy gozosas iban por delante las fieras
 mostrando la correcta vía por los parajes del desierto,
 y en las nocturnas horas ninguna se apartaba
 sino que, con mente fiel asociadas a los rebaños de José

(745) y olvidados la rabia y el furor naturales,
 pacíficamente comían una moderada ración de heno.

- Y era por tanto tan grande la concordia entre ellos
que los alguna vez temerosos corderos se reunían al lado del lobo
y con los bueyes felizmente permanecían, benignos, los leones.
- (750) Y no sin razón: porque con la verdadera paz de los cielos,
con la misma con que rige el cielo inmenso, Él afirmó la alianza
de sus fieles ánimos, mudadas las costumbres de ellos.
- Luego de todo esto, agotada por los rayos del sol estival
la dilecta María reposó bajo la sombra de una palmera
- (755) y, vueltos hacia arriba sus ojos esplendentes,
observó que estaba colmada de frutos tal palma.
Habiendo visto éstos, su lengua formó las palabras siguientes:
“De esta cargada palmera mucho me deleitaría,
si es posible que ello se haga, comer luego el fruto”.
- (760) A la que el viejo anciano José, estricto en el cumplimiento de la Ley,
opuso de inmediato, y no suavemente, estas frases:
“Mucho me asombra que quieras decir esto
cuando ves que las ramas brotadas del enorme tronco
tocan el cielo altísimo, contiguas a los astros.
- (765) Pero yo pienso ahora solamente, y con extrema preocupación,
en si por lo menos podremos recoger agua pura,
porque en nuestros odres no hay ya una gota de líquido”.
El santo venerable hablaba pues de esta manera
como si no confiase en la presencia del que todo lo puede,
- (770) Cristo, porque Éste se hallaba oculto bajo miembros corpóreos.
Pero el Niño, recostado en el amable regazo
de su querida madre, alegre se volvió hacia la palmera
y cumpliendo, desde luego, un preclaro mandamiento del Padre,
con rostro apacible inmediatamente le dijo:
- (775) “Árbol, inclina tus ramas desde tu más alta cima
para que mi madre tome de ti cuanto quiera”.
Dijo, y el árbol, provisto de fuerza por Su prescripción,
se inclinó, sumiso, a los pies de la nutricia María.
- (780) Y después de ser despojado completamente de su fruto,
permaneció encorvado y no intentó levantarse a las alturas
sino guardó debidamente la orden aprobatoria de Cristo.

- Y Éste: “Pronto”, le dijo, “yérguete, palmera,
 para que luego de esto seas compañera de mis árboles,
 de los que se hallan plantados en lugares paradisíacos,
 (785) y para que de tu raíz manen por conducto secreto
 las aguas abundantes y espumosas de una dulce fuente”.
 Lo que, más pronto que dicho, todo se cumplió de inmediato.
 Y los acompañantes del Hijo, examinando la flamante fuente,
 con pecho regocijado daban dulces gracias
 (790) y. disipaban su triste sed con aguas nuevas.
 Y cuando estuvieron a punto de proseguir el viaje por los desolados lugares
 del desierto, dijo así Jesús a la misma palmera:
 “Como es lo debido, pequeña palma, con respecto a ti ordeno con mi
 potestad
 que, llegando, un ángel descendido del cielo supremo
 (795) solemnemente tome de tu más alta cima una rama
 y sin demora la plante en el celestial paraíso.
 Y a este propósito de inmediato concedo a ti gloria tanta
 que deberás ser llamada, tras esto, palma del supremo triunfo,
 y si alguno renombradamente venciera en cualquier combate,
 (800) a tal vencedor luego se le diga, evocándote:
 ‘Has alcanzado, en verdad, la palma de un gran triunfo’”.
- Tan pronto como Él pronunció estas palabras, vino un ángel
 descendido del cielo y, tomando la rama, la llevó hacia lo alto.
 Visto lo cual, todos los presentes, estupefactos,
 (805) caídos por tierra, estremecidos, quedaron espantados.
 A los que inmediatamente reconfortó Jesús, hablando de este modo:
 “Ciertamente no es necesario ningún terror de vuestra parte
 por razón de que ahora ordené que la rama fuese transferida hasta los astros
 para que de inmediato sea plantada entre las delicias del magno huerto
 (810) y para que, así como aquí en el desierto, cumpliendo mis órdenes,
 nos sació con extrema diligencia,
 sea así para los santos perenne dulzura”.
- Y, vistos ya con atención tantos y tales milagros,
 José, meditando en la potencia perenne del Hijo,

- (815) empleó estas palabras, vertidas en humilde murmullo:
 “He aquí que un extremo calor abrasa malamente nuestros miembros.
 Ahora bien, si te place, Tú, cuyo poder es eterno,
 ordena que por las rutas de este enorme desierto nos dirijamos
 a poblaciones cercanas, que ciertamente nos proporcionarán un descanso,
 el cual, a su vez, nos permitirá recorrer con rapidez mayor distancia tan
 grande”.
- A quien dijo Jesús, puesta de manifiesto su voluntad divina:
 “En verdad por Mí mismo abreviaré de inmediato la prolongada vía,
 y lo que antes en diez veces tres días con dificultad podía recorrerse
 haré que en el lapso de un día sea transitado”.
- (825) Dichas estas palabras, vieron muy pronto la gran ciudad
 de Sotines, famosa en Egipto por sus altas murallas.
 Entrados en ella, se dirigieron a los umbrales del templo
 en donde acostumbraba colocar sus falsos dioses
 el insensato pueblo pagano, a los que daba culto con perversos ritos.
- (830) Pero, en cuanto con el Hijo hubo ingresado la santa María,
 al mismo tiempo todas las efigies de los falsos dioses
 súbitamente cayeron por tierra y permanecieron postradas,
 reconociendo así que con gran poder había llegado
 el Rey eterno y verdadero Dios de dioses.
- (835) Entonces fue realizado lo que antaño fuera dicho
 en el cántico que así modularon profetas:
 “He aquí que sobre una leve nube pronto llegará el Señor,
 delante de cuyo santo rostro es ciertamente adecuado
 que repentinamente se derrumben todos los ídolos de Egipto”.
- (840) En cuanto esto fue relatado a Afrodisio,
 por cierto muy poderoso gobernador de esa ciudad,
 éste, con muchos acompañantes, se apresuró hasta allá,
 y cuando los sumos sacerdotes del templo pagano se dieron cuenta de ello,
 esperaban de aquél que con diversas penas castigase de inmediato
- (845) a quienes tales daños habían causado a los insensatos dioses.
 Pero él, contemplando por tierra a los hermosos, diminutos ídolos,
 inclinados hacia adelante y por todas partes revueltos en el polvo,
 encendido repentinamente por una luz de amor celestial

- y de sagrada fe, mudado en seguida en su corazón,
 (850) se convirtió y, gozoso, dijo a sus amigos:
 “He aquí que patentemente se manifiesta el Señor que tiene poder sobre
 todo,
 del que tal vez nuestros propios dioses con callado murmullo
 según justicia dan testimonio de que Él es único Dios verdadero.
 Hace falta que nosotros mismos, postrados a la manera de esos dioses,
 (855) con ánimo devoto ofrezcamos veneración al Rey perenne
 recordando lo que hace tiempo hizo a aquel rey faraón
 que más de lo debido desacató su mandamiento,
 para que Él no nos precipite al negro foso de la muerte”.
 Dijo y, postrado en el suelo con todo su cuerpo,
 (860) se refugió bajo los pies de la santa María,
 de continuo y con fiel voz implorando la gracia del Niño
 a quien la gozosa madre estrechaba contra su amoroso seno.
 ¡Oh! Laudable es la gloria de tu potencia, Cristo,
 y siempre admirable el poder de tu diestra para mudar las cosas:
 (865) con un silencioso signo de tu voluntad eres capaz de reordenarlo todo.
 ¿Quién intentará, por tanto, los grandes dones de tu piedad
 admirar dignamente o entonar la alabanza de tus merecimientos,
 único nacido del sumo Dios y a tu Progenitor semejante,
 y que por razón de nosotros hiciste tan grandes prodigios?
 (870) Tú, sin principio nacido del altísimo Padre,
 por mandamiento Suyo de la madre llenaste las entrañas,
 asumiendo de ella, en el tiempo, forma corporal.
 Tú, que tienes poder para abarcar en Tu mano al mundo,
 no rechazaste ser envuelto en pañales no extraordinarios.
 (875) Tú, que por encima del éter resides en un trono decorado de estrellas,
 te acunaste, contraído, en un pequeño pesebre.
 Tú, que pones nombre a los astros de múltiples órdenes
 y que lo mismo de las gotas de lluvia que de las arenas de la orilla del mar
 correctamente puedes captar por Ti mismo el número cierto,
 (880) como los frágiles niños con paciencia guardaste silencio
 durante el tiempo en que, como es debido, succionaste los virgíneos pechos.
 Por ningún temor, además, al rey Herodes

- sino sólo en verdad por misericordia huíste de Él
 para, adecuadamente, poderte mostrar bajo forma de carne.
- (885) Y sin demora y de inmediato hiciste a los pétreos corazones
 de los indomables paganos ablandarse verdaderamente
 y pecatarse de tu firme reinado por todos los tiempos
 para que, avisados por signos divinos, acerca de Ti mismo supiesen
 que con tu sola palabra hiciste los mundos
- (890) y que a Ti cantaron los cánticos de todos los profetas.
 Permanezcan entonces por todos los siglos
 la gloria eterna y la alabanza de todas las creaturas
 con tu Progenitor, quien no supo cómo salvarte, a Ti, su amado Hijo.
 Y para Ti mismo, Cristo, que con tu sangre derramada redimiste a un
 mundo
- (895) que habría de perecer, perpetuamente sean honor, potencia y victoria,
 durante el curso de los siglos. Con el Espíritu Santo,
 por medio del cual son concedidas todas las gracias celestiales.

* * *

- ¿Con qué presentes compensaré dignamente ahora
 al Hacedor por todo lo que me ha otorgado,
- (900) al que benignamente y con su piedad acostumbrada a su indigna sierva,
 a mí, aun cuando débil, me ha concedido dar las gracias?
 Ruego, con motivo de esto, que el celestial escuadrón de los ángeles
 no cese de alabar con ahínco al Dios verdadero.

LA ASCENSIÓN

DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.
ESTE RELATO FUE TRADUCIDO DEL GRIEGO AL LATÍN
POR EL OBISPO JUAN

- Después de que Cristo, envuelto en vestidura corpórea,
hubo cumplido el venerable lapso de tiempo
durante el cual condescientemente habitó con los míseros nativos de la
tierra,
- (5) Él, único entre todos que pudo vivir sin mancha de pecado,
a fin de que, habiendo redimido al mundo, pudiesen por Él ser exhibidos
los gozos de la vida eterna, infortunadamente perdida con anterioridad;
después de que una santa y triunfal así como caritativa muerte
a causa y por razón de nosotros pacientemente hubo soportado,
mediante la cual, victorioso en magno combate, con vigor destruyó
- (10) las crudelísimas armas del enemigo del género humano
y en la que, gratuitamente, en rescate entregó el alto costo de su propia
sangre,
por nosotros dejando en la cruz su vida preciosa;
consumada ya, como era debido, la gloria de la resurrección
y luego de concluido el espacio de cuatro veces diez días
- (15) en los que, apareciendo sin engaño a los dilectos discípulos,
mostró que con su muerte fue destruida la nuestra
y que por los rigurosos lazos de aquélla no pudo ser retenido;
Él, único que fuese sin la culpa del pecado de Adán,
se manifestó por último a sus amigos dilectos
- (20) y, estando de pie en el altísimo vértice del monte poblado de olivos,
antes de ascender al palacio sustentador de los astros
dirigió estas palabras a sus vicarios:

- “Así como el Padre me ha enviado a Mí, su Hijo amado,
así os envió yo, caros amigos míos.
- (25) Y vosotros, dirigiéndoos cuanto antes a todas las naciones,
enseñadles los mandamientos de la vida eterna,
en el nombre del Padre e igualmente del Hijo y también del Espíritu Santo
con el agua sagrada purificando luego a los que crean,
para que así se deshagan de las antiguas manchas de sus pecados.
- (30) También, mediante mi potencia, expulsad diversas enfermedades
así como, por orden vuestra, obligad a los crueles depredadores
a que abandonen las cavidades de los pechos en que se hayan instalado.
Y, por otra parte, conservad el dulcísimo amor del alma para aquéllos
que intenten siempre haceros injuria con odios amargos.
- (35) En virtud de esto todas las naciones ciertamente podrán reconocer
que sois mis discípulos bastante queridos:
si a vuestros enemigos tratáis con ánimo intachable.
Por supuesto, retened hasta el fin en la memoria
todo lo que, sin culpa, he padecido a causa de vosotros.
- (40) ¿Acaso no es imposible a un querubín, en el reino paterno,
contemplar mi rostro, dado el modo como resplandece?
Sin embargo, los judíos lo agredieron con inmundicia saliva
y golpearon mis mejillas con malignos manotazos
y al madero fijaron mis manos con clavos cruentos,
- (45) las que del limpio lodo plasmaron al primer hombre
y con las que también desplegué los cielos extensos.
Pues, si miro la tierra, se empavorece estremecida
y no puede sobrellevar la fuerza de los terrores que causo,
pero, pasando delante y moviendo con crueldad la cabeza,
- (50) con crueldad se burlaban de Mí los criminales judíos
mientras esto padecía pacientemente de esos condenables.
Y no quise destruirlos en justa venganza
sino que, padeciendo gratuitamente la muerte en el madero,
supliqué al misericordioso Padre omnipotente
- (55) que los absolviese al punto de tan enormes crímenes,
instando mediante tal ejemplo a lo que debe ser ejecutado
para que sea fidedigna mi celeste doctrina

- y para que no alguno ose decir con palabras engañosas:
 ‘He aquí que Él mismo se rehúsa a sufrir lo que nos insta a soportar
 (60) y lo que no hace nos dice que debemos hacerlo’.
 Por mi voluntad, antes me sometí a los veredictos de una triste muerte,
 con toda la bondad de mi fiel corazón entregando, como pastor verdadero,
 piadosamente mi preciosa vida por mis propias ovejas,
 (65) y de ese modo con misericordia fiel cumplí todo lo mucho
 que dijeron de Mí los profetas de pasados tiempos.
 Pero ahora, vencedor, circuido por la paterna potencia,
 asciendo al sumo Padre establecido sobre el éter.
 Aunque suplico que en vuestra intimidad no se turben
 vuestros fieles corazones, pues en verdad no os dejaré al azar
 (70) en el mundo, como menores abandonados,
 sino que la fortaleciente gracia del Espíritu Santo
 os enviaré de inmediato, la que interiormente os enseñará lo verdadero.
 Yo mismo, además, sin falta, todos los días permaneceré con vosotros
 hasta el final del mundo por la totalidad de los tiempos”.
- (75) Cuando hubo pronunciado estas palabras, vuelto hacia ella
 con dulce voz dijo a su propia madre, María:
 “No te contristes, te ruego, tierna y casta virgen,
 cuando me veas ascender a los altísimos cielos,
 porque no te abandono, esclarecida lámpara del mundo,
 (80) y, con irme, no dejo deshabitado mi templo santo
 ni abdicó la incorrupta corona de mi vida;
 pues solamente a ti he hallado casta entre todas
 y dignísima de que generases mi sagrado cuerpo.
 Antes bien, cuando te convoque a que te separes del mundo,
 (85) no sólo te enviaré escuadrones de habitantes del cielo
 sino que, viniendo Yo mismo, recogeré tu alma bendita,
 de cierto más resplandeciente que el rutilante sol,
 y, suavemente conducida entre himnos angélicos,
 con veneración y prontitud la colocaré en el palacio sustentador de los
 astros.
- (90) Pero, por ahora, mando que el fiel Juan permanezca contigo,
 quien adecuadamente fulge con las gemas de la virginidad,

para que, frecuentemente circundada por los homenajes de la virginidad antedicha, tu ínclita vida refulja aún más”.

- (95) En cuanto dijo esto, un conjunto de ángeles lo circundó alabándolo con himnos melodiosos, y el monte quedó recubierto de pronto con una nube brillante. Llegaron ahí asimismo, en multitud, los antiguos profetas, en medio de los cuales el rey David, docto en canto de salmos, con acompañamiento de cítara mediante palabras exhortó
- (100) al Hijo del Padre celeste a dirigirse a su trono: “Elévate por encima de los altísimos cielos, fuerte Dios, y que tu gloria sea sobre toda la tierra del mundo”. E, instando la angélica muchedumbre, asimismo dijo esto: “Exaltad a nuestro Dios mediante un ritmo cántico,
- (105) orando en su santo monte con frecuente plegaria, porque consta que el Señor, nuestro Dios, es santo”. Y Cristo Jesús, con rostro sonriente vuelto de nuevo hacia los discípulos, les dirigió estas amigables palabras: “Para vosotros, hermanos, siempre adecuadamente fieles a Mí,
- (110) que habéis hecho Mi voluntad y la vais a seguir haciendo, he aquí que a vosotros doy, por último, mi duradera paz y esa paz para siempre la entrego a vosotros”. Esto dijo y, rápidamente elevado por su propia potencia, ascendió sobre el éter, victorioso de la funesta muerte,
- (115) rodeado por la sumisión de la nube rutilante. Mientras mirando hacia arriba y con los ojos fijos en lo alto la muchedumbre instruida en la fe lo veía encaminarse a las alturas por las abiertas puertas del cielo, servido por la totalidad de los astros inmediatamente de cierto dos varones vestidos con vestiduras blancas,
- (120) descendidos de la región llena de estrellas, se irguieron frente a aquéllos y les dirigieron estas palabras en verdad angelicales: “Decid, os rogamos, varones galileos, ¿por qué miráis hacia arriba estando de pie con los rostros atentos y levantados los ojos? Ciertamente este Jesús que, asombrándoos vosotros,
- (125) por sí solo ascendió por encima de los muy altos cielos

ha de venir como juez en la misma forma en que ahora se encamina hacia el éter”.

En ese momento David, mirando elevado sobre el éter a Cristo, pulsó su cítara colmada de divinas alabanzas y con grande y adecuada alegría esto salmodió:

(130) “En gran júbilo ascendió el Señor Dios sobre los astros, así como en medio del clamor de la trompeta sacra”.

Tras esto, la voz del Padre retumbó desde el levantado trono diciendo a su propio Hijo con habla divina:

(135) “Tú eres ciertamente mi amado y único Hijo que siempre, según justicia, mucho me complaciste, Tú, sin principio y asimismo verdadero Verbo del Padre y único que eres la verdadera sabiduría de los cielos.

Ahora, victorioso, descansa a la paterna diestra, alegrándote, hasta que debidamente, por los siglos ponga a todos tus enemigos como escabel bajo tus pies”.

(140) Después de que, de la tumba vuelta a la vida ya su naturaleza humana, Cristo se elevó al alto trono del Padre, con sumisa voz todos los escuadrones angélicos lo alabaron, a Él que, habiendo de reinar eternamente, con morir venciera a la muerte y redimiese al mundo para hacer a sus siervos reinar por los siglos.

* * *

Quienquiera que lea esto diga con corazón compasivo: “Clemente Rey, perdonándola, ten piedad de la humilde Hrotsvitha y celestialmente haz que persista en sus cantos divinos,

(150) ella que, alabándolos, ha cantado tus hechos portentosos”.

GONGOLFO

- Oh misericordioso Hacedor de la luz y Fundador del mundo y de las cosas
que adornas el cielo con variadas estrellas
y que, reinando Tú solo, dominas en el palacio sustentador de los astros
teniendo todo bajo Tu voluntad y gobernándolo con Tu soberanía,
- (5) Tú, que mediante Tu propio Hijo hiciste los mundos
y, de la nada, el triple mecanismo de las cosas
y que, adecuadamente de tierra creado el primer hombre,
ciertamente con la dulzura de Tu divina boca
le insuflaste con fuerza el aliento vital del espíritu
- (10) para que fuese obra firme de Tus propios dedos:
dígname inundar el corazón de tu sierva Hrotsvitha
con el piadoso rocío de tu gracia
para que en un cumplido poema pueda cantar los hechos piadosos
del santo Gongolfo, mártir insigne,
- (15) y alabar Tu nombre siempre bendito,
de Ti, que después del combate darás a tus vasallos
el grato premio de la vida perpetua a cambio de las leves heridas sufridas
en ésta,
destinándolos a vivir en el reino de la luz.

* * *

PASIÓN DEL SANTO MÁRTIR GONGOLFO

- En el tiempo en que del reino oriental de los francos
- (20) Pipino empuñaba el cetro en provecho del pueblo
y con excelente justicia regía los dominios de los burgundios
debidamente moderando a sus súbditos por medio de restricciones,
vivía en aquellas partes un joven famoso,
de nombre Gongolfo, fuerte y diestro en las armas,

- (25) de atractiva figura, hermoso por la probidad de sus costumbres,
querido de todos y para todos admirable.
Se decía que en verdad había nacido de estirpe de reyes
y que regio era su distinguido porte.
Ya en el vientre de la madre pendía su esperanza de Aquél
- (30) que con su palabra todo lo creó de la nada,
y no se confiaba al honor de tan ilustre ascendencia
sino que con la santidad de su conducta superaba los merecimientos de
su linaje.
Verdaderamente feliz la ilustre madre así santamente preñada
por haber traído a la luz del mundo esta descendencia,
- (35) de inmediato por medio del bautismo hizo lavar las antiguas culpas
en que nuestros primeros padres incurrieron
y, con la unción del óleo santo trazado el signo de la Cruz sobre su frente,
fue recibido entre los limpios hijos de la Iglesia,
y plenamente de inmediato fue alimentado en el dogma de la trina fe
- (40) mientras yacía en la cuna su lactante cuerpo:
todas las veces que succionaba leche, otras tantas se nutría de la fe sagrada
suspendido de los gemelos pechos de la madre.
Estuvo de ese modo mientras subsistió de abundancia de leche
y, en cuanto fue alejado de aquéllos, se encendió en él una seria
inteligencia
- (45) y, reflexionando en su tierno cuerpo asuntos de provectoros,
ciertamente no sin frecuencia se ocupaba de estudios sacros.
Al cual después, habiendo crecido en toda probidad, aún imberbe,
por gracia del beneficente príncipe Pipino,
quien cordial y ardientemente estimaba a tal joven,
- (50) no sin que lo mereciera le fue ordenado residir en el palacio regio.
Pero aun cuando la misericordia justísima del rey
lo enriqueció generosamente con la grande gloria
de que ya en sus primeros años fuese procónsul regio,
no se ensoberbeció, sin embargo, con hinchada fastuosidad
- (55) sino que con corazón humilde despreciaba semejantes honores,
suspirando por las dádivas del palacio astral.

- En verdad, como fuese para él la parte mayor de la hacienda de su padre,
la dividió también entre los pobres, con tan extrema diligencia
como si entre los míseros e indigentes hubiese visto a Cristo
(60) sonreír frente a él a causa de sus piadosos dones.
Frecuentemente, además, conformándose a la pauta del santo hombre Job,
fue mano para el manco y pie para el cojo
y asimismo al invidente proporcionó un ojo sagaz,
dando a todo el pueblo noble ejemplo.
- (65) Y no menos se afanaba en asuntos humanos,
haciéndose igual a los primeros de los señores.
Porque, si malamente a nuestros oídos una falsa historia
nos ha engañado con cosas dudosas y ficticias,
este santo a quien nuestra mano ha comenzado a delinear
(70) tenía la costumbre de seguir la marcha de los cuadrúpedos
y, cazando vigilantemente, fatigaba sus miembros hermosos
sometiéndose al mandamiento de su dilecto señor.
Y su espada no supo nunca ceder vencida
cuando se le oponían huestes armadas
- (75) sino que siempre ofreció un preclaro triunfo sobre el enemigo,
protegida por el divino auxilio celestial.
Ciertamente nuestras musas no pueden,
al componer esta obra en metro dactílico,
relatar con cuántas distinciones adornaba a este amado Suyo
(80) el Rey de reyes, a causa de su altísima bondad.
Más, sin embargo, aun cuando sea en desaliñado lenguaje,
proclamaré torpemente una sola de las diversas y esclarecidas.
Como lo prueban los hechos, iba delante conduciendo a una tropa
para someter a un pueblo demasiado henchido de Marte
- (85) y, como de costumbre, pronto resultó por fin triunfador de la batalla,
sin derramamiento de su purpúrea sangre.
Y con los pueblos adversarios sometidos por su propio poder
suscribió un pacto. Acordada la paz, regresó.
Y aconteció que el camino por el que avanzaba lo condujo
(90) junto a la obstruyente cerca de cierto hombre pobre

- tras de la cual se hallaba oculto un prado de germinante flor
 cubierto con muchos agradables brotes,
 y ahí asimismo una clara fuente de vítrea blancura
 hacía fluir un riachuelo que rumorosamente irrigaba la propiedad rural.
- (95) Cuando el noble señor bajó hasta ahí su reluciente mirada
 examinando el líquido manantial de la fuente,
 cautivado al momento con amor por el agua refrescante
 se detuvo y difirió el viaje con agradable demora.
 Y, enviando a un paje, suplicó en consecuencia venir
- (100) al dueño de aquel lugar fecundo en flores.
 Él, cumpliendo en seguida la orden del caudillo imperante,
 como le fuera mandado acudió inmediatamente.
 Cuando el propio caudillo vio de cierto acercarse a aquél,
 a él se dirigió sin tardanza y con exhortación persuasiva
- (105) y, suplicándole, con toda la afabilidad de su ánimo humilde
 formó con su lengua estas palabras:
 “Dulce amigo, sé generoso, te ruego, con mis peticiones
 y véndeme esta limpia fuente
 que con sus claros cristales y sus ondas que suavemente suenan
- (110) riega, acariciándolos, estos sembrados tuyos,
 y sin dilación generosamente acumularé para ti, como pago,
 una cantidad no pequeña de monedas de auténtica plata”.
 Y cuando, produciendo su tintineo, la alegre promesa
 penetró en los oídos de la persona pobre,
- (115) alegre le resplandeció la cara y en todas sus venas se agitaron
 las emociones que se escondían en el lugar secreto de su corazón.
 Entonces el hombre menesteroso comenzó a pronunciar estas palabras,
 sediento, más de lo que crees, de por lo menos una dudosa esperanza:
- (120) “Oh gloria nuestra, a ninguno segundo en piedad,
 a quien con fe venera en su alma el pueblo de Oriente,
 ¿qué a ti, qué cosa digna de ti puede decirte mi lengua?
 ¿Acaso no está puesta en tus manos nuestra conservación?
 Y en cualquier cosa que a mí con tu palabra decretes que haga,
 por difícil que sea y suficientemente onerosa,

- (125) es justo, no obstante, que te obedezca, oh bienaventurado,
 como el esclavo humilde al supremo señor.
 Si te place que, viejo colono, salga yo de aquí,
 no lo discuto sino acato tus órdenes”.
- (130) Esto dijo y, cerrados los labios, reprimió sus palabras
 y nada habló después con su verbosa lengua.
 El regio varón, por su parte, de acuerdo con su bondad,
 con bondad acogió lo con respeto dicho
 y de inmediato cumplió su promesa al mencionado pobre,
 entregándole cien monedas.
- (135) Tras de concluido esto, raudamente emprendió su retorno,
 esforzándose al encaminarse a su ya menos estimada patria.
 Entonces, los que eran no conocedores del venerable milagro
 que poco después el que tiene su trono en lo alto habría de realizar en
 aquél,
 comenzaron a difamar al caudillo con secretos rumores
 y a considerar como error su obra de piedad.
- (140) Creedlo, no se ocultó al varón la dolosa conmiseración de aquéllos
 sino que inmediatamente se le puso de manifiesto lo clandestinamente
 dicho.
 Él, con boca sagaz emitió ciertamente su voz
 y dirigió estas palabra a sus compañeros:
- (145) “¿Por qué os complacéis, compañeros queridos, en censurarme
 bastante más de lo justo con palabras ilícitas,
 diciendo que por razón de estulticia entregué
 dineros a un varón desconocido y extraño
 y que mercedamente lamento la ausencia de tanta riqueza
- (150) así como de la a un alto costo comprada fuente,
 como si mi propia diestra, que con los bienes es píamente magnánima,
 hubiese dado oro a cambio de beneficios mínimos?
 No es adecuado volveros accesibles con mis palabras
 la causa por la que quise asignarle ese precio;
- (155) pero cumple tranquilizar vuestras agitadas mentes.
 Ruego, pues, que os abstengáis de estos rumores

- y que, con prudencia, ahora acreditéis de entre vosotros a un varón experto
 en los vientos que soplan y en los aires errantes
 a fin de que, rápidamente alejado y habiendo llegado a él,
 (160) en el lugar inspeccione si la vena líquida de una fuente
 a su manera y entre flores de colorido muy vario
 susurra su rizado murmullo por las pendientes:
 entonces se pondrá de manifiesto, en caso de que se pueda jactar de ambos
 lucros
 el campesino, que me he despojado a mí mismo totalmente”.
- (165) Después de que él hubo mencionado esto, un compañero regresó de prisa
 y, recorrido por completo el trayecto del largo camino,
 cansado llegó al antedicho campo
 en donde estuviera el agua vendida al benigno señor.
 Aun cuando ávido de conocerlo, no inmediatamente, sin embargo, con sus
 pies
 (170) alcanzó los linderos del prado sustento de flores,
 sino que se enredó en desarregladas espinas
 así como en hirsutos cardos y zarzas
 de que habitualmente se hallaba cubierto el no cultivado campo.
 Y no se arredró de acercarse por su pie a la espesura,
 (175) ansioso de unir su mirada a la cerca prescrita
 a fin de examinar el riachuelo de cristalinas aguas.
 Pero, no obstante, en vano con ojos solícitos miraba a lo lejos,
 porque la fuente había cesado de fluir y ahí no se hallaba.
 Entonces en su mente pensó que a causa de la apretada maraña
 (180) del matorral no le era posible mirar claramente las cosas
 y, avanzando a rastras pero con la soberbia cerviz erguida,
 volvió el paso hacia el prado,
 esperando que la fuente se hallara tal vez cubierta
 por las encantadoras y variadas hojas de las bellas flores.
- (185) Y cuando se dirigió hacia el lugar y encontró que se hallaba seco el terreno
 que anteriormente rebosaba de agua desbordante,
 ilusionado, no bien, por una vacua esperanza, tendido incluso en el suelo
 comenzó en verdad a lamer los arenosos lugares
 intentando ver si podía chupar alguna exigua gota;

- (190) pero ni siquiera se humedeció su sequísima lengua.
 Al final comprendió las benignas acciones del santo Gongolfo
 y se dolió de no haber querido tener confianza en sus virtuosos méritos.
 Cuando regresó de esto y se reunió nuevamente con sus compañeros,
 observó flotar en el aire una conspicua nube
- (195) junto a la suave cabeza del siervo de Cristo,
 nube parecida en todo a un manto blanco y brillante.
 Habiéndola captado con los ojos, comenzó a exponer con palabras
 la súbita desaparición de la fuente, de la que se había percatado,
 y persuadió a los compañeros de que de su corazón expulsasen la duda
 e inmediatamente adquiriesen confianza en el ameritado santo.
- (200) Mientras intercambiaban en amistoso coloquio esas palabras,
 se dirigieron a la cercana propiedad de su señor,
 en la que habían sido edificados muros en torno de un prado
 sustento de flores y rodeado por árboles varios.
- (205) Hacia allá encaminó también su paso el amado amigo de Cristo,
 complacido en su interior por recorrer el prado bello,
 y contraídos los tendones, fijó por fin en tierra
 una vara que consigo había traído, e inmediatamente volvió a casa.
 En ésta, innumerables sirvientes debidamente competían
- (210) dedicados con ánimo a diversos quehaceres,
 y ellos un espléndido banquete dispusieron en mesas
 y rogaron entonces a aquél que, aunque un poco tarde, su hambre
 satisfaciese en seguida.
 Pero él ordenó que antes pasara la desvalida turba
 a la que acostumbraba dar de comer con frecuencia en su mesa,
- (215) y sólo cuando por manos de él quedó aquélla plenamente saciada
 él mismo por fin se sentó ante la mesa servida.
 Los francos igualmente tomaron asiento, desplegados a lo largo de los
 muros,
 disfrutando el obsequio con báquica alegría.
 Entre tanto, incitaba a dormir la estrella de Oriente,
- (220) la ya cercana noche amenazaba con negras tinieblas,
 y, de repente, sucedió al festín una quietud amable
 que serpeó por los miembros entregados a la ebriedad;

- mas el benigno caudillo comenzó a pasar una noche sin sueño,
 con voz sostenida orando a su Señor.
- (225) Y luego de que, vencida, la noche se alejó con sus tinieblas desgarradas
 y de que la naciente luz circundó la región etérea,
 llegaron jóvenes poseedores del rango de pajes
 llevando el calzado de su querido señor.
- (230) Llamaron a la puerta del aposento, cerrado durante el tiempo de la noche,
 pidiendo que la entrada fuese abierta.
 Pero el caudillo por un instante permaneció en silencio y fingió sueño
 y después, como despertando de un dormir profundo,
 ordenó al custodio liberar los cerrojos internos
 y abrir el dormitorio a sus seguidores.
- (235) Habiendo entrado éstos, pidió agua para sus blancas manos,
 pero faltaba ésta por orden del Señor que tiene su trono en las alturas.
 Entonces el bienaventurado varón, seguro de la misericordia de Cristo,
 envió prontamente a uno de los distinguidos jóvenes
 a que le trajese la ya mencionada vara
- (240) que por la tarde él mismo había fijado en el prado.
 El cual, saliendo en rápida carrera por la herbosa propiedad rural,
 movió en derredor los ojos prontos y errátiles
 buscando la vara recién sepultada en la tierra
 y, habiéndola encontrado, la tomó con sus tráciles dedos
- (245) y la extrajo, quedando sólo una pequeña cavidad
 para que de todo eso hubiera una constancia visible.
 Hecho ciertamente lo cual, cayó la pequeña nube,
 la que antes estuvo fluctuando en el viento vacío,
 y, rota, en el mismo lugar derramó por último
- (250) las aguas henchidas de la predicha fuente,
 y estableció asimismo perpetuos cauces de veneros acuosos
 en donde antes fuera fijada la pequeña varita.
 Y el joven se llenó de estupor y difundió por el aire su voz
 persuadiendo a los seguidores de que rápidamente se presentasen ahí,
- (255) y con alegría les narró los nuevos milagros
 que había concedido el Rey de la milicia angélica.
 Y cuando de repente todos, estremecidos por tan gran milagro,

- admirados levantaron las caras hacia el cielo
 y, extendidas las manos a los astros,
 (260) juntos entonaron para Dios cánticos de alabanza,
 he aquí que uno de los de palacio con sus manos llevó una vasija,
 de prisa la llenó con el agua vista por todos
 y con alegre rostro se encaminó hacia Gongolfo el benéfico
 para informarle del insólito milagro
 (265) y, estando de pie con aspecto sereno
 delante de tan magno cónsul, esto enunció con labios honorables:
 “Alegre”, dijo, “mercidamente recibe estos excepcionales dones
 que no te otorgó la débil tierra
 sino que desde la suprema cima del cielo el mismo Rey de la celeste bóveda
 (270) te enviara, mediante el servicio admirable de una nube.
 Por tanto, nos corresponde ahora disfrutar de gran alegría
 puesto que con tan magna gloria eres favorecido”.
 Replicó al momento el caudillo con rostro sereno
 dando esta respuesta con devota voz:
 (275) “No es apropiado”, dijo, “acreditar esto exclusivamente a méritos nuestros
 porque nunca nada en mi insignificancia merecí,
 sino que nos queda rendir múltiples gracias a Cristo
 quien, presente siempre, asiste siempre a sus propios siervos”.
 Dijo y, según su costumbre, se lavó en la fuente nueva
 (280) y, limpio, esto cantó al señor que tiene su trono en lo alto:
 “Oh Tú, siempre piedad, esperanza única de la vida nuestra,
 oh máxima potencia de la divina gracia,
 ¿a quién le es posible elogiar justamente y con dignos cantos
 la obra del Dios omnipotente, Artífice del mundo,
 (285) quien de nuevo otorgó otros milagros, no disonantes de los antiguos,
 por medio de Su propio Hijo gobernando todas las cosas?
 Estas son maravillas, Cristo, de tu propia potencia,
 de Ti, puesto que en otro tiempo para el pueblo judío
 ordenaste a una piedra manar dulces líquidos
 (290) y hacerse leche a la hiel amarga.
 Por lo tanto, no olvidado de tu poder, Cordero del Tonante,
 con el que según derecho riges el trino mecanismo de las cosas,

- quisiste ahora también acreditar a nuestras tierras
 esta señal de noblemente magna gloria,
 (295) para que conozcan los que viven a lo ancho de este torneado mundo
 que Tú eres y siempre has sido el único Dios.
 Ahora también, Jesús, implorado concede este don:
 que de diversas enfermedades purifique este líquido,
 para que alabe a Ti con dulcisonantes voces
 (300) todo aquél que se reconozca salvo y vigoroso".
 Esto dijo, y la nutricia salud cedió a la voz que hablaba
 e hizo el agua salutífera. Alabanza sea para Ti, Señor.
 Luego de esto, girando de prisa por todas las regiones del mundo,
 la delatora fama del muy deleitable milagro
 (305) exhortó no sólo por cierto a los pobladores patrios,
 a quienes vagando por el aire alcanzó la noticia del don,
 sino también a fatigados peregrinos de lejanas tierras
 quienes, rápidamente reunidos de todas partes,
 sin ninguna paga recibían los favores de la curación
 (310) con sólo tomar de la fuente cuando mucho un pequeño sorbo.
 Con frecuencia verías prosternarse ahí a la no cuidada turba,
 agitando en las orillas sus lánguidos miembros.
 Podrías pensar que se hallaban ahí, extenuados, aquéllos del pueblo judío
 que habían sido acometidos por diversas enfermedades,
 (315) y quienes antaño en los cinco pórticos de Salomón
 se colocaban en torno a la barrera de la piscina de Bethsaida
 y competían, luego de que agitaba las aguas un médico de lo alto,
 por quién sería el primero en quedar lavado de su particular enfermedad
 —pues, de acuerdo con la Ley, por sorteo conquistaba el gran prodigio
 (320) de ser despojado de su ignominia el que en primer término se deslizara
 en aquélla—
 quedando muchos de ellos en suspenso hasta el siguiente día:
 éstos, por razón de su esperanza de vida, con avidez e insistencia pedían
 que, repentinamente descendido de la región más alta,
 con su pie el médico agitase siquiera un poco la piscina.
 (325) No de otro modo ahora, codiciosos de salud,
 éstos querían tocar siquiera una mínima gota de la fuente

- y, recuperada al primer sorbo la fortaleza antigua,
 hacían vibrar los cielos con dulcísimos cantos
 por tan grandes dones dando gracias a Cristo,
 (330) quien por los méritos de este santo otorgó favores a los miserables,
 y, de igual manera, del digno varón elevaban elogios más arriba del éter,
 pues bienes tan grandes alcanzaban a causa de él.
 Si hubiese tiempo de extenderse en equivalente alabanza
 a los merecimientos y a las costumbres egregias de tan magno caudillo,
 (335) en el Olimpo el día quedaría velado por el manto de la noche
 antes de que nuestro relato llegase a su término.
 Pero, dejando eso para ser tratado por poetas doctos,
 describamos nosotros, con quebradizo cálamo, lo que hemos iniciado.
 Por cierto que mientras el pueblo oriental de los francos
 (340) se regocijaba por los ilustres méritos y la bondad del caudillo,
 por magnas súplicas de señores próceres
 este amado de Cristo y esplendor absoluto de su raza se vio inducido a
 consentir
 en querer asociar a él, mediante el acostumbrado pacto
 del matrimonio legítimo, a una doncella digna,
 (345) para que no sucediera que, excluida la descendencia, llegase a su fin
 la estirpe ilustre de linaje regio.
 Advertido por ellos el venerable caudillo Gongolfo
 y suficientemente motivado por suaves advertencias de los antecesores,
 unió a su propio amor a una esclarecida amada
 (350) de ascendencia regia y figura resplandeciente,
 a la que amonestó para que siempre llevase una limpia vida
 hecha de castas costumbres y dedicaciones.
 Pero, ¡ay de mí!, la insaciable serpiente astuta y amarga
 sedujo la rebelde personalidad de la esposa:
 (355) es decir, un atrevido y siniestro escriba de Gongolfo
 más de lo lícito se inflamó de amor por su propia señora
 y ella, ¡ay dolor!, perdidamente vencida por el amargo engaño de la
 serpiente,
 pronto también en el pecado ardió con pasión funesta
 y, adhiriéndose al siervo en la secreta impetuosidad de su corazón,

- (360) a su legítimo señor desechó por causa del criado.
Entonces el malvado enemigo sintió el prurito de manifestar los pecados que bien sabía que habían sido cometidos a causa de su propia perfidia e, incapaz de soportar demoras, los lanzaba a los aires vacíos proclamando por fin su alegría.
- (365) A medida que estos rumores eran propalados entre la dolid muchedumbre de todos los nativos del reino de los francos, convergieron, por el impulso de las lenguas, en las orejas delicadas del santo Gongolfo, beneficiante cónsul.
Y cuando captó que por los estrechos laberintos de su oído
- (370) se deslizaban palabras mensajeras de aflicción no pequeña, lamentó el dignísimo héroe una desgracia tan triste y quedó lesionado por el enorme proyectil de la angustia, al mismo tiempo que interiormente, en la apretada cavidad de su pecho, doliéndose, para sí debatía con tristeza dos diversas posibilidades:
- (375) en primer término, según la ley penal disponer un castigo por delito de criminalidad tan terrible o, segunda, conceder el perdón con la piedad acostumbrada; y durante mucho tiempo sufrió por esta incertidumbre. Pero de cierto por fin con misericordia perdonó la merecida pena
- (380) y no quiso propalar más el crimen, cuidando únicamente de impedir tan gran delito de la desventurada para que después de esto ella temerariamente no viviera en pecado. Y cuando liberaba de esas preocupaciones su mente piadosa aconteció que, tras de recorrer él mismo su propio prado,
- (385) llegó a las vertientes de la fuente que le había sido enviada desde el cielo mediante el admirable servicio de la nube. Y mientras el bienaventurado Gongolfo ahí se hallaba de pie, su lasciva cónyuge llegó junto a él súbitamente, a la que al fin habló él con palabras pacíficas
- (390) pero con rostro bastante severo, ordenándole esto:
“Con respecto a ti me he enterado, con bastante frecuencia, de una siniestra noticia,
a saber: que infortunadamente en un lecho no propio te has corrompido; pero, por compasión hacia ti, difiero exponer esto ante la gente

hasta no saber con certeza si eres o no culpable.

- (395) Y no ordeno que concurra prontamente una gran muchedumbre de todas partes hecha venir a una llorosa reunión para que el experto senado, de alta jerarquía, reflexione acerca del caso y decida el castigo de tan terrible crimen, sino que únicamente te insto a que mojes un poco tu mano derecha
- (400) en las gélidas aguas de la fuente que tienes delante y si, como consecuencia, de pronto no te acontece algún daño, no hay necesidad después de ningún otro juicio".
- Ella en ese momento, más de lo debido confiando en su soberbio corazón y siendo fortalecida su obstinación por el demonio,
- (405) en seguida introdujo hasta el fondo su mano desnuda esperando que ningún daño le pudiera ser hecho. Pero al arder entre las escalofriantes aguas descubrió lo que a la excelsa diestra de Dios le es posible: es decir, ardía la audaz entre las húmedas arenas
- (410) y acremente era abrasada por las acuosas llamas, y la que rehusaba ceder a palabras pacíficas a la eterna justicia era obligada a ceder.
- ¡Oh siempre dispuesta facultad de hacer cambios de nuestro Cristo, oh equitativa potencia del justo juicio de Dios!
- (415) En efecto, la que jactanciosa se mojó, doliéndose tristemente fue despojada de la piel de su mojado brazo y, sin demora, en cuanto retiró su mano llevó en ella el cruel signo del crimen que rotundamente había negado.
- Ocurridas estas cosas, se atemorizó su mente consciente de engaño
- (420) y de que más tarde no habría esperanza de perdón, y sólo cierta de tener que expiar su corrupción según las leyes con la pena letal inmediatamente aplicada.
- Pero el príncipe Gongolfo, juez egregio, la justificada ira de su alma entristecida mitigó
- (425) pidiendo que, como consecuencia, el escriba reprochable inmediatamente saliera expulsado de la patria, para que hasta el fin ese criminal llorase sus maldades segregado de la patria y entregado al exilio.

- Y, compadecido, dio a la miserable la honra del perdón
 (430) aun cuando no la colocó ya más en su propio tálamo.
 Luego de esto, habiéndose acrecido la fama del bienaventurado Gongolfo,
 la que fue panegirista de tan beneficente vida,
 el taimado engañador de los hombres y captor de los malvados,
 derramado el veneno de la vieja envidia
 (435) y con toda clase de engaños ideados por su antigua astucia,
 intentó destruir esa buena fama
 para que no el pueblo, persuadido por ejemplo de tanta magnitud y de tal
 excelencia,
 rindiese ante el Señor su cerviz antes soberbia.
 Entonces, durante algún tiempo se afaná en dañar mediante algún maligno
 fraude
 (440) al caudillo famoso: y no pudo,
 pues cada día se incrementaba mucho más la fuerza del amor
 por aquél en los corazones de tan gran pueblo.
 Por último, con fraudulentos combates circundó
 al miserable que a causa de su delito había sido expulsado de la patria
 (445) haciéndolo efervescer en sed de eximia sangre,
 y éste no fue ya capaz de respetar a su señor.
 De tal manera de repente el infeliz fue inundado por la cólera,
 que se hallaba sediento de la muerte del benigno y justo
 y que, buscando de nuevo a la maligna prostituta, igual en ferocidad a él,
 (450) le reveló todo lo que se había propuesto.
 Ella prontamente, ¡ay!, sumisa a sus peticiones,
 deseó que el crimen fuese ya cometido cuanto antes
 y secretamente al justo tendió asechanzas en verdad indecibles,
 olvidada en lo íntimo, ¡ah!, del antiguo perdón
 (455) que la libró de una pena que legalmente pudo habersele infligido
 y que no permitió que por la muerte se perdiese una vida culpable.
 Desagradecida de todo esto, estuvo muy de acuerdo con el compañero
 inicuo
 y, prostituta y loba, ardió en fuego servil.
 Y cuando la noche, sabedora de engaños, cubrió el cielo con tinieblas,
 (460) comprendió la condenable loba que había llegado el momento

- en que malvadamente podían quitar la vida al santo Gongolfo,
 y así lo hizo saber al armígero perverso.
 El cual, luego de cercenar con espada empuñada la sagrada cadera
 del santo Gongolfo, mártir eximio,
 (465) abandonó la querida patria huyendo con la cónyuge,
 arrebatado de amor por su indómita señora.
 Y así como él no conoció los límites de un amor legítimo,
 así el castigo suyo no conoció tener demora
 sino que, por disposición del cielo, de repente arrojó las vísceras
 (470) que antes estuvieran henchidas de alegría.
 Y así el miserable, abatido por la excelsa y vengadora Diestra,
 perdió a la prostituta comprada con la vida.
 En cuanto al santo mártir herido por la furtiva lesión,
 mientras apuraba el pronto sabor de la muerte
 (475) y, muriendo, respiraba sus últimos momentos,
 le acompañaba de cerca un conjunto de ángeles
 que inducía con sus voces al firme testigo
 a que abandonase un cuerpo entretejido de lánguidas fibras de arcilla
 y a que, acariciado suavemente por angélicos himnos,
 (480) recorriese de inmediato los astrales senderos del cielo.
 Habiendo el mártir expirado en seguida, su alma, completamente lavada
 en la sangre purpúrea del luciente Cordero,
 fue elevada por el aire y transportada entre los serenos astros
 y colocada a las puertas del cielo, delante del Señor.
 (485) Ahí, de las manos de Cristo inmediatamente le fueron llevadas
 una extraordinaria corona de laurel y una palma de perpetua victoria
 y, con brillante túnica, por razón de su herida mortal fue unido
 al ejército blanco que se aloja en el palacio del cielo.
 Mientras tanto, fue dispuesta una magna procesión funeral
 (490) y honrado con exequias el exánime cuerpo;
 y lloraban todos el deceso de patrono tan grande,
 pero en medida mayor sus propios, afligidos sirvientes.
 Y fue seleccionado para el venerable túmulo un espléndido lugar
 al que se dice que los antepasados denominaron Tul:
 (495) ahí fue sepultado el cuerpo del dichoso Gongolfo,

- siendo regados con lágrimas sus sagrados restos.
Luego de esto, no rara vez visitaban los huesos sacros
quienes buscaban por fin seguro auxilio,
e inclusive cuerpos de próceres se inclinaban sobre la sagrada tumba
(500) por razones diversas de la inestable vida
y, prosternado, el que empuñaba el cetro lamía los mármoles
y ofrendaba besos al túmulo marmóreo,
implorando con votos, esperanza y promesas que, por los méritos
del mártir benéfico, Cristo le fuese propicio.
(505) ¿Quién describirá la multitud arrojada a los umbrales del templo
o a quién será posible hablar de sus innumerables votos?
Estas cosas ciertas a ninguna inteligencia le es posible comprender
y ninguna erudición es capaz de enunciarlas.
Y, sin embargo, en verdad testigo a favor de él mismo,
(510) concedió dones de maravillosa dulzura
para que cada uno sin demora sintiese que se le volvía propicio todo
aquello
por lo que imploraba al egregio mártir:
aquí ciertamente el ciego, restaurada la alegre vista,
inmediatamente con sus ojos veía la clara luz,
(515) y se abrían a las voces los oídos largo tiempo cerrados
y el paso era devuelto a los inválidos pies;
aquí también eran despojados de su mal diversos enfermos
y fortalecidos por fin los miembros lánguidos.
Con palabras no puedo recordar dignamente los dones preclaros
(520) que recolectó este pueblo egregio.
Y no sólo ardían en amor por su protector querido
aquéllos a quienes aconteció ser conciudadanos de tan gran varón,
sino que igualmente moradores de tierras bastante remotas
experimentaron el rápido auxilio del mártir.
(525) De ahí que por todo el mundo se jacte de ser afortunada la tierra de Tul,
la que en su blando seno abraza los huesos sagrados.
Por último, puesto que comencé a tocar someramente
los egregios hechos del santo mártir Gongolfo,
me queda que, con sencillo discurso, intente volver a la miserable

- (530) prostituta, indigna del matrimonio con él,
 así como al signo que muy a pesar suyo merecidamente dio
 de estar condenada al bátrato, en conformidad con sus propios
 merecimientos.
 Ciertamente cuando ya, testigo del victorioso, la alegrísima fama
 hubo llegado hasta los astros del excelso cielo
- (535) y recorrido todos los confines del estable mundo
 divulgando el gozo de tan grande gloria,
 gozoso, cierto devoto varón presurosamente se retiraba
 de la tumba decorada con diversos milagros
 cuando, encontrándose con la antes recordada loba,
- (540) se detuvo mirándola con ojos estupefactos
 y le habló además, como ella lo merecía, con amargas sentencias,
 conformando su lengua estas palabras:
 “Oh desdicha meretriz, merecedora de intemperantes llamas,
 ¿no te avergüenza ahora el engaño o te causa arrepentimiento del crimen
- (545) sin justicia ejecutado en el santo del Señor
 simplemente por decisión de tu lascivo compañero?
 Ahora bien, teniendo conmiseración de ti, te comunico
 el óptimo medicamento de un sano consejo que de inmediato debes
 seguir
 y te sugiero que, afligiéndote, visites el sagrado sepulcro
- (550) y con abundantes lágrimas borres tus pecados,
 porque los restos del mártir exánime sepultados aquí
 refulgen con milagros no pequeños
 y porque, aunque indigna, espero, miserabilísima, que te sea posible
 obtener el perdón si lloras la culpa”.
- (555) Pero aquella pestífera alma, entregada malamente a todos los vicios,
 se negó a transitar por el camino recto de la vida
 y, abrazando ahora solamente los placeres de una lúbrica existencia,
 no cuidó de los gozos de la perpetua patria.
 Y así la infeliz, promotora del crimen ejecutado,
- (560) desdeñó atender a las pacíficas palabras,
 pues se abandonaba toda a las cosas percederas
 y no intentaba tener esperanza de bienes perdurables.

- Por supuesto, escuchadas las palabras de aquél que no hablaba falsías,
dirigiendo, taimada, hacia él los ojos sanguinarios,
(565) impacientemente agitó la indómita cabeza
y esto le vociferó con hocico pestífero:
“¿Por qué habías vacuamente, fingiendo que tan grandes maravillas
sin engaño son hechas por los merecimientos de Gongolfo?
Ciertamente de esas cosas que se dicen no se prueba que sean verdaderas
(570) y no se producen en su túmulo milagros diferentes
de las maravillas admirables que pueden proferir
por lo menos la partecita extrema de mi dorso”.
Dijo, y a su palabra siguió un sorprendente milagro,
adecuado a esa propia pequeña parte suya:
(575) emitió en consecuencia un sonido construido con modulación repugnante
al cual nuestra lengua se avergüenza de nombrar.
Y, luego de eso, cuantas veces formaba una palabra
otras tantas repetía ese tosco sonido,
para que la que desechó conservar el debido pudor
(580) fuese para todos causa de inmoderada risa
y durante todo el tiempo de su vida llevase hasta el fin
claramente la marca de su propia vergüenza.

PELAGIO

PASIÓN DE SAN PELAGIO, PRECIOSO MÁRTIR,
QUIEN EN NUESTROS TIEMPOS, EN CÓRDOBA,
FUE CORONADO CON EL MARTIRIO

- Íncrito Pelagio, mártir glorioso de Cristo
y excelente militante del Rey que reina por todos los siglos,
vuélvete con tierna piedad a mirar a la pobre Hrotsvitha,
a mí, sierva a ti sometida con mente devota,
(5) que te venero con el alma. Con corazón favorable acoge asimismo este canto
y haz que un poco del rocío de lo alto riegue ya
misericordiosamente la oscura cavidad de mi pecho,
para que dignamente pueda consignar con la pluma
la alabanza de los prodigios tuyos y tu famoso triunfo
(10) y con qué noble muerte al cruento mundo venciste,
comprada con sangre la nítida palma.

* * *

- Figura en las regiones de Occidente un ornato brillante del mundo,
una urbe majestuosa, insólita por su soberbia bravura en la guerra,
que bastante bien cultivada tuvieron habitantes hispanos,
(15) opulenta y llamada con el afamado nombre de Córdoba,
célebre por sus delicias así como espléndida en todas las cosas,
hasta el máximo colmada por el séptuple río de la sapiencia
y esclarecida siempre por sus perpetuas victorias,
la cual en otro tiempo estuvo felizmente sometida al justo Cristo
(20) y produjo para el Señor hijos por el bautismo vestidos de blanco.

Pero súbitamente una bélica fuerza cambió los bien fundamentados
mandamientos
de la sacra fe al esparcir el error de una doctrina nefanda,
y dañó al creyente pueblo.

- (25) En efecto, la pérfida raza de los sarracenos indómitos
embistió con batalla a los firmes habitantes de esa urbe,
arrebató para sí por la fuerza también el brillante destino del reino
y dio muerte al buen rey lavado por el bautismo
que antes mercedamente había empuñado el regio cetro
y que durante mucho tiempo con justas prescripciones había moderado a
los ciudadanos.
- (30) Habiendo sido de cierto sobrepasado aquél ya por el hierro enemigo
y con excesivas muertes, quedando derrotado el pueblo,
el conductor de la raza y arquitecto también de la lucha,
varón demasiado perverso, impío en su vida y en su proceder,
por último usurpó para sí el destino de imperio tan grande
- (35) y en la devastada campaña estableció a sus nefandos compañeros
llenando asimismo la afligida urbe con no pocos enemigos
y —lo que en verdad es deplorable decir— con bárbaro ritual
mancilló a la madre de una pura fe,
entremezclando paganos con los justos habitantes
- (40) a fin de que aquéllos a éstos persuadiesen de corromper las costumbres
ancestrales
y de que, profanado, al par de ellos el santuario se impurificase.
- Pero el tierno rebaño regido por Cristo, pastor,
desafió de inmediato la funesta prescripción del tirano perverso
diciendo que era preferible morir observando la Ley aun bajo amenaza de
muerte
- (45) a estultamente vivir sujetos a los nuevos ritos.
Enterado de lo cual, el rey se dio cuenta de que no sería sin daño suyo
el que por igual a todos los ciudadanos de la riquísima urbe
que había conquistado mediante repetido esfuerzo de poderoso combate
les confriese por igual la ruina de una muerte amarga.
- (50) A causa de ello, mudando el decreto primeramente estatuido,
sancionó de inmediato, proclamada como precepto, una ley adecuada,

a fin de que quienquiera que prefiriese servir al eterno Rey
 y observar las costumbres de los padres de otros tiempos
 hiciese eso lícitamente, sin ningún castigo vengador después de ello,
 (55) observada con cuidado solamente esta condición:
 que ningún ciudadano de la antes mencionada urbe se atreviera luego
 a blasfemar de los dioses fabricados de oro
 a quienes diesen culto el príncipe o quienquiera que empuñara el cetro.
 De otro modo, de inmediato sometería la cabeza al hierro afilado
 (60) y sufriría la suprema sentencia de muerte.

Ocurrido así todo eso, en simulada paz descansaba
 la urbe creyente, por supuesto con frecuencia sumergida en mil males.
 Porque a aquéllos a quienes inflamaba el fuego del amor a Cristo
 y la sed del martirio aconsejaba destruir con palabras
 (65) las estatuas de mármol que el príncipe, ornado con diadema
 y suplicante y postrado el cuerpo, veneraba con incienso sabeo,
 a ésos rápidamente condenaba por fin al capital castigo:
 pero sus almas, lavadas por la sangre, se dirigían hacia lo alto.

Durante larga época sometida a paganos reyes,
 (70) entre esos aconteceres transcurrió Córdoba muchos años
 hasta que, en nuestro tiempo, alguien de la regia stirpe
 asumió por herencia el reino de sus antecesores:
 inferior a sus padres, mancillado por el desenfreno de la carne,
 llamado Abdrahamen, soberbio en la esplendidez de su reinado.
 (75) El cual, en efecto, actuaba con los cristianos al modo de sus ancestros
 equilibrando bien el compromiso de fe mencionado antes,
 e inmisericordemente no derogó el muy injusto decreto
 cuyo criminal autor, pérfido devastador de la urbe,
 sancionó cuando en guerra superó al rey creyente.

(80) Pero sí, reflexionando en su mente y siendo observante en lo profundo de
 su corazón,
 teñía con frecuencia los campos con inofensiva sangre
 haciendo perecer los santos cuerpos de varones justos
 que ardían por cantar dulces laudes a Cristo
 y por reprobear con palabras las estultas deidades de aquél.
 (85) Y, además, con tanta soberbia se jactaba de sacrílego,

para sí acumulando entonces merecidas penas,
 que daba por cierto que él iba a ser el Rey de los reyes
 y que todas las naciones someterían los cuellos a su dominio
 y ningún pueblo se hallaría dotado de bravura tal
 (90) que con la guerra se atreviese a atacar a sus ejércitos.

Mientras se hinchaba con este orgullo llevado más allá de lo lícito,
 supo de oídas que un pueblo vivía en lugares lejanos de ahí,
 situado en la región de Galicia y soberbio en la guerra,
 venerador de Cristo y rebelde a los ídolos,
 (95) que de continuo intentaba desacatar sus órdenes
 contundentemente negando que alguna vez sería sometido a tan depravado
 señor.

Enterado de lo cual, hirvió el rey en furia demoníaca,
 llevando entonces en su corazón la cólera de la antigua serpiente,
 y durante largo tiempo consideró con ardorosa astucia,
 (100) meditando en su ánimo, qué haría ante la vergüenza de tan gran enemigo.
 Ciertamente por fin descubriendo a todos ya su engañoso plan,
 habló a los vasallos próceres de la riquísima urbe
 vociferando estas palabras desde su boca pestífera:
 “No se halla oculto que a nuestro dominio se han sometido reyes
 (105) ni que bajo el gobierno de nuestra ley viven
 todas las naciones que circundan el océano profundo.
 Más ignoro qué confianza mantiene cautivados a los gallegos
 para que rehúsen el favor de nuestra alianza
 y sean finalmente desagradecidos de la antigua conmiseración.
 (110) Queda que, como corresponde, de nuevo ataquemos con fuerzas armadas
 a los gallegos, acosando vigorosamente a esos rebeldes enemigos
 hasta que, derribados por nuestros ejércitos,
 por los siglos a pesar suyo sometan los cuellos a nuestras cadenas”.

Y después de que profirió esto y así expuso el motivo del engañoso plan,
 (115) ordenó a la masa del pueblo concurrir en tropeles armados,
 alineados luego bajo estandartes de diversos escuadrones,
 para que se dirigiesen con él a destruir a la nación creyente,
 y ostentó su rostro bajo un yelmo enjovado,
 colocada férrea armadura sobre su lascivo cuerpo.

- (120) Y cuando con semejante cortejo se dirigió hacia el mencionado lugar y con una primera batalla sondeó a la nación, inmediatamente le tocó de verdad un triunfo tan grande que, capturados ya con el príncipe dos veces seis condes, los enlazó y estrechó con apretadas cadenas.
- (125) Efectuado con magna fiereza este daño a los próceres, vencida, ante sus enemigos cedió la creyente nación y quedó sujeta al perverso yugo del inicuo rey. Entonces, otra vez restaurada asimismo la alianza primera, atados con cuerdas los doce condes vencidos
- (130) con el también cautivado dirigente del vencido pueblo, aquéllos fueron pronto liberados, rotas las ataduras, eximidos a cambio del precio cuantioso de su propia riqueza. Pero el precio para el caudillo fue duplicado por orden del rey y quedó más allá de lo que él pudiera pagar con sus propios tesoros,
- (135) y cuando para su propio rescate llevó al rey codicioso todo cuanto acostumbraba tener de valioso en su casa, por azar hizo falta una pequeña parte del convenido oro. Sabido lo cual, el rey, revolviendo en su mente otro engaño, dijo que no quería devolver al pueblo su amado caudillo
- (140) a menos de que primeramente se le pagara el rescate fijado: no tanto ávido del oro que faltaba en la paga cuanto deseoso de hacer morir al dirigente del pueblo.
- Del cual existía un único hijo, de preclara estirpe, adornado con un cuerpo de radiante forma,
- (145) de nombre Pelagio, bello en el esplendor de su figura, prudente en consejo, refulgente de toda bondad, quien, habiendo apenas transcurrido ya entonces sus años de infancia, alcanzaba las primeras flores de su edad juvenil.
- Y cuando supo que con el padre era el rey bastante inclemente,
- (150) a su afligido antepasado estimuló con estas expresiones:
 “Oh padre mío querido, recibe con gusto mis palabras y lo que te aconsejo benévolamente acoge con ánimo dispuesto. Porque sé bien que la vejez ha hecho decaer ya tu vida, que tus músculos están completamente deshabitados de tus propias fuerzas

- (155) y que sin duda no te es posible, por leves que sean, sobrellevar trabajos.
 Pero, en cambio, ciertamente yo con fuertes brazos he de prevalecer
 y seré capaz de quedar por algún tiempo bajo ese duro señor.
 En virtud de lo cual, te aconsejo y te ruego con súplicas cariñosas
 que me entregues al rey, a mí, querido hijo tuyo,
 (160) hasta que tengas suficiente para solventar el rescate
 y que no muera tu senectud entre estrechas cadenas”.

Pero con severa voz replicó el anciano:

- “Desiste de hablar así, desiste, hijo dulcísimo,
 para que no por pesadumbre lleves mis canas al Tártaro.
 (165) En verdad, de tu conservación depende enormemente mi vida
 y sin ti, oh solícito, no puedo vivir ni un solo momento.
 Tú eres todo mi orgullo, tú la magna gloria de tus antepasados
 y la esperanza única de nuestro sometido pueblo.
 En virtud de lo cual, es preferible que deje yo la querida patria
 (170) y que también, vencido, sea hecho entrar en la soberbia España
 a que a las cadenas te entreguen a ti, esperanza de mi muy avanzada vida”.

Pero Pelagio no admitió que su padre hablase más de ese modo
 sino que ablandó con palabras el ánimo de su querido progenitor
 y con suaves tonos, que lo persuadieron, lo ajustó a su voluntad.

- (175) Accedió pues por fin a las súplicas el progenitor venerable
 y, redimiéndose él mismo, entregó al pobre hijo.
 Entonces ordenó el rey a Pelagio que avanzase con él,
 volvió alegre a la patria y, victorioso, otra vez entró en ella.

- Nadie crea que por merecimientos del rey esto haya sido hecho:
 (180) el que haya por fin vencido con tan gloriosa suntuosidad.
 Antes más bien por una justa sentencia del secreto Juez,
 ya para que el pueblo, debidamente azotado con tan grande látigo,
 llorase sus propios pecados, de los que todos eran culpables,
 ya para que Pelagio, a punto de ser muerto por causa de la ley de Cristo,
 (185) se dirigiese entonces hacia el lugar en donde pudiera entregarse a la muerte
 y derramar por Cristo el río de su sangre,
 consagrando al Señor su alma, por la muerte felizmente santificada.

Después de que el cruel rey hubo llegado a la ciudad opulenta
 llevando consigo el esclarecido triunfo sobre la justa nación,

- (190) al punto ordenó que el vencido egregio amigo de Cristo
 quedase inmerso en las negras tinieblas de una cárcel
 y que, antes nutrido en delicias, se sustentase ahora con poco alimento.
 Porque Córdoba conserva todavía bajo una bóveda un horrible lugar
 olvidado por la luz y entregado a las tinieblas,
- (195) del que se dice que es máxima causa de dolor para los miserables.
 En éste, Pelagio, sobresaliente alumno de la paz,
 fue recluido, por apremiante y nefando mandamiento del rey.
 Allí entonces con la mejor voluntad acudieron varones primeros
 para calmar el ánimo del joven, a causa de piedad.
 [Y cuando vieron el hermoso aspecto del cautivo]
- (200) y que también de sus dulcísimos labios gustaron
 palabras envueltas en miel de enunciación retórica,
 desearon liberar de los lazos a semejante belleza
 y esto abogaron ante el que el cetro empuñaba entonces
 —porque de cierto sabían que el supremo caudillo de la dichosa ciudad,
- (205) corrompido por el vicio de los sodomitas,
 ardientemente amaba a los jóvenes de figura hermosa
 y tenía el deseo de enlazarlos a su propia amistad.
 Recordando pues este hecho y compadeciendo en su ánimo
 la acción contra Pelagio, abogaron esto ante el rey:
- (210) “No es pues adecuado a tu realeza, potentísimo príncipe,
 que duramente ordenes castigar a un bello joven
 y oprimir los tiernos miembros de un rehén inocente.
 Si aceptas contemplar su espléndida figura
 y gustar por lo menos un poco de su tan meliflua palabra,
- (215) cuánto desearás unir a ti mismo a tal joven
 y hacer asumir un rango de primera milicia
 a quien con radiante cuerpo te serviría en el palacio”.
- El rey, ablandado por estas palabras, constreñido por esta expresión,
 ordenó que Pelagio fuese liberado de sus fuertes ataduras,
- (220) que con un baño le fuese lavado sin mancha todo el cuerpo
 y que sus limpios miembros fuesen envueltos en vestimenta purpúrea
 y asimismo adornado su cuello con un collar reluciente de joyas,
 para que pudiera ser paje en el bien dispuesto palacio.

(225) Habiendo compelido entonces a esto la imperiosa orden del César,
de inmediato el mártir fue hecho salir del negro antro
y, ataviado con toga, fue establecido en el palacio regio.

Y cuando él fue instalado en medio de los palacios,
superaba en esplendor su figura a la de sus compañeros togados
y, con los ojos vueltos hacia él, todos ellos admiraban
(230) ya el rostro del joven, ya las dulces palabras que decía.
El rey asimismo, cautivado por él a la primera vista,
ardía por amar a esa hermosura de ascendencia regia,
y al fin ordenó que Pelagio, de quien estaba tan extremadamente
enamorado,

(235) felizmente fuera colocado ya consigo en el trono del reino
para que con todo celo a sí, a su propio ardor fuese unido.
Y, con el rostro inclinado, ofrecía besos al dilecto,
a causa de pasión abrazándolo por el cuello entretanto.

El militante de Cristo, en verdad, no permitió tal amor
de un rey pagano mancillado por el desenfreno de la carne
(240) sino que, frustrándolo, a la boca regia dirigió un oído
con gran burla desviando su negada boca
y, al hablar, esto dijo con sus egregios labios:
“No es propio, por supuesto, de un varón a quien ha lavado el bautismo
de Cristo

(245) someter su honesto cuello a un bárbaro abrazo,
ni tampoco a un adorador de Cristo y ungido con el sagrado crisma
recoger el beso de un inmundo siervo del Diablo.
Por tanto, con corazón licencioso abraza a aquellos varones estultos
que honran contigo a fatuas deidades de lodo;
que sean compañeros tuyos quienes son servidores de un ídolo”.

(250) Pero el rey replicó, no agitado por cólera alguna,
y, hablando blandamente, intentó calmar al efebo amado:
“Oh veleidoso joven, licenciosamente te jactas de poder despreciar
la tan piadosa clemencia de nuestra ley
y de varias veces ridiculizar audazmente a nuestros dioses.

(255) ¿No te mueven a cambiar la inminente pérdida de tu joven vida
y el que tal vez dejarás solos a tus afligidos padres?

- Es coercitivo que sean torturados quienes blasfeman de nuestro culto
y luego sometidos a la muerte atravesándoles el cuello con la espada,
a menos de que cedan y se retracten de sus blasfemas consideraciones.
- (260) En virtud de lo cual, como es adecuado, con paterna exhortación te amonesto
a que te abstengas de esas palabras de rabiosa índole
y conmigo participes en un firme amor del alma,
y a que luego de esto no intentes faltar a nuestras órdenes
sino con gran diligencia observes mis dictados, que deben ser seguidos.
- (265) Y porque te venero de corazón opto también por honrarte,
antes que a los demás ministros de palacio, con una tal distinción
que, siendo yo superior, seas segundo tú en este soberbio reino”.
Este dijo, y asíó con la diestra el rostro del mártir,
abrazando estrechamente con la izquierda el sagrado cuello
- (270) para así estampar en aquél por lo menos un beso.
Pero el testigo perturbó el cálido juego del rey
y rápidamente dirigió al regio rostro un puño agitado
con el que dio tan gran golpe a la inclinada cara
que, sin tardar destilando de la lesión producida,
- (275) la sangre manchó la barba y asimismo humedeció las vestiduras.
Entonces el rey, ferozmente movido por no poca ira,
ordenó que Pelagio, el alumno del Rey celestial,
fuese proyectado más allá de los muros por una honda mecánica
que con frecuencia traspasaba con piedras a los enemigos belicosos,
- (280) a fin de que, precipitado el noble testigo contra las márgenes del río
que con sus caudalosas aguas fluye de cerca en torno a la ciudad,
miembro por miembro se despedazase y, destrozado así, repentinamente
perciese.
Los servidores en seguida obedecieron a quien emitía esas órdenes
y efectuaron entonces el inusitado castigo
- (285) con la honda lanzando al martirio a Pelagio,
lejos, por encima de las fortificaciones de la famosa ciudad.
Pero, a pesar de los enormes peñascos que por todas partes ponían
obstáculo
al cuerpo suavísimo del mártir que caía,
permaneció ileso, no obstante, el amigo de Cristo.

- (290) Por cierto que pronto, desde luego, llegó hasta los regios oídos que, haciéndolo chocar, no era posible destruir el cuerpo del mártir que había ordenado clavar en las agudas rocas de la ribera. Irritado mucho por esto, por haber sido vencido completamente, sin tardar ordenó que, desenvainado el acero, la cabeza le fuese cortada
- (295) y se ejecutase así la sentencia suprema. Los verdugos luego, estremecidos ante las regias órdenes, de inmediato con la espada dieron muerte al fiel testigo de Cristo y, para ser retenido por ellas, confiaron a las aguas el difunto cadáver.
- (300) Y de verdad el regio militante, para siempre derrotada la muerte, victorioso voló por las constelaciones del cielo lleno de estrellas, celestialmente conducido entre suaves himnos angélicos y, por el verdadero Juez colocado por encima de los astros, de Su mano derecha adecuadamente recibió una nítida palma a causa de su muerte por martirio, consumado con un final laudable.
- (305) Y no fue defraudado del premio de victoria al fervoroso amor por el cual se entregó finalmente a cadenas por razón de la vida de su padre, abandonando la patria y al sometido pueblo. Desde luego, a ninguna lengua le es posible describir con las debidas palabras
- (310) la corona de laurel que con luz celestial centellea y que a causa de su bien conservada virginidad en él resplandece: en él, enlazado a las muchedumbres acogidas en la celeste sede para modular al Cordero un perenne cantar. Amén.
- (315) Después de que los verdugos, siguiendo los decretos del rey, los muy nobles despojos del extinto cadáver hubieron entregado al seno de las aguas y los hubieron fijado en las rocas, con el fin de que los restos no estuviesen sin túmulo digno Cristo, quien no permite a sus propios santos perder ni siquiera un modesto cabello de su esclarecida cabeza, no aceptó que permaneciera en el agua el testigo fiel
- (320) sino que, según Su costumbre, proporcionó un lugar digno que conservase en un túmulo los sagrados miembros del santo.
- En efecto, unos pescadores que cortaban las aguas con remos y que con lazos diversos atrapaban cardúmenes que se movían por las olas

- (325) en un lugar extremo de la orilla vieron que el cuerpo del mártir
de un lugar a otro se agitaba entre las olas resonantes.
Observándolo de lejos y con ojos ciertamente cautelosos,
dirigieron las velas hacia allá y pronto levantaron el cuerpo.
Y no reconocieron de inmediato la figura de la amable persona
porque los miembros estaban recubiertos de purpúrea sangre
- (330) y la egregia cabeza yacía más lejos, arrebatada por la corriente.
Pero, con todo, comprendieron esto y lo creyeron en su dispuesto corazón:
que él, quienquiera que fuese, había sucumbido a causa de la ley de Cristo,
porque ahí sólo eran condenados a pena capital
quienes, impregnados con las sacras aguas del bautismo,
- (335) no temían desaprobado frecuentemente los ritos del rey.
Y cuando, habiendo encontrado la cabeza y colocado ésta en el cuello,
distinguieron el rutilante aspecto de Pelagio,
con pecho lastimoso prorrumpieron en estas palabras:
“¡Ay! Yace exánime la esperanza única de su propia nación
(340) y el orgullo de su patria se mancilla sin el honor de un túmulo.
¿Acaso no hemos sabido siempre vender bastante bien, en muchos siglos,
los cuerpos muertos de santos varones
de quienes las cortadas cabezas mostraron que habían sido creyentes?
¿Y quién dudará de que este cadáver sea el de un laudable testigo,
(345) dado que el tronco miserablemente yace sin el adorno de la cabeza?”
Y cuando hubieron dicho esas palabras, colocaron los santos miembros
en la nave
y rápidamente remaron también, con las velas dirigidas
hacia el puerto de la urbe afamada entre todas las naciones.
Ahí mismo también, habiendo puesto en tierra ya el arribado bajel,
(350) secretamente se dirigieron hacia un venerable cenobio consagrado a Cristo
llevando, para finalmente venderlo por un alto precio,
el extinto cuerpo del en toda la tierra venerable testigo.
Al cual, alegrándose, recibió con suaves himnos la multitud creyente
(355) celebrando como es costumbre las sagradas exequias,
y generosamente otorgó a los navegantes un precio acrecentado,
anhelando comprar el cuerpo del amado santo.
Una vez comprado el cual a ese precio de no bajo monto,

- (360) para conservar los despojos fue escogido un exuberante predio
 en el que, desagraviado el cuerpo con gran procesión,
 bajo un montículo de tierra se encerraron los restos sagrados.
 De los que inmediatamente el máximo Gobernador del palacio lleno de
 estrellas
 ordenó que en el túmulo refulgiesen milagros centelleantes
 para que, habiendo triunfado bastante en los cielos el alma bienaventurada,
 (365) con gloria igual triunfasen los fenecidos miembros.
- Reunida luego la población de la urbe, y viendo
 que los atacados durante no poco tiempo por diversas enfermedades,
 purificados ahí de la podredumbre de sus fétidos miembros
 sin costo eran curados, sin ningún pago por su salud,
 (370) ciertamente ponía en duda que los merecimientos del incipiente santo
 fueran tales
 que por causa de él se realizasen tan grandes milagros.
 El superior del cenobio y dirigente del pueblo,
 reflexionando entonces en el óptimo medicamento de un sabio dictamen,
 al fin se dio cuenta de que con ánimo devoto debería ser rogado el que tiene
 su trono en lo alto
 (375) para que con su acostumbrada clemencia se dignara descubrir
 patentemente los secretos del caso, alejando cualquier duda.
 Lo que desearon de inmediato personas de uno o de otro sexo
 y, por propia voluntad durante tres días saciadas parcamente,
 insistentemente pedían con dulces himnos y también con plegarias sacras.
 (380) Realizadas ciertamente con ánimo devoto estas súplicas,
 sintieron que el clemente Rey de los cielos
 había sido ablandado por sus plegarias, vertidas con solícito murmullo,
 y se inclinaba por dar sentencia en la dudosa causa.
 Y constriñeron de inmediato a hervir a un amenazante horno,
 (385) dispuestas mediante extremo esfuerzo las apropiadas llamas.
 Y cuando el fuego ardió con furia en el amplio vientre del horno,
 inmediatamente tomaron la cortada cabeza del sirviente de Cristo,
 con halagadores tonos y acariciadoramente emitiendo estas palabras:
 “Piadoso Rey, noble Dominador del sideral palacio
 (390) que todo sabes discernir con justo juicio,

- haz que mediante el fuego sea probado el merecimiento de este santo:
 y si es apoyado por el honor de tan magna bondad
 el que por sus méritos ocurran estos dones de salud,
 haz que la llama no toque la piel de su cara
 (395) y devuelve sin daño todo el pelo de su cabeza;
 pero si en verdad consta que sea de mérito menor,
 ordena que como señal se le dañe por lo menos la superficie del cutis,
 según la índole perecedera de la deleznable carne”.
 Diciendo tales palabras, para que fuese probada por el fuego
 (400) entregaron la ilustre cabeza a los torbellinos altamente surgientes y
 vomitadores de llamas
 y, por fin, luego del lapso completo de una hora
 la retiraron después de la devoradora hoguera,
 investigando con los ojos si no mostraba algún daño por el ardimiento
 la que radiaba ya más esplendorosamente que el oro puro
 (405) y que se hallaba por entero indemne de las llamas y de tan extremado calor.
 Desde ese momento, con los ojos vueltos hacia arriba, la muchedumbre de
 los creyentes
 con melodioso cántico alabó a Cristo, quien tiene su trono en lo alto
 y que tantas veces con tan grandes milagros hizo resplandecer
 los muertos restos del perseverante testigo Suyo.
 (410) Y, encerrados éstos en un mausoleo venerable,
 fueron venerados por cierto, humildemente y con dignísimo honor,
 hasta el fin por la gente, convencida bien de su notorio merecimiento
 y alegre siempre por el protector que el cielo le había otorgado.

TEÓFILO

CAÍDA Y CONVERSIÓN DEL VICARIO TEÓFILO

- Después de que la luz de la fe, incrementándose por las regiones del mundo,
- hubo liberado a Sicilia de las oscuras tinieblas del error,
vivió en aquellas comarcas un varón en sumo grado ilustre,
poderoso por su nobleza, refulgente por el esplendor de sus merecimientos:
- (5) fue llamado éste con el nombre de Teófilo
cuando fuera impregnado con el agua sagrada del purificante bautismo.
A él, el atento cuidado de sus progenitores
congruentemente desde sus primeros años lo asignó al servicio divino
y, preocupándose conforme a su deber por su tierno descendiente,
- (10) ellos lo encomendaron a cierto obispo extremadamente sabio
para que lo educase instruyéndolo en estudios fructíferos
y regara el noble prado de su mente
con las corrientes que manan de la séptuple fuente de la sapiencia.
- Y cuando en ella hubo sido extinguida suficientemente la sed de este
joven,
- (15) a continuación paso a paso avanzando en honor merecido
llegó hasta la dignidad, para él suficientemente adecuada,
que, sabemos, en la lengua del vulgo se llama 'vicario'.
Aun cuando ésta se hallaba asociada a suntuosidad de gran esplendor,
él siempre se comportó como súbdito ante el obispo y modesto delante del
clero
- (20) así como piadoso y benigno con respecto al pueblo todo,
y con empeño vivificante se hallaba al frente de la grey que se le había
encomendado.
- Pero más que otra cosa, a los pobres de Cristo: a los pequeños huérfanos

y a las castas viudas así como a todos los peregrinos,
 con diestra muy liberal distribuía vestiduras y alimentos
 (25) y nunca rehusaba hospitalidad a los indigentes vagabundos.
 Por eso, la concordante devoción de todo el pueblo
 con tierno afecto cordial a él se entregaba:
 lo veneraban como a un dulce padre amado.

Entre tanto el prelado, varón de sumos méritos,
 (30) al éter celeste dirigió su ahí acogido aliento.
 Difunto ya el cual y colocado en el seno de la tierra,
 el consenso de todo el pueblo concordantemente clamó,
 respondiendo a los deseos del clero que anhelaba lo mismo,
 que, por sus privilegiados méritos, el vicario era el más idóneo
 (35) para obtener la cumbre de la sede episcopal
 y para asumir el quehacer de sumo obispo del rebaño.
 Y, para persuadirlo de esto, mediante carta enviada rápidamente
 apremiaron a su obispo metropolitano,
 por cuyo sabio juicio un digno pastor debía ser colocado
 (40) en tal honor en la Iglesia.

El cual, comprobada de hecho la bondad del benigno varón,
 se comprometió a cumplir la voluntad de los suplicantes
 y ordenó que el propio varón viniese de inmediato,
 de quien se percató que con gran cariño era amado por el pueblo.
 (45) Pero él, abominando constantemente de ese honor,
 se negó a, yendo, obedecer la orden del prelado,
 hasta que al fin a pesar suyo fue llevado a la fuerza por una turba que se
 aglomeró.

Y cuando fue presentado ante los ojos del obispo,
 prosternado hasta el suelo lanzaba voces hacia lo alto
 (50) diciendo que él estaba infectado por muchos vicios
 y no era idóneo para gobernar al santo pueblo de Cristo.

Pues bien, proferidas esas quejas con reiterada voz,
 el sumo obispo, por fin, constreñido cedió
 y a él, a quien la gloria de aquel honor repugnaba,
 (55) le concedió partir desprovisto de los correspondientes cuidados,
 constituyendo a otro, digno del nombre de rector.

- El cual, por cierto, tras el intervalo de pocos días,
seducido en secreto por las suaves persuasiones de algunos,
pronto prefirió a otro como vicario de la comunidad
(60) en tanto que a Teófilo, venerable por sus altos merecimientos,
lo removió del cargo en que había fungido durante muchos años.
Pero éste, sobrellevando pacientemente la pérdida de tan frágil honor,
expulsó de su pecho cualquier tristeza
y bastante se alegró de poder ya estar libre,
(65) tanto más libre para el diligente servicio de Cristo
cuanto más exento se hallaba de múltiples cuidados.
- Pero su alma paciente fue de pronto desviada
por el muy cruel enemigo de todo el género humano
y, la que a nuestros primeros padres engañó con perfidia,
(70) ésa embistió lo más íntimo de este justo varón
llevando con mucha frecuencia hasta su mente frágil
las suaves delicias de su potestad precedente
y el oneroso destino de menosprecio recientísimamente vivido.
Y no retiró los lazos de esas perfidias
(75) hasta que, cautivo, condujo hacia sí al siervo de Cristo.
Y, sin demora, el fuerte varón, célebre por su vida y sus merecimientos,
demente, toda virtud arrojó de su alma
y no se empeñó en resistir a la nefanda tentación
sino que, vencido, cedió y desfalleció en el dolor de su ánimo.
(80) Y él, que antes desdeñó dirigir a la comunidad como su príncipe,
ahora pretendía la ostentación de una autoridad más baja.
Al fin, el mísero engañado, ciego en su corazón,
se dirigió presuroso a un perverso hebreo
que con sus fraudes de magia había inducido al error a muchos creyentes,
(85) y, con el cuerpo postrado y lamiendo sus pies,
derramando lágrimas pedía insistentemente su auxilio nefando.
Aquél, maligno, alegrándose por la caída del extraviado,
le ordenó que sin vacilación alguna viniese a la siguiente noche,
prometiéndole, para el hecho de ser menospreciado, pronto remedio
(90) solamente si, obedeciendo a sus persuasiones,
después de ello decidía vivir bajo el dominio de su maestro.

Aquel infeliz, perdidamente cautivado por los aduladores consejos,
deseó ardientemente ser vinculado al servicio del fiero Demonio
para merecer así un cargo de imaginario honor.

- (95) Y a él, no signado con el benéfico signo de la santa Cruz
sino más que confiado en las demoníacas persuasiones,
rapidísimamente lo condujo consigo el mago maldito,
bajo el secreto de las tinieblas nocturnas, más allá de la urbe,
y lo llevó hasta un lugar lleno de muchos fantasmas
(100) en el que, con vestiduras blancas, se hallaban numerosos habitantes del
Tártaro
sosteniendo cirios en las manos.

- Entre ellos, en medio, estaba sentado el príncipe inicuo
que es rey de la muerte así como hijo de la perdición,
con astuto engaño persuadiendo a sus condenables servidores
(105) de, sin vacilar y con toda la sólita astucia,
tender las redes, aparejadas para capturar a todos.

- Y así, deseando su daño, al extraviado el mago
pronto conducía al criminal concilio
y, postrado en seguida a los pies de su maestro,
(110) con palabras le indicaba la causa por la cual aquél venía.
Al cual el cruel Demonio así replicó por fin:
“Di”, dijo, “¿qué auxilios puedo yo proporcionar a un creyente,
a un varón que ha sido lavado con el agua del bautismo de Cristo?
Si desea ser mío y a Cristo negar por escrito
(115) e igualmente a la doncella madre de Él,
por cuyo parto he padecido daño excesivamente grave,
con mi potencia lo aliviaré de inmediato
y manifiestamente le proporcionaré la gloria de un honor tal
que el propio prelado no estará dispuesto a contradecir sus órdenes
(120) al ver que todos cuantos a él sirven,
y que ahora desdeñan al menospreciado, han de venerar a éste”.

- En verdad, a estos halagos de la serpentina astucia
aquel desdichado no opuso una sola palabra
sino deseó que se realizase lo que aconsejaba el perverso dragón.
(125) Y, en todo traidor a sí mismo, espontáneamente se entregó por completo

a su perdición, en su propio daño firmando el documento
 en que daba testimonio de querer ser compañero de los espíritus negros
 en los eternos castigos durante todos los siglos.

Y cuando esto quedó concluido, hacia todos los puntos se desvanecieron
 los fantasmas

(130) en tanto que él, alegrándose, regresaba con el depravado amigo.

En efecto, una vez que se hizo de día, el prelado ordenó presentarse
 a los preeminentes del clero a la par que a los príncipes del pueblo
 y, presentes todos ellos y habiendo sido llevado Teófilo,
 halagó a éste mucho con palabras amistosas

(135) y, con risueño rostro sometándose a su imperio,
 entre piadosos lamentos lloró por haber pecado contra él
 al haberse atrevido a destituir a un varón santo.

Por su parte éste, alegre por el súbito don de un honor semejante,
 más de lo justo se enaltecía con mente soberbia,

(140) jactanciosamente obligando a las multitudes del sumiso pueblo
 a subordinarse a sus ásperos mandatos
 y, desdeñando por completo el honor de la patria celeste,
 sólo se dedicó al amor de la ostentación terrenal.

Y después de que durante mucho tiempo, en efecto, codició con ardor esos
 vanos lucros

(145) y, aconsejándose el inicuo mago, nunca dejó de rendir
 numerosos agradecimientos al cruel Satanás,
 de cuyos liberales dones creía sin duda ninguna que únicamente
 le llegaba tan gran prosperidad.

Por fin la inmensa misericordia del Padre celeste,

(150) quien nunca desea la destrucción y muerte de los culpables
 sino más bien, convertidos, concederles una gozosa vida,
 se conolió de que se hubiese perdido el merecimiento por los hechos
 benignos

con los que en tiempo anterior había refulgido él, celeberrimo, en el estable
 mundo,

clementemente cuidando de todos los indigentes

(155) y, según costumbre divina, la misma venerable Piedad
 con terror adecuado estremeció a la extraviada mente.

- Y, sin demora, compungido con suma tristeza, el miserable,
 aterrándose, frecuentemente ponía ante los ojos de su corazón
 cuántos tormentos por haber negado a Dios merecía para siempre
 (160) y a qué castigos debía ser sometido en el Averno.
 Y también, reflexionando en ello dentro de sí con suprema pesadumbre,
 se relata que irrumpía en estos continuos lamentos:
 “¡Ay, miserable de mí, corrompido por todas las ignominias!
 ¡Ay de mí, por mi propio deseo condenable por crimen,
 (165) que por escrito negué al Hijo del sumo Padre
 y al mismo tiempo a la dulce genitora de ese divino Hijo!
 ¡Ay! A cuán cruel pena por todos los siglos he de ser entregado
 y en qué continuas tinieblas sin fin he de quedar recluso
 yo que, miserable, elegí someterme al imperio de Satanás
 (170) y en la región del Erebo ser unido a los habitantes de las tinieblas,
 seducido por el vano amor de una ostentación mundana.
 ¿Qué voy a decir, excesivo pecador, en aquel tiempo del juicio
 que para los santos mismos es de temer,
 cuando cada uno según sus hechos recibirá recompensa
 (175) suficientemente merecida, pesada en justa balanza,
 cada uno en proporción a la calidad de sus diferentes méritos?
 ¿O quién entonces me otorgará también compasión
 cuando apenas el justo, por sus abundantes merecimientos será salvado?
 Ciertamente la madre de Cristo y poderosa dominadora del cielo
 (180) y centelleante templo sin mancha del Espíritu Santo,
 la misma que permaneció casta después de los gozos del alumbramiento,
 la que desde antes ha sido misericordiosísima con todos los conversos
 y que nunca retarda su piedad:
 a ella sola le es posible otorgarme el medicamento del perdón
 (185) si a favor de mí se digna suplicar a su propio Hijo.
 Pero si con labios manchados comenzara a rogarle,
 a ella, a quien con enloquecido corazón negué recientemente,
 temo que me consuman llamas activadas desde el cielo,
 porque no consiente el mundo en soportar mi gran crimen.
 (190) Sin embargo, obligado por causa de dolor apremiante,
 buscaré humildemente su pronta piedad

para que, misericordiosa, con sus plegarias libere mi alma que está por perderse”.

- (195) Esto dijo él para sí entre lamentaciones demasiado amargas
y, del corazón rechazados luego los cuidados del mundo,
diligente se dirigió hacia el templo dedicado al honor
de la venerable e intacta virgen y madre de Dios,
y por ocho veces el lapso de cinco días ahí estuvo
con el corazón contrito llorando sus maldades.
Y, saciado con amargas lágrimas, a sí mismo se negó
- (200) todo deleite de alimentos delicados
y asimismo con mucha frecuencia el dulce descanso del sueño,
desvelado con sumo esfuerzo por razón de sus sagrados votos.
Y, ciertamente, mientras quebrantaba su cuerpo con esta fatiga
purificaba con lágrimas las manchas de su alma viciada.
- (205) Cumplidas adecuadamente estas cosas, cuando, demasiado cansado,
en las horas nocturnas hubo entregado sus miembros al suave reposo,
en sueños se le presentó la castísima madre
del eterno Rey y también dominadora del mundo,
así como esperanza, consolación y auxilio deparados
- (210) a quienes con ánimo devoto suplican su protección,
y con estas palabras aterrizó su corazón espantado:
“Oh varón, ¿por qué velas en los umbrales de nuestro templo
o por qué puedes atreverte a esperar mi pronta misericordia contigo,
tú que últimamente a mi Hijo
- (215) y a mí, madre suya, negaste con perverso corazón?
Dime, te pido, ¿con qué ojos puedo mirar de mi descendiente divino
el rostro centelleante con luz celestial,
y de qué modo me atreveré a estar presente ante el trono tremendo de Él
insistentemente rogando perdón para ti?
- (220) En cambio, todas las faltas contra mí tal vez cometidas,
con el afecto de mi corazón te las perdono gratuitamente
porque demasiado amo a toda la estirpe de los adoradores de Cristo,
y a aquéllos principalmente con tierno amor de mi alma
amo, consuelo y con mis propios brazos circundo
- (225) que, suplicando y usando su tiempo en numerosos himnos,

- veo que con mucha frecuencia en mi templo pasan en vela las noches.
 No obstante, la vigorosa fuerza de mi amor materno me obliga
 a arder desde hoy en odio excesivo hacia ti
 porque, entregándote a la perdición, has osado,
 (230) blasfemando, despreciar a mi santo Hijo
 quien, Dios eterno de Dios Padre generado
 antes de los vetustos comienzos de los componentes del mundo sereno,
 en el tiempo se dignó asumir cuerpo de mí,
 el cual fue entregado a la muerte por amor del género humano”.
- (235) Luego de decir esto la casta madre de Cristo,
 el varón, entristecido y con ánimo amargo, así replicó:
 “Oh, Señora mía, sé, y mucho desfallezco por saberlo,
 que, cautivado por una vana esperanza, más de lo tolerable he delinquido
 y que, así, he cometido un pecado peor que las otras culpas
 (240) al desechar al Dios que, sin mancha, ha brotado de ti.
 No soy digno, por tanto, de buscar la dádiva del perdón.
 Pero nos han dejado ejemplo de esperanza de salvación, sin embargo,
 muchos que, caídos en diversos delitos,
 después de la caída merecieron el perdón de sus crímenes.
- (245) ¿Acaso los ninivitas, por haber en verdad hecho penitencia
 entre apropiados lamentos, después del intervalo de tres días
 no obtuvieron la clemente misericordia de Cristo?
 ¿Acaso David, profeta de Dios así como príncipe del pueblo judío,
 quien gobernó al señorial pueblo del Soberano
 (250) y que, seducido de pronto por el amor de una mujer casada,
 no temió, cercándolo con dolosas insidias,
 sin justificación privar de la vida a un varón inocente
 para que lícitamente le fuese posible obtener los abrazos de la dilecta,
 pero que después de ello, aterrado por la advertencia del profeta que
 advino,
 (255) aprendió a llorar las culpas gemelas,
 no borró pronto con lágrimas las manchas de tan gran ruindad
 y obtuvo entonces de nuevo el don de la profecía?
 ¿Qué diré de Pedro, habiéndolo Cristo atestiguado como santo?
 El cual, después de que la potestad de desatar e igualmente de atar

- (260) así como las llaves del palacio sustentador de los astros hubo recibido por razón de la muy bien expresada formulación de su recta fe, haciendo a un lado a Dios y negando a Cristo por temor a la voz de una nefanda sirvienta, y no una o dos sino realmente tres veces
- (265) como si nunca lo hubiese visto negó pues al dilecto maestro, pero porque adecuadamente lloró el pecado caído de su boca mereció el medicamento de un fecundo perdón y, desde luego, al ordenársele estar como príncipe al frente de la creyente grey, con justicia fue hecho pastor de la Iglesia.
- (270) Prevenido por tales y tan grandes y por muchas otras figuras, esperaba para mí una misericordia semejante poder alcanzar pronto de parte de Cristo, por medio de ti”.
- A quien, con suave semblante, dijo la santa María, reconfortando al triste con la dulzura de su meliflua lengua:
- (275) “Si te perturba la comisión de este nefando crimen, es adecuado que con el consenso de tu corazón confieses esto que, demente, negaste con mendaz discurso: que Aquél a quien yo di a luz del Padre supremo es el Hijo que como juez ha de venir a renovar mediante fuego al mundo,
- (280) y, después de esto, al fin he de atreverme a suplicar por ti”. De nuevo llorando, comenzó a hablar aún el vicario: “Oh amada de Dios, santísima genitora de Cristo, que con tu piedad clementemente reconfortas a los creyentes todos, ¿de qué modo o con qué derecho osaré al fin siquiera tocar
- (285) el nombre santo, grande y venerable del que tiene su trono en lo alto, yo, infeliz, con mis labios impuros, yo que a Cristo, al bautismo, a la Cruz y también a la madre de Cristo, a ti, casta, ultrajé en un escrito malvadamente firmado y a todos los píos sacramentos de la salvación celestial?”
- (290) Apiadándose de estos lamentos, el prototipo de la virginidad con mayor indulgencia por segunda vez afirmaba con suaves palabras: “Aun cuando estés excesivamente manchado por las graves culpas, no obstante, como te advertí, no desdeñes confesar al Señor, porque se ha hecho hombre solamente a causa de nosotros,

- (295) para proporcionar esperanza de obtener el perdón a los arrepentidos”.
Él entonces, por fin, obedeciendo las advertencias ordenadas,
con lágrimas lanzaba estas voces al éter:
“Ahora humildemente venero, alabo, abrazo y adoro
a Cristo, antes del tiempo nacido del Padre celeste
(300) y enviado en nuestros días desde el trono del Progenitor
para que de ti, casta, y también del Espíritu Santo
revistiese la envoltura de nuestra frágil carne,
y de que Él sea Dios verdadero así como pleno hombre
no dudo, quien por causa de nosotros soportó en consecuencia
(305) ser afligido con oprobios y asimismo golpeado con bofetones y puñetazos
y ser sus espaldas percutidas con abundantes azotes
y que con esputos fuese manchada la belleza de su rutilante rostro.
Y cuando, coronado de espinas y abrevado con hiel,
ló que predijo la Sagrada Escritura en todo cumplió,
(310) al final, extendidas en una cruz sus sacras manos,
como verdadero pastor adornado con el honor de la bondad,
muriendo, entregó por nosotros su alma merecedora de ser amada
y, dignándose, aceptó la honra sepulcral.
Después, dirigiéndose hacia las regiones inferiores y rompiendo las barreras
del Erebo,
(315) destruyó a la muerte y al padre de la muerte ligó
y de la cárcel del Tártaro hizo salir a los justos
y así, victorioso, acompañándolo una multitud no exigua,
regresó a este mundo y reasumió su propio cuerpo
que en una tumba estaba encerrado debajo de una gran piedra.
(320) Y el tercer día lo vio a Él vivo para toda la eternidad,
y asimismo sus bienaventurados discípulos frecuentemente lo vieron
ya comiendo con ellos, ya hablándoles pues
con prédica dulce acerca del reino futuro.
Tras esto, con ojos atentos mirándolo ellos,
(325) la misma carne que asumió la hizo subir más allá de los astros,
en la que ha de venir a efectuar el futuro juicio
y a cada quien según sus méritos habrá de dar castigo o premio.
Creendo así esto ya y reteniéndolo con fe en el corazón

(330) así como suplicando con ansia tu acostumbrada clemencia,
a tu Hijo encomiéndame, santísima virgen,
y pídele perdón para tu criminal servidor”.

Y cuando entre continuos lamentos hubo derramado estas palabras,
la santa genitora de Dios y asimismo potente dominadora del cielo
dijo respondiendo con palabras amigables:
(335) “Por el benéfico sacramento del santo bautismo
que recibiste según la costumbre del pueblo creyente
y a causa de mi dulce amor por mi dilecto Hijo
por el cuantioso precio de cuya sagrada sangre,
(340) que fue derramada por el percedero mundo, sé que tú has sido comprado,
aproximándome me postraré, diligente, ante las sagradas plantas
de Aquél a quien engendré, juez equitativo de todos,
y no seré parca sino empeñosamente contendiente mediante copiosas
plegarias
hasta obligar a la misericordia de Él
a que, perdonándote, quite de ti tan grande maldad”.

(345) Habiendo dicho esto, súbitamente desapareció la virgen sagrada,
dejando al infeliz el consuelo de sus salvadoras promesas.

Y ciertamente después de tres días vino hacia él
manifestándole en una visión la dádiva del perdón concedido,
y con alegre rostro le comunicó estas palabras:
(350) “He aquí, varón del Señor, que la compunción de tu corazón atribulado
es grata a Dios Padre y a su perenne Hijo
y que tus lágrimas han merecido el perdón de tu crimen
y nunca entonces se apoderarán de ti los castigos del Tártaro
si, luego de esto, sin engaño deseas permanecer fiel creyente”.

(355) Él inmediatamente, sin vacilación replicó con suave plegaria:
“En verdad he de observar las enseñanzas de la sacra fe
y nunca más, luego de esto, con negligencia transgrediré malamente,
Señora mía piadosísima, ninguna de vuestras órdenes
porque, después del Señor, de ti sola espero me otorgues el recurso
(360) mediante el cual no sea yo entregado en alimento a las amargas penas.
Pero no es de asombrar que por ti haya sido salvado,
por la que del crimen mortal de la madre de otra época,

- concediéndolo Dios, es ostensible que el mundo todo ha sido absuelto.
 ¿Y quién, habiéndote implorado y requerido con no insegura esperanza,
 (365) ha sido abandonado o ha permanecido confundido?
 En consecuencia yo, corrompido en exceso por supremos crímenes,
 suplicante y con mente devota imploro, benéfica madre de Dios,
 a la fuente perenne de tu piedad,
 para que hagas que en seguida el escrito documento nefando
 (370) que me subyugó a la soberanía del Devastador,
 de sus manos a mí, miserable, me sea entregado en devolución;
 porque desde ahora temo que tal vez mi alma infeliz
 en el tiempo del juicio sea lastimada con mucho daño
 si ahora no es sustraído al saqueador feroz”.
- (375) Habiendo dicho esto, velaba otra vez con los ojos abiertos
 y, prosternándose así como llorando frecuentemente entre plegarias,
 ayunando pasó en consecuencia la duración de tres días.
 Luego de ello, cuando del sueño se levantó muy temprano por la mañana,
 puesto sobre su pecho encontró el documento.
- (380) Visto lo cual, se estremeció inmediatamente con los miembros distendidos
 y de lo profundo de su corazón rendía gracias a Cristo
 así como, al mismo tiempo, a la doncella de Cristo progenitora.
 Luego de eso, cuando felizmente hubo surgido el sagrado día
 que del supremo Señor toma su nombre venerable,
 (385) entró en la iglesia, como de costumbre colmada de gente,
 en la que, entonces, durante la celebración de la sagrada misa
 el prelado estaba por adoctrinar a los asistentes con palabras evangélicas
 y, delante de todos postrado ante el ara sagrada
 así como ofreciendo ósculos a los pies del propio obispo,
- (390) en clara voz abiertamente narró todo por orden:
 tanto lo que había hecho vencido por mortíferas exhortaciones
 como lo que obtuvo cuando rogó a la virgen perpetua.
 Y cuando por completo hubo referido tales cosas en organizado discurso,
 el obispo, sobrecogido de terror ante los estupendos hechos,
 (395) estas palabras hizo resonar, emitidas con tono de asombro:
 “Alegrándoos todos, avanzad de inmediato hacia acá, feligreses,
 y, alabando con mente leal los misericordiosos hechos de Dios,

- creed ya que el benigno Señor, por su propia piedad,
 nunca en el castigo del pecador se deleita
 (400) sino más quiere dar a los conversos la vida futura.
 ¡Ea, queridos hermanos! Considerad todos
 de qué modo el buen Señor píamente tolera a todos los pecadores
 de los que sabe que se convierten después de los tristes hechos de su maldad.
 ¿Quién no se maravillará, quién no venerará humildemente
 (405) la laudable, clemente y dulce misericordia de Cristo,
 con la que levanta siempre a todos los que lo buscan?
 El que ya perdonó de sus crímenes a este infeliz a causa de las plegarias de
 él mismo
 y también de las de Su ilustre y santa madre,
 por la que de la naturaleza nuestra desapareció la maldición
 (410) y por la que vino bendición a todo el mundo.
 Desde este momento acuérdate de nosotros, genitora santísima de Dios,
 de quienes a ti con el alma, la fe, la plegaria y la boca alabamos,
 para que el propio pío Pastor se digne conservar a su creyente grey,
 rechazado el engaño del dragón antiguo.
 (415) Y nosotros, desterrados, de ninguna potencia capaces,
 siempre a ti, madre intacta del perenne Rey,
 y al Rey y Señor de los cielos engendrado de ti
 exaltamos, todos aplaudiendo simultáneamente con copiosos cánticos,
 porque, muriendo por el pecado, pereció este hermano nuestro
 (420) pero, después de haber perecido, mediante ti, sacra virgen, de nuevo vivió”.
 Dicho esto, quemó el documento maldito
 y empeñosamente continuó de inmediato el misterio de la misa.
 Cuando lo hubo completado, con admirable esplendor refulgió,
 a la manera de Febo cuando surge, el rostro del vicario,
 (425) para que el esplendor de su corazón y la luciente blancura de su alma
 se mostrasen por medio de su aspecto rutilante.
 Desde ese momento el pueblo asistente, sobrecogido por extremo terror,
 comenzó a hacer resonar retumbantes gracias para el que tiene su trono en
 lo alto,
 a quien plació manifestar los méritos del venerable varón.

- (430) Éste, por cierto, regresando de inmediato al sacro lugar
 en donde mereció la dádiva de la piedad celeste,
 fue quebrantado por una dolencia de la frágil carne
 y, después de haberse acrecentado la enfermedad durante el lapso de tres
 días,
 exento de la cárcel de la carne corruptible
- (435) y sustentado por el auxilio de la santa y señora María
 jubiloso su espíritu ascendió al eterno palacio.
 Con el esfuerzo del pueblo el cuerpo extinto
 ritualmente fue sepultado luego con supremo honor
 en el mismo lugar donde había sido obtenido el perdón que llorando pedía.
- (440) De tal modo fue el fin de este desesperanzado así como criminal
 que aprendió a llorar su propia culpa
 y se esmeró en castigarse con adecuados lamentos.
 Por lo cual, alabanza y poder para Cristo por todos los siglos,
 quien derrotó al antiguo enemigo del género humano
- (445) arrebatando de la boca de la serpiente la creación de Su diestra.
 Y alabanza benéfica conste también para su dulce madre,
 quien de inmediato al miserable concedió consuelo. Amén.

* * *

- Que el único Hijo del que tiene su trono en lo alto, engendrado antes
 de los tiempos del mundo,
 quien, compadecido del hombre, descendió desde la augusta alteza del
 Padre
- (450) y verdadero cuerpo de carne asumió de la Virgen
 con el fin de borrar el amargo sabor de la virgen primera,
 consagre para nosotros píamente las viandas de la dispuesta mesa
 haciéndolas que sean manjares saludables para quienes las degusten.
 Lo que seamos y lo que degustemos y cualquier cosa que hagamos,
 todo lo bendiga la diestra del Gobernante y Creador.
- (455)

I-2

BASILIO

He aquí que te traigo, Gerberga, señora mía, versos nuevos,
uniendo así cantos a los mínimos cantos anteriormente escritos,
y como un criminal merece el deseable perdón
alegrándome canto en metro dactílico.

- (5) Los que no quieras despreciar aun cuando en extremo sean defectuosos,
sino con clemente corazón alaba las acciones de Dios.

* * *

Quien quiera conocer un inequívoco ejemplo de indulgencia
así como los generosos dones de la clemencia magnífica de Dios,
lea por completo y con el corazón sumiso estos versos,
lea por completo y con el corazón sumiso estos versos,
y no desprecie el débil sexo de una humilde mujer
que con quebradizo cálamo ha construido estos metros
sino más bien alabe la celeste misericordia de Cristo,
quien no quiere con merecida pena perder a los pecadores
sino más dar a los conversos la perpetua vida.

- (15) Alegre se regocijará quienquiera que, una vez examinada,
constate que vale como verdadera la presente narración.

* * *

En el tiempo en que Basilio, varón benigno por su propia índole,
con justo gobierno regía una iglesia santa
habiendo sido escogido para dirigir la sede episcopal de Cesarea,
vivía en aquellas regiones un varón muy ilustre,
de nombre Proterio, venerable para el pueblo todo,
influyente por su nobleza y también poderoso por la cuantía de sus bienes.
Tenía él una única descendencia, de femenino sexo
—y no había para él otro heredero de su magna fortuna—,
a la que ciertamente amaba con un tierno amor

- (25)

y, con piadoso afecto así como con paternal cuidado,
 para que el alma de la hija nunca muriese
 optó por adornarla con las gemas de una virginidad perfecta
 más que por dar a su cuerpo mortal las caducas suntuosidades del mundo:
 (30) intentaba asociarla con las sacras doncellas
 que mediante el hábito sacro se hallaban asignadas a Cristo
 y que, todas por igual, eran conservadas en los estrechos claustros de un
 cenobio.

Pero el autor de los crímenes, el que engañó al primer hombre,
 maldiciendo el voto laudable del justo varón,
 (35) al propio siervo de éste hizo hervir
 dementemente en amor por la supradicha doncella.
 El cual, en extremo infeliz, por las flechas del amor traspasado,
 mientras más se enardecía tanto más se debilitaba en su espíritu
 porque se sabía indigno de tan alto matrimonio
 (40) y porque no se aventuraba a poner al desnudo el inusitado tormento de su
 corazón.

Sin embargo, buscándolo, por fin encontró a un mago
 a quien descubrió el secreto de la amarga tristeza,
 prometiéndole dones de no poco provecho
 si el ánimo de la tierna descendiente de su propio señor
 (45) unía de inmediato a su amor de siervo.
 A quien dijo luego el perverso amigo del engaño:
 “Ciertamente confieso no ser tan grande mi fuerza
 como para unir en matrimonio a un siervo con su propia señora,
 pero si te dedicas a obedecer debidamente a mi maestro,
 (50) de quien consta que es príncipe de las eternas tinieblas,
 él ciertamente puede cumplir tu voluntad de inmediato
 si después de ello quieres no venerar el nombre de Cristo”.

Al cual el miserable, malamente cegado por su enloquecido corazón,
 prometió consentir en estas admoniciones.
 (55) Entonces le ordenó el mago que esto escribiese a su maestro:
 “Príncipe del Infierno, soberano de la gran profundidad,
 siempre es pues adecuado a tus servidores
 probar si a algunos lavados en las fuentes del bautismo,

- (60) sustraídos de las greyes de Cristo pueden asignarlos a ti
a fin de que siempre se multiplique la facción que te sigue.
Por eso, alegrándome mucho desde ahora, te envío a este varón
para que, cumpliendo de inmediato su secreto propósito,
debidamente lo hagas futuro discípulo tuyo”.
- Entonces también dio al infeliz el documento escrito:
- (65) “Durante el tiempo de la noche, sobre la tumba de un pagano
[estará él y, hablándole con humildad, entregarás esto al señor del Erebo)].
Acogiéndose luego malamente a ese precepto aconsejado,
el miserable, alegre, se dirigió hacia donde el mago le había ordenado ir
implorando suplicante el auxilio del antiguo dragón
- (70) que siempre intenta causar la destrucción de sus amigos.
Y, sin demora, de prisa llegaron tartáreos servidores
y, con júbilo bastante maligno, al extraviado llevaron de inmediato
a un concilio feroz de quienes habitan en las tinieblas.
Allí, el inventor del crimen así como de todos los engaños,
- (75) príncipe condenable de las condenables legiones,
se hallaba sentado en medio, rodeado de milicia demoníaca,
ocultamente tendiendo a los incautos los lazos de su astucia,
y, desplegando asechanzas anteriormente tramadas,
inquiría qué crimen había cometido cada uno de los suyos.
- (80) Y, desde luego, cuando hubo escudriñado la carta que le había sido
enviada,
empleó estas palabras, irritándose con furia de león
y aterrorizando al varón miserable con un discurso cruel:
“Nunca los cristianos habéis permanecido fieles a mí
sino que, en cuanto hube cumplido vuestra veleidosa voluntad,
- (85) inmediatamente al fin habéis huido hacia vuestro Cristo,
detestándome profundamente después de tan grandes dones
y creyendo como cierto que Cristo es de piedad tal
que a ninguno que lo pida quiere retardar el perdón
ni restituirme a alguno que se convierta después del crimen.
- (90) Por lo cual, si de los abrazos de la hija de tu señor
deseas gozar lícitamente, negados en primer término con tu boca Cristo
y el sagrado bautismo de Cristo que se da a los cristianos,

- confiesa también desde luego que durante todos los siglos
quieres ser atormentado conmigo con las perdurables penas del Infierno.
Entrégame a continuación un documento escrito con tus propias manos
(95) y te mostraré inmediatamente todo aquello de que es capaz mi poder”.
- Sin dilación el siervo infeliz, malamente cautivado por estas
admoniciones,
con gozoso corazón suscribió su propio daño
y su muerte, y entregó el testimonio al tétrico enemigo.
Quien inmediatamente, en exceso alegrándose por el que se condenaba,
(100) con regocijado corazón envió a servidores tartáreos
a que el alma de la mísera virgen rápidamente hiciesen hervir
en impuro amor por su propio siervo.
- Tan pronto como su frágil ánimo fue agitado por el amor,
clamó de repente la nacida de magna stirpe
(105) exigiendo ser entregada en matrimonio al siervo,
y al propio padre dirigió estas palabras:
“Ten misericordia ya, progenitor dulcísimo, de esta hija tuya
y pronto al joven a quien amo entrégame,
no muera yo, languideciendo, a causa de la dolencia de un triste corazón”.
- (110) Habiendo oído esto, dijo el padre entre lágrimas amargas:
“¡Ay, ay! ¿Qué es lo que sientes, esperanza única de tu anciano padre?
Dime, te pido, ¿quién te ha malamente engañado con suaves palabras
o quién te ha circundado con halagos fingidos?
¿Acaso no, deseando volverte a la altísima patria,
(115) te dediqué pues a Cristo, esposo celeste,
para que sólo a Él castamente adorases por todos los siglos
y con los habitantes del cielo hicieses para Él resonar alabanzas,
sumada a los virginales escuadrones después de las ataduras de la muerte?
Y tú hierves en el amor de un sirviente lascivo.
- (120) Pero ahora, hija mía, con voz sumisa te ruego
que te apresures a dar fin a estulticia tan grande
y no, impropriamente, desordenes toda tu noble stirpe.
Si, no obstante, pretendes perseverar en tu intento maligno,
ignominiosamente perecerás sin demora, descendiente dulcísima”.

- (125) Ella, en verdad, por completo desechando el consejo paterno,
 a su progenitor mismo dijo con semblante mordaz:
 “Por fin, si vas a tardar en cumplir mi deseo,
 pronto descubrirás que ha muerto tu descendiente querida”.
 El anciano entonces, no por su voluntad sino vencido por las amargas
 amenazas,
- (130) a su dulce descendiente entregó por esposa al siervo,
 dándoles a la vez una cuantiosa fortuna.
 Y entonces, con ánimo amargo dijo a su hija:
 “Tú, hija infeliz de un no feliz padre,
 desdoro y dolor de la madre que te trajo a la luz
 (135) y torpe confusión de toda nuestra estirpe,
 regocíjate ahora ya, miserable, con el siervo que te es querido,
 que después, afligiéndote, obtendrás penas eternas”.
- Consumado tal matrimonio mediante engaño de Satanás,
 Cristo, amable salvador del mundo, se condeñó de que aquellos
 (140) a quienes había salvado, piadoso, con el flujo de su derramada sangre,
 se hallasen retenidos en cautividad bajo los lazos del enemigo cruel,
 y decidió prestar benigno auxilio a los caídos.
 Y pronto le fue relatado a la extraviada mujer
 que no era católico el miserable cónyuge suyo,
- (145) y que nunca quería tocar con el pie el umbral del templo santo
 porque se había entregado a la jurisdicción de la avara serpiente
 negando los ritos de la recta fe así como el nombre de Cristo.
 Ella, dándose cuenta de ser una mísera engañada,
 cuando las palabras de quien hablaba hubo escuchado con oídos atentos
- (150) cayó por tierra, estremecida y con los miembros debilitados,
 y sus propios cabellos se arrancó de la cima de la cabeza
 y asimismo percutió intensamente su pecho con golpes,
 derramando entre lágrimas estos clamores por encima del éter:
 “Todo aquél que no quiere escuchar a sus dulcísimos padres
 (155) nunca será salvado: ello se prueba con este suceso.
 ¡Ay, ay! ¿Por qué, nacida, recibí el esplendor de la luz
 o por qué de inmediato no fui entregada al sepulcro
 para no caer, infeliz, en el oscuro foso de la verdadera muerte?”

- Mientras esto decía con ininterrumpida tristeza,
 (160) llegó de pronto el criminal esposo,
 y juraba que eran falsas las cosas que de él se decían.
 Ella inmediatamente, con firme voz, respondió al que negaba:
 “Si en verdad no eres reo de tan enorme culpa,
 alegre entonces ven mañana conmigo a la iglesia santa
 (165) y asiste ahí a las ceremonias de la sagrada misa”.
 Vencido inmediatamente por este justo razonamiento, el miserable
 le refirió en verdad la causa de la maldad cometida.
 Y ella, deponiendo luego su femenina debilidad
 y con prudente corazón asumiendo varoniles fuerzas,
 (170) por cierto de inmediato corrió hacia el bienaventurado Basilio
 y también, postrada delante de sus plantas sagradas,
 empleó estas palabras, derramadas con perturbado corazón:
 “Santo de Dios, clemente socorre a nosotros, miserables,
 y sácanos de las fauces tétricas del cruel enemigo
 (175) que se jacta de perder nuestras frágiles almas”.
 Y cuando hubo puesto al desnudo ante él la índole de tan gran culpa,
 el prelado del Señor se volvió hacia el criminal siervo
 y comenzó a preguntarle con palabras benignas
 si, después de ese crimen quería dirigir su sentimiento hacia Cristo.
 (180) Él, desesperando de salvarse, le dijo:
 “Si fuese posible hacerlo, lo hubiera querido con ánimo jubiloso,
 pero a mi alma que quiere se oponen las criminales cosas realizadas,
 porque mediante carta en mala hora escrita me di al enemigo
 y, con el corazón cegado, el nombre de Cristo negué”.
 (185) Al cual el varón del Señor: “No quieras fingirte inquietudes
 como si te hubiese sido completamente quitada la esperanza de buscar el
 perdón.
 Porque el Unigénito del Padre, juez muy clemente del mundo,
 quien nunca rechazó a ninguno convertido a Él,
 si lloras tu culpa, se alegrará de prestarte remedio.
 (190) Ya, en consecuencia, abandona la profundidad del pecado mortífero
 y también acógete al seguro Puerto de Piedad,
 quien ha recibido, salvados, a todos los que han ido hacia Él”.

Pues bien, con estos consejos enderezó al infeliz pobre hombre
y también, con el consentimiento suyo, lo encerró en una negra caverna
(195) para que sin impedimentos llorase sus enormes impurezas.

En seguida entonces después de tres días otra vez vino a él,
inquiriendo si le era posible sobrellevar tal fatiga.

El cual, demasiado cansado, respondió con estas palabras:

“Con dificultad soporto, en efecto, la venganza de los negros espíritus,
(200) porque ciertamente me vapulean con azotes continuos
y frecuentísimamente me atacan con ásperos lanzamientos de piedras.
Además, siempre ponen ante mí el amargo reproche
de que no forzado sino con libertad hace tiempo fui a ellos,
entregándome sin violencia a su dominio”.

(205) Entonces el muy docto médico de aquella alma que languidecía
al cansado ordenó sobreponerse, e inmediatamente se retiró.

Luego vino de nuevo después de poco tiempo

queriendo saber qué entonces ocurría en la oscura caverna.

Dijo el otro: “Ciertamente me hallo más fuerte, padre benévolo,
(210) puesto que sólo a lo lejos oigo las voces horribles”.

En ese momento el prelado, alegre ya en la intimidad de su pecho,
partió, obrando de la misma manera que en la ocasión anterior.

Por fin, viniendo luego de un lapso de cuarenta días
durante los cuales el caído lloró su amargo pecado,

(215) encontró alegre a quien creía que estuviese triste.

Y cuando él hubo proclamado su admiración por la preciosa alegría,

el pecador, lavado ya por muy abundantes lágrimas
y cierto del deseable perdón, dijo al santo:

(220) “Espero sin duda ser salvado por ti, padre benévolo,

porque en sueños te vi dirigirte a combate a mi favor
contra la cruel y asimismo maligna serpiente,

a la que tú rápidamente venciste con la potencia de lo alto”.

En cuanto escuchó con oídos atentos las palabras de quien hablaba,
el obispo cantó con piedad alabanzas a Cristo

(225) e hizo salir del negro lugar a la persona del confinado

y durante el tiempo de la noche lo alojó en su propia celda,
la que se hallaba adjunta a un costado de la iglesia sagrada.

- Y ordenó congregarse en ésta al pueblo creyente
a fin de que éste igualmente pasara la noche en empeñosas plegarias
(230) para obtener que, en virtud de su acostumbrada piedad, a la oveja
extraviada
el Pastor bueno reuniese con su propio rebaño.
Y cuando el Sol que salió hubo expulsado las sombras negras de la
noche,
tomada la mano derecha del pobre hombre predicho,
entró el obispo a la iglesia, llevándolo también consigo.
(235) En cuanto con sus plantas hubo tocado el umbral venerable,
el Demonio, que secretamente se hallaba escondido ahí en amarga
emboscada,
hacia atrás en seguida tiró del varón con gran fuerza,
atrapada su izquierda con clandestino engaño.
Al cual Basilio, provisto de fuerte potestad:
(240) “Ímprobo ladrón, devuelve esta hechura del perenne Rey
y, vencido, abandona pronto tu presa, arrebatada con hurto”.
Al que de inmediato dijo el común enemigo de todos,
llenando los despejados aires con perversos aullidos:
“¿Por qué intentas arrancarme por la fuerza a mi siervo propio,
(245) que por su voluntad sometió su cuello a mis cadenas?
Muy ciertamente, el documento que él mismo me entregó
he de mostrarlo a Cristo en el tiempo del juicio venidero”.
A quien el santo, a su vez, devolvió esta respuesta:
(250) “Por mandamiento del mismo Cristo, del equitativo juez,
espero de ti que inmediatamente devuelvas esa carta”.
Pues bien, una vez dicho esto, la multitud de los creyentes
mediante plegarias derramadas con pecho devoto oró al que tiene su trono
en lo alto
para que frente al enemigo fortaleciese al fiel pastor.
Y, sin demora, cayó de lo alto el fraudulento escrito
(255) ante los pies del santo así como amable pastor.
Entonces el pueblo, con corazón piadoso alegrándose con el digno
prelado,
hacia el cielo esparció voces con cánticos de alabanza

que alababan a Cristo, benigno con su acostumbrada piedad,
quien al cautivo sustrajo de las fauces del viejo león.

* * *

(260) Asimismo nosotros, aplaudiendo esparzamos voces al éter,
con pecho regocijado alabando a Cristo Señor
quien, clemente, tal esperanza de perdón nos ha dado.
Por lo tanto, para Él solo sean la gloria, la victoria, el poder
y permanezca perennemente el cántico de alabanza. Amén.

DIONISIO

PASIÓN DE SAN DIONISIO, MÁRTIR EGREGIO

- Cuando el Hacedor de los estratos alto, medio e inferior
en la cruz padecía el amargo suplicio de muerte,
circundaron al orbe nocturnas tinieblas
y el Sol, depuesta la brillantez de sus esplendrosos rayos,
(5) las exequias del Señor celebró con un triste servicio.
Visto en seguida lo cual, Dionisio, benéfico astrónomo,
quien por entonces aprendía en los confines de Menfis el arte
que enseña el movimiento de los astros así como el curso del Sol,
se llenó de estupor y comenzó a inquirir en libros leídos
(10) si un eclipse de sol pudiera situarse en ese momento.
Pero cuando se percató de que no eran de las habituales aquellas tinieblas,
el mago consideró conveniente anotar el año y el día,
no dudando de que tal vez hubiese sido indicado algo estupendo
que el misterio de las tinieblas estaría proclamando de inmediato,
(15) y conjeturó que, atestiguándolo benéficos signos,
un dios, hasta entonces ignoto, ante el mundo se estaba manifestando ya.
Pero cuando, habiendo bebido suficientemente de los riachuelos del arte
ya mencionado,
se dirigió hacia Atenas y volvió a visitar su hogar patrio,
entre las imágenes impías de los estultos dioses
(20) ordenó poner un altar refinadamente construido,
decidiendo que éste, grabada sobre él una inscripción idónea,
debía ser consagrado en honor del desconocido dios.
Y cuando Pablo, el generoso apóstol, lo contempló,
quién fuera ese desconocido preguntaba con amigables palabras.

- (25) A quien el mismo bienaventurado Dionisio, uno de los notables de la urbe, explicó la causa por la que había construido el altar y entonces, tras debatir en consecuencia mediante palabras alternadas, cedió el que era incrédulo, felizmente vencido por la fe.
- (30) Habiendo partido luego de esto, dio Pablo la vista a un invidente, a quien ordenó que, sin falta, de prisa se dirigiese a la ciudad. Viendo a éste dotado de vista el príncipe predicho y creyendo en que el milagro había sido hecho por la Divina Potencia, prontamente se apresuró, con Damaris, su esposa querida, y acompañándolo, bajo su autoridad, un numeroso grupo,
- (35) a ir a donde sabía que se hallaba el bienaventurado Pablo. Aquéllos, con el bautismo sacro fueron impregnados todos por igual y completamente lavados de la inmundicia del antiguo delito, y quien había sido caudillo de una plebe adoradora de ídolos fue luego constituido en prelado para un católico pueblo.
- (40) Él, una vez hecho prelado, adornado de admirable bondad muy diligentemente desempeñó el oficio encomendado a él, a los ausentes mediante escritos y mediante palabras a los presentes llevando a seguir el culto de la verdadera fe. En efecto, viajando en una ocasión y al mismo tiempo esparciendo la simiente de la palabra,
- (45) se relata que, declinado ya el día, pidió hospitalidad a un santo presbítero cretense, de nombre Carpo que malamente se hallaba conturbado por amarga tristeza y que más de lo debido ardía también en inflamada ira porque con perversas persuasiones algún gentil
- (50) había hecho rechazar los ritos de la fe a cierto adorador de Cristo. Y cuando el prelado se percató de que se hallaba triste ese presbítero, con palabras amigables preguntó por la causa de su tristeza y, calmando suavemente al triste con benignas admoniciones, le aconsejó que depusiese la ira excesiva de su corazón
- (55) y que orase por los condenables criminales a fin de que, pronto arrepentidos y reconciliados con Cristo, de Éste recibiesen el don de la clemente piedad. Y repetidamente le advertía que a ninguno debía negarse

- la esperanza de perdón, si quería llorar su propia culpa.
- (60) Pero él, que, rechazada la piedad, se hallaba empeñado en la tristeza, por el contrario, irritándose y languideciendo en el furor de su corazón, a los miserables se ponía a maldecir con duras palabras, afirmando que no eran dignos ni de una ni de otra vida quienes se atrevesen a vivir sin el Dios verdadero.
- (65) Concluido por fin tan entristecedor discurso, con el alma muy triste dispuso su cuerpo al descanso. Y, sin demora, con los cielos abiertos se le mostró una visión que reprimió la turbulencia de su ánimo. Pues al que tiene su trono en lo alto, centelleante con maravilloso esplendor
- (70) vio estar sentado, circuido por servidores angélicos, y, como si hubiese sido enviada a modo de vengadora de algún delito, descender del cielo repentinamente una desmesurada hoguera. Luego, con los ojos en sentido contrario mirando a la tierra, contempló abrirse hacia abajo un abismo horroroso
- (75) lleno de serpientes y colmado de diversos castigos, sobre el cual los miserables, con los pies resbaladizos, estaban adheridos a la margen extrema, llorando por tanto, y asimismo, atormentándolos, serpientes que salían los impulsaban a penetrar con ellas en el bátratro profundo.
- (80) Visto lo cual, Carpo, colmado de furor más grande, lamentaba que los miserables no fuesen precipitados y, con perturbada voz repitiendo de nuevo sus maledicencias, rogaba que la divina venganza de inmediato perdiese a los reos. Dijo, y Jesús, benigno con su acostumbrada piedad,
- (85) pronto a perdonar, desde el altísimo trono del cielo comenzó a hablar, causando a Carpo un no clemente dolor: “Vuelve, si puedes, contra mí, Carpo, rebelde, la perdición que ardientemente deseas que se dé a los culpables. He aquí que Yo soy el gobernante del cielo y el destructor de la muerte,
- (90) de nuevo piadosamente dispuesto a sufrir por el género humano si de otra manera no pueden ser salvados los criminales que, después de cometida, aprenden a llorar la culpa.

- Y no sobrellevo fácilmente que de inmediato perezca la hechura de Mi
diestra,
a la que hice pulcra y restauré después de corrompida.
- (95) Elige ahora o, siguiendo la dulce piedad
reinar conmigo para siempre y por toda la eternidad en el cielo,
o, por la malvadamente dura crueldad de tu alma siniestra,
ser entregado al suplicio sin fin del abismo profundo”.
Amansado con estas advertencias, el demasiado justiciero varón
- (100) se hizo para todos ejemplo de piedad por imitar.
Luego de esto, esclarecido por la fama de sus altos merecimientos,
el prelado dispuso encaminarse hacia la soberbia Roma,
optando, con Pedro y por igual con su maestro Pablo,
por el nombre de Cristo consagrarse de inmediato a la muerte.
- (105) Pero ellos habían asumido la palma del martirio
antes de que, viniendo, él entrara por las puertas de Roma,
y un discípulo venerable de Pedro, Clemente, para el mundo regía
muy aptamente la soberanía de la sede apostólica.
El cual, en efecto, piadosamente recibió al obispo que llegaba
- (110) y lo reverenció con grande y condigno amor.
Luego, después de transcurrido un largo espacio de tiempo
durante el cual permanecieron juntos los venerables siervos del Señor,
cuando ya la piedad clementísima del Rey celestial
quiso, mediante un generoso rayo de eterna luz,
- (115) desgarrar las negras tinieblas del antiguo error
por las que entonces las regiones occidentales malamente se hallaban
ceñidas,
el santo Papa, primeramente advertido por el Divino Espíritu,
al obispo digno persuadió con amigables palabras
de que esparciese entre las naciones la simiente de la palabra divina:
- (120) “He aquí”, dijo, “oh militante de Cristo, hermano Dionisio,
que la magna mies del Señor crece por las zonas del mundo
suministrando innumerables espigas de maduro grano,
pero de quienes se apresuren al grano existen sin duda muy pocos.
Por eso tú, que mucho has bebido en la fuente de los libros sagrados
- (125) y de quien consta que lo más posible eres versado en el divino culto,

- asegurado por el ejemplo del maestro Pablo
 dirígete a someter a muchos pueblos al imperio de Cristo.
 A ti confío la misma potestad de dominio
 que sabemos que Cristo confió a Pedro, nuestro rector,
 (130) y que en cuanto sucesor recibí por autoridad del Maestro:
 la de atar a los culpables y piadosamente desatar a los arrepentidos.
 Recibe ahora a los galos, a los que te entrego para que sean enseñados,
 y séate la Galia asignada como ámbito de adoctrinamiento,
 en donde serás celebrado como varón apostólico por razón de tu digna
 alumna.
- (135) Y no tengas temor al visitar naciones rebeldes
 que, enfureciéndose a modo de fieras, se resisten a lo verdadero,
 sino confía en que a ti tanto de mercedes perennes
 se te reservará en el palacio sustentador de los astros, del Padre supremo
 cuanto de dolor soportes padeciendo por Cristo”.
- (140) Advertido el prelado por estos suaves consejos del Papa,
 pronto acudió a los confines de la región de Occidente
 y dirigió en seguida sus pasos hacia las murallas de la ciudad de París,
 a la que frecuentemente, por la riqueza del hermoso lugar,
 en muchas ocasiones concurrían todos los próceres de los galos.
- (145) Y cuando comenzó ahí a esparcir la sagrada simiente de la palabra divina,
 de inmediato píamente Cristo se dignó ejercer por medio de él
 los numerosos poderes de muchos milagros,
 para que tanto se pudiesen ablandar al perdón los corazones
 del pueblo rebelde cuanto con frecuencia mayor viesan prodigios.
- (150) Pero cuando el número de la población creyente se hizo más grande
 e, inspirándolo Cristo, se incrementaba todos los días,
 bramó por ello el cruel engaño del antiguo dragón,
 indignándose por perder hoy tantas almas
 que antes tuviera atrapadas en los amargos lazos de los errores.
- (155) Entonces, ese padre de la simulación y maestro maligno del crimen
 incitó de inmediato al injusto emperador Domiciano
 a dictar un edicto de muerte feroz para los adoradores de Cristo
 y él, enviando el perverso decreto por todo su imperio,
 condenó a muerte a todos los que a Cristo diesen culto.

- (160) A cuyo, por tanto, nefando mandato, el gobernador Sisinio
en seguida otorgó su maligno consenso
y ordenó que le fuese traído, encadenado, el obispo,
del que sabía que ritualmente era el instructor de los galos.
Y entonces, en primer lugar percutido con duros azotes
- (165) así como frecuentemente torturado con cruentos suplicios,
ordenó que fuese recluido en las tinieblas oscuras de una cárcel
e igualmente también dos de sus discípulos
a quienes el destino forzaba a nunca alejarse del dilecto maestro.
Pero ni siquiera en los antros de esa cárcel el esclarecido prelado
- (170) dejó de cumplir el digno servicio al Señor
sino que con diligencia instruyó al pueblo que se había reunido
y, como de costumbre, celebró las ceremonias de la sagrada misa.
Pero cuando debía partir el pan celestial,
súbitamente en el antro entristecedor refulgió una insólita luz
- (175) en la que el Soberano esplendente del sidéreo palacio,
con un escuadrón angélico que lo acompañaba,
apareciéndose consoló al alumno dilecto
y, dándole el sacramento, lo confortó con estas palabras:
“Recibe ya, dilecto mío, mi venerable cuerpo,
- (180) cuyo secreto misterio hoy por completo manifestaré para ti:
en efecto, tu óptima y perpetua recompensa se halla conmigo.
Y en el palacio del Padre la suma salvación está asegurada
para éstos que píamente se esfuerzan en obedecer tus prescripciones.
Lucha constantemente y pacientemente conserva la fe
- (185) a fin de que para ti se incrementen ya las proclamaciones de célebre
alabanza.
Y cualquier cosa que pidas de Mí con sagradas plegarias
podrás obtenerla por el don de mi piedad”.
- Regocijado con este consuelo, el testigo vigoroso
no se arredró de padecer ningún tormento por el nombre de Cristo.
- (190) Sacados de la cárcel los tres testigos luego de esto,
inmediatamente, por obligatorio mandato del soberbio prefecto,
se les interrogó si querían ceder ante las duras penas.
Ellos, absolutamente concordes y con sonora voz confesando

- (195) ser el Padre, con el Hijo y también con el Santo Espíritu,
el único Dios verdadero y perennemente Uno,
atestiguaron que preferían morir en seguida por el nombre de Cristo
así como miembro por miembro ser destrozados con renovadas torturas
a someter algún día sus cuellos a los falsos dioses.
- (200) Muy ofendido por este razonamiento el prefecto pagano,
como rugiente león ordenó con ira inmoderada
que de inmediato fuesen cortadas las cabezas a los atletas de Cristo
y que pereciesen por la espada todos los lavados por el bautismo.
Una vez ejecutadas, como él ordenó, innumerables inmolaciones,
junto con sus compañeros fue conducido por la fuerza el venerable prelado
- (205) al lugar del martirio, condenados a que las cabezas les fuesen cortadas.
Por cierto, alegrándose y al Señor cantando alabanzas
rápidos avanzaban para cuanto antes entregarse a la muerte.
El prelado entonces, con los ojos y los brazos levantados al cielo,
congruentemente emitió estos agradecimientos al que tiene su trono en
lo alto:
- (210) “Dios mío, Hacedor mío, Gobernante mío clementísimo
que me has sustentado píamente proporcionándome aliento vital
y que asimismo me diste la luz de una inteligencia profunda
para escrutar el secreto de tus misterios,
a Ti solo alabo, a Ti bendigo desde el fondo de mi corazón
- (215) y a Ti, con todas mis facultades, doy gracias cumplidas
por todos los dones por Tu piedad conferidos a mí.
Y ruego a Ti, grande Rey de majestad perenne,
que te dignes otorgarme la perpetua corona,
y también a mis compañeros que ahora se hallan a punto de morir por Ti.
- (220) Y conserva Tú a Tu pueblo con paterna misericordia,
al que, apacentándolo para Ti, he nutrido con palabras de fe”.
Terminadas ya debidamente estas palabras del suplicante,
los dos discípulos, y al mismo tiempo el prelado santo,
puestos de rodillas e inclinados los cuellos
- (225) recibieron el golpe del hiriente verdugo.
De los cuales se prolongó de tal modo la célebre confesión

- que, mientras permanecían en silencio los cuerpos con los cuellos
cerceados,
al Señor cantaban alabanzas las lenguas que se movían.
Y asimismo el cuerpo truncado del obispo muriente
(230) de súbito se irguió, brillante con esplendor sereno,
y, muy firmemente llevando en los brazos la propia cabeza,
descendió con paso certero del monte eminente
en donde se había consumado el precioso martirio.
Y, con facilidad recorriendo dos millas de duro camino,
(235) llegó hasta un sitio digno de conservar el cuerpo.
Y mientras él con rapidez paso a paso descendía su trayecto,
lo acompañaba, entre clara luz, un conjunto de ángeles,
con voz resonante haciendo sonar para Dios ‘Aleluya’.
- Realizados estos milagros, ahí se reunió una multitud de creyentes
(240) y, colocado el venerable cuerpo del mártir en el mismo lugar
que él había señalado cuando se detuvo después de su marcha,
en un túmulo fue venerado con máximo honor,
siendo celebradas con luto las exequias de protector tan magno.
Y en el mismo lugar, por razón de los méritos del venerable testigo,
(245) sus virtudes hizo Cristo resplandecer mediante milagros;
y ciertamente la vista a los ciegos, el uso de la lengua a los mudos,
el oído a los sordos, a los cojos el paso seguro,
rogándolo el sacro testigo con frecuencia eran dados,
y enfermos que debilitados por males diversos venían
(250) regresaban alegres, con los cuerpos rejuvenecidos.
Aquí también no rara vez grato consuelo al triste
y al pecador la dádiva del perdón eran concedidos desde la Cima
—a aquéllos que, llorando su propia culpa, el voto sagrado de sus súplicas
vertían en el túmulo del mártir.
- (255) Cuya santa intercesión continuamente nos encomiende a Cristo
y, suplicando, obtenga el perdón de los pecados
así como que Él misericordiosamente perdone nuestras culpas
y nos conceda participar en la perenne vida,
para que, alegres, merezcamos alabarle durante los siglos todos,

- (260) a Él que, después de sus ásperas pruebas, siempre a sus mártires santos
concede el premio divino de un doble honor
para que, mientras sus santas almas se regocijan más arriba del éter,
no menos en el túmulo se alegren sus cuerpos muertos,
frecuentemente glorificados por la centelleante razón de sus milagros.
- (265) A Él la suprema salud, la potencia, la perpetua victoria,
la alabanza, el honor, el dominio y todo esplendor, siempre y por los siglos.

INÉS

COMIENZA LA PASIÓN DE SANTA INÉS,
VIRGEN Y MÁRTIR

- La virgen que, deseando despreciar la lujuria de la carne
y las vanas ostentaciones del mundo quebradizo,
ha merecido ser llamada esposa del perenne Rey,
si quiere, a causa del honor de la virginidad angélica,
(5) en el palacio, sustentador de los astros, de ese celestial esposo
unida a los que moran en el cielo lucir una corona resplandeciente
y cantar, siguiendo al Cordero, un resonante cántico,
conservar castamente y con sincero amor del corazón
el signo, que lleva, de virginidad laudable;
(10) y la que para Cristo signa la cabeza con el sacro velo
con tierno afecto adhiérase a Él constantemente,
y a todos los amigos anteponga a Éste
que, en extremo rutilante y bello con figura encantadora,
mercedamente vence a los hijos de todas las mujeres.
(15) En cuyo amor sin duda congruentemente ardiendo, en otra época
muchas sacras doncellas, con corazón constante,
eligieron morir y ser hechas perecer con torturas crueles
más que corromper el decoro de su virginidad insigne.
Entre las cuales Inés, virgen afamadísima en el mundo,
(20) justamente y con alabanza digna proclamando
la hermosa desemejante de todas de su bello esposo Cristo,
a las vírgenes consagradas recomienda la prenda de Su amor,
de Ése que, engendrado de una sacra virgen,
es el esposo único así como el ornato de las almas castas.

- (25) Porque esta Inés, virgen ilustrísima por sus merecimientos,
a la que con no refinado cántico canta nuestra musa,
moradora nobilísima de la ciudad de Roma,
procedió de una stirpe ilustre de benignos padres
a los que distinguían una ínclita nobleza y un poder benevolente.
- (30) Y, respondiendo su nacimiento a su nobleza,
fue bella de figura y adornada con el resplandor de la fe
y en el mundo muy celebrada por sus sobresalientes méritos.
La cual, en efecto, impregnada con las limpias aguas del bautismo sacro
y purificada de las manchas del delito antiguo,
- (35) se dedicó a Cristo con espíritu complaciente
esforzándose en, bien conservada su feliz virginidad,
rechazar valientemente todas las pasiones de la carne
y sostener el duro esfuerzo de una vida célibe
de manera que, victoriosa sobre la depravación del persuasor enemigo,
- (40) mereciese ser unida en el éter a los santos habitantes del cielo.
Pues cuando en rápida carrera completados dos lustros
hubieron transcurrido además para ella tres años de edad,
el hijo del conde Sinfronio, esto es, del prefecto de la urbe,
juvenil descendiente de un linaje notable,
- (45) en cuanto vio la belleza de su hermosa figura,
con excesivo afecto del corazón embelesado por ella,
la eligió para sí como única amada entre todas,
creyéndose venturoso e idóneo para los honores
si lograba tener a tan encantadora doncella
- (50) como dulce consorte durante el tiempo de su propia vida.
Entonces fue a ella, acompañado de numerosos amigos,
queriendo desposarse con la venerable esposa de Cristo
y, de las riquezas de sus padres llevando muchos presentes,
esperaba el necio lo que no podía realizar,
- (55) esto es, corromper con obsequios el ánimo firme de la virgen
y poder unirla a su obsceno amor.
Pero la virgen de Cristo, despreciando como estiércol los dones
y desdeñando de inmediato la enorme cantidad del oro ofrecido
así como el esplendor de las gemas de brillos diversos,

- (60) se dice que rechazó al insensato joven con estas palabras:
 “Oh hijo de la perenne muerte, merecedor de ser condenado,
 oh incitador al crimen y menospreciador del Omnipotente,
 rápidamente apartado de mí aléjate huyendo
 y no creas que te sea posible pervertir mi limpio corazón,
- (65) al que antes llegó el dulce amor de un amante más noble
 la señal pulcra de cuya fe
 llevo sobre la parte superior de mi rostro así como en todo mi cuerpo,
 con la cual me ha marcado y estrechamente religado a Sí
 para que ya mi alma no intentase buscar otro amigo
- (70) sino aprendiese a abrazarlo a Él solamente,
 quien, poderoso en virtud y refulgente con toda belleza,
 a todos sobrepasa, mortales o celestes.
 A éste, sin participación de madre y con anterioridad a los tiempos del ya
 anciano mundo,
 igual a Él en deidad y en majestad no menor
- (75) el Padre omnipotente engendró, y mediante Él hizo para Él los siglos;
 y sin padre alguno una madre lo hizo nacer
 y amamantó a su propio Hacedor nacido en el tiempo.
 De cuya bellísima configuración por cierto se admiran
 el brillo solar y asimismo el refulgente candor de la Luna,
- (80) con sus rayos resplandecientes alabando al Señor del mundo;
 y a Su mandamiento todos los astros vasallos
 según sus tiempos cumplen los cursos impuestos a ellos.
 A Él, de quien son la bondad admirable y el excelso poder,
 la gloria sublime, la perpetua concordia de paz,
- (85) la misericordia encomiable y la voluntad extremadamente benigna,
 aclamándolo con alabanzas idóneas
 ninguno de los conjuntos angélicos deja de servir.
 Así es ciertamente mi Amigo, a quien amo,
 y de quien confieso que, por encima de todos, Él es el único a quien es
 preciso adorar.
- (90) Él, sin duda, me ha desposado con una seguridad de amor tal
 que es como si, en cuanto esposa, en dote me hubiera entregado una
 esplendente corona,

- y asimismo ceñido mi cuello con gemas preciosas
y colgado de mis oídos lustrosos pendientes,
obsequiándome el refinamiento de diversos brillantes adornos.
- (95) De su boca fluye ciertamente un dulzor
que, como si fuese néctar de suave miel o abundancia de leche,
me ha amamantado y nutrido con dulce alimento.
Además, para mí en la eternidad ha erigido un tálamo
que resplandece con gemas diversas y metales de oro,
- (100) en el que instrumentos que hacen resonar melodías armoniosas
me cantan un dulce cantar por el tiempo de todos los siglos
y, simultáneamente, al modular alabanzas a mi dilecto Esposo,
siempre me atraen hacia su casto afecto.
Y mientras con el profundo afecto de mi corazón lo amo
- (105) no sufro ningún detrimento de mi pudor virginal
sino que, cuando merezco entregarme intensamente a sus abrazos
y, al modo de las esposas, soy conducida hasta su tálamo centelleante,
permanezco púdica virgen sin mancha.
Para Él solamente debo observar fidelidad perenne,
- (110) en Él confío con toda la fuerza de mi corazón”.
Habiendo oído esto, el miserable, traspasado por las flechas del amor,
gimió, emitiendo con frecuencia prolongados suspiros
por haber pretendido con ciego corazón lo que no merecía
y, entristeciéndose por ello y languideciendo con extremo dolor,
- (115) se retiró a su lecho el estultísimo entre todos los varones
y, malvadamente, simulando enfermedad encubría su amor,
que para él era causa no pequeña de dolor muy grave.
Y, sin tardanza, la siniestra divulgadora fama hizo notorio
que el hijo del prefecto se hallaba abatido por una seria enfermedad
- (120) y, pronto, como en organizado escuadrón se presentaron médicos
que prescribieron medicamentos apropiados para diversos males;
pero ninguno de ellos hizo provecho al insensato joven.
Al fin se dieron cuenta, y de inmediato al padre lo informaron,
de que aquello no era señal de enfermedad sino de un amor intenso
- (125) que, entristecido, el hijo padecía.
Oído esto por el padre y descubierta la razón del mal,

- enfureciéndose como un león y movido a violenta ira,
 en su rabiosa cólera comenzó a preguntarse
 quién fuese aquél con tan gran potestad de mando
 (130) que, confiada en él con esperanza vana, una soberbia virgen
 creyese que a ella estaba unido y despreciase al hijo suyo,
 el que, merecidamente célebre entre todo el pueblo,
 dignamente había sido encumbrado hasta el más alto honor.
 Y luego de que hubo discurrido esto y vociferado con furor extremo,
 (135) descubrió que, lavada por el bautismo sacro,
 esa misma Inés siempre, desde sus primeros años, había sido adoradora del
 Señor
 y que, por amor a la conservación de su virginidad,
 acostumbraba decir que Cristo era su esposo.
 Descubierta entonces lo cual, se regocijó en su corazón maligno
 (140) esperando estar legalmente obligado a compeler con penas crueles
 a la tierna doncella al culto de los dioses
 y poder por tanto así saciar su furor,
 en el que rabiaba por el rechazo a su hijo enfermo.
 Entonces ordenó hacerla comparecer de inmediato en presencia suya
 (145) y, estando ella ahí no estremecida por temor alguno,
 primeramente la halagó con amables persuasiones
 y luego también la constriñó duramente con amargos insultos
 a fin de que por propia voluntad se uniese al amor de su hijo
 y diese culto a los dioses y negase a Cristo.
 (150) Pero a la virgen de Cristo ni rendir con súplicas
 ni vencer con ningunos halagos pudo
 para que no conservara sin engaños la alianza que con su primer Amante
 había establecido, reafirmada con la señal de la fe.
 A lo cual el prefecto, renovando otra vez su persuasión depravada,
 (155) dijo: “Si en verdad deseas permanecer virgen intacta,
 de inmediato sométete a la gran diosa Vesta
 y únete a sus sacerdotisas doncellas
 a fin de que seas hecha digna de servirla por siempre”.
- Esto dijo el prefecto pero, en contra, Inés habló así:
 (160) “Si, según derecho, me place rechazar a tu hijo

- quien, dotado de razón así como en el uso de todos sus sentidos corporales,
 es regido por un alma que nunca morirá
 —aun cuando tenga merecido ser encerrado en el bátrato
 por lo mucho cometido de diversos errores
- (165) a menos de que, conociendo lo saludable y arrepintiéndose en algún
 momento,
 se haga impregnar por las puras aguas del bautismo—,
 ¿con qué amenazas o con qué persuasiones piensas pues
 que te será posible obligarme a dar culto a efigies
 que, por dedicación de artífices configuradas en metal,
 (170) solamente llevan una falsa forma de miembros
 y no desempeñan ninguna función de cuerpo móvil
 y nada suyo muestran de animado con vida?
 ¿Y qué consolación de esos insensibles y profanos monstruos
 puedo esperar en el transcurso de mi vida,
 (175) de éstos que, desprovistos de vida y de cualquier sensorialidad,
 ni se favorecen a sí mismos ni pueden auxiliarme a mí?”
- Cuando ella hubo enunciado estas frases, dijo el prefecto Sinfronio:
 “Me doy cuenta, en efecto, de que floreces en tus primeros años,
 pequeña de inteligencia así como tierna en edad:
 (180) por ello, perdonando tu simplicidad infantil,
 prudentemente te llevo, niña petulante,
 a donde, perdonándote, haré que pronto doblegues tu cuello
 bajo las sagradas plantas de la venerable Vesta
 y donde, con incienso, hagas propicia la voluntad de nuestros dioses.
 (185) Pero si, desdeñando mi tan clemente piedad,
 lidiaras en contra y no siguieses mis órdenes,
 no perdonaré más sino que, ejerciendo justa violencia,
 ordenaré que seas encerrada en el escondrijo de una casa obscena
 en la que sucias mujeres se regocijan en los pecados,
 (190) y te haré compañera de inmundas meretrices
 para que tú, nacida de ilustre y poderosa estirpe,
 seas desdoro y torpe confusión de los tuyos”.

Pero la sacra virgen, estremeciéndose mucho ante estas amenazas,
 audazmente y de inmediato al prefecto dio esta respuesta:

- (195) “Si en realidad tú supieras de este Dios verdadero al cual yo doy culto
así como de Su potencia vigente sin término
mediante la cual, siempre confortando píamente a sus propios servidores,
destruye todos los engaños del antiguo enemigo,
tales palabras no querrías emitir de tu boca
- (200) ni tantas veces poner ante mí tristes terrores.
Desde ahora yo, que, siguiendo la mejor fe, la de Cristo,
lo conozco así como soy conocida por Él,
espero, siendo defendida por su soberana diestra,
no ser profanada nunca por las manchas del pecado
- (205) sino vencer todas las inmundicias de la frágil carne”.
- Con amarga ira fue estremecido el prefecto por estas palabras
y ordenó que la venerable esposa del Rey celestial,
despojada de sus vestiduras y con el cuerpo todo desnudo,
fuese arrastrada entre una sección del pueblo que se había congregado
- (210) y encerrada en el negro antro de un lupanar
en el que lascivos jóvenes desprovistos de juicio
gozaban en unión de criminales mujeres.
Pero Cristo, a su propia esposa prestando consuelo,
no toleró que ella fuese tocada por ninguno de esos viciosos.
- (215) Por el contrario, una vez desnudada ella y toda su vestimenta rota,
al punto le creció el muy apretado cabello
que, en amplias ondas deslizado desde la cúspide de la cabeza,
descendiendo tocó las tiernas plantas de sus pies
y todo el cuerpo cubrió como servicial vestidura.
- (220) Y cuando pisó el umbral del triste prostíbulo,
percibió ella en seguida la dulzura de un delicado aroma
y miró resplandeciente con admirable brillo el torpe lugar
que antes se hallaba ensuciado por aciagas tinieblas.
Y cuando, compelida, se introdujo en el sórdido antro,
- (225) un ángel del que tiene su trono en lo alto suavemente se puso de pie por
delante de ella
para ser indudable guardián de su cuerpo,
y le llevó un vestido esplendente con níveo fulgor
muy adecuadamente conforme a su talla.

- (230) Vestida ya, dirigió ella su voz hacia el éter,
 asiduamente haciendo resonar suaves gracias a Cristo,
 cuyo apoyo tanto sintió bajo el peso del peligro
 y con cuyo paterno auxilio fuera resguardada
 para no poder ser corrompida por los engaños del viejo enemigo.
- (235) Entre tanto, enloquecidos en su ciego corazón, de todas partes
 rápidamente llegaron jóvenes, reunidos en muchedumbres
 y luchando, con inicua diligencia de su perversa mente,
 por cuál en primer término entraría o cuál podría saber
 si la virgen aquélla, sostenida por el amparo de Cristo,
 la que siempre había condenado los amores carnales,
- (240) ahora podría aún persistir en el emprendido voto.
 Y sin demora reconocieron y no pudieron contradecir
 que nunca será confundido en la eternidad nadie que,
 creyendo en el Señor, descansa en Él con firme esperanza,
 pues cualquiera de aquéllos que, impulsado por su mente soberbia,
- (245) entraba temerario a las tinieblas de la torpe casa,
 en cuanto veía los rayos de luz admirablemente rutilantes
 y la refulgente nitidez de la vestidura angélica,
 sobrecogido de extremo terror por milagro tan estupendo,
 postrado inmediatamente a los pies de la sagrada doncella
 pedía ser liberado de las ataduras de sus errores
- (250) y atestiguaba que el Dios verdadero debía ser legítimamente venerado,
 Él, que consolaba a todos los que le daban culto:
 y, así, este lugar de crímenes se convirtió en casa de plegarias.
 Llegó por último el desquiciado hijo del prefecto,
- (255) por cuya causa soportó violencia la virgen bienaventurada.
 El cual, miserable, entrando de prisa y con riente corazón,
 ni dijo alabanzas ni honores rindió al Señor
 cuya gracia irradiaba en el entristecido antro
 sino que, alegre, se dirigía a la detestable morada
- (260) esperando poder disfrutar ya lícitamente los dulces abrazos
 de la sacra virgen, por cuyo amor languidecía.
 Pero la piedad y también la muy alta potencia de Cristo,
 oponiéndose vigorosamente a aquél que deseaba lo malo,

- protegió de la corrupción a su propia discípula
 (265) y entregó al miserable a una réproba muerte.
 En efecto, tan pronto como él con rápido paso avanzó hacia el lugar
 en donde, suplicante, para el Señor hacía Inés resonar alabanzas,
 el infeliz, desatados sus miembros por imprevista muerte,
 cayó postrado a tierra, hecho morir por la potencia de Cristo.
- (270) Oído lo cual, llegó llorando el desventurado padre,
 rodeado por cierto de una gran muchedumbre de gente,
 y, proclamándose infeliz, hacia lo alto esparcía voces
 acusando a la santa doncella con estas palabras:
 “Oh mujer malvadamente cruel en quien se hallan
 (275) una ferocidad de no femenino corazón y una voluntad cruenta
 que, a modo de fieras, rabian bajo tu tierno cuerpo,
 di, ¿qué causa te constringió a destruir a mi hijo,
 quien era ornato de todos los suyos y esperanza de su progenitor,
 antes feliz por la generación de tal descendencia
 (280) pero ahora miserablemente desposeído por el fallecimiento del hijo?
 De ahí se manifiesta en consecuencia que tu muy depravado espíritu
 suele beber mucho de los riachuelos del engaño mágico,
 puesto que, arrebatándolo a la placentera vida, firmemente quisiste matar
 a un joven que florecía en sus primeros años”.
- (285) Más no se quebrantó la sacra virgen por estas acusaciones
 ni devolvió al prefecto agría respuesta
 sino que, profiriendo palabras dulces con melodiosa garganta,
 dijo elocuentemente esta bien compuesta aclaración:
 “No fui yo causa de la muerte que ha destruido a este joven
 (290) sino fue más bien él mismo el instigador de su morir
 porque desdeñó, el estulto, glorificar a ese Dios
 cuya gloria refulge en este entristecedor antro.
 Pero ahora, para que claramente en el mundo entero se dé a conocer
 Su majestad y asimismo Su potestad excelsa,
 (295) suplicante imploro de Él su amable piedad
 para que ordene que el rígido cuerpo recupere otra vez su calor
 y rehaga a un hombre nuevo, con los miembros resucitados”.
 Dijo, y ordenó salir a todos los presentes

- y, postrada en el suelo y derramando plegarias en medio de lágrimas,
 (300) pidió al Señor concediese perdón al criminal.
 Orando la cual y suplicando vida para el miserable,
 de inmediato acudió un ángel y levantó al que había sucumbido
 otorgándole la consolación de palabras amigables.
 Y, por el Verbo de Dios y Su fuerte potencia, al extinto ordenó que viviese,
 (305) reasumido de pronto el aliento.
 A lo dicho, el que recibió la orden de inmediato se levantó de la tierra
 con sus fuerzas y todos sus miembros restablecidos plenamente
 y, esparciendo más arriba del éter dulces voces de alabanza,
 continuamente y con ánimo regocijado daba gracias a Cristo,
 (310) dador de la vida y vencedor de la muerte.
 Ciertamente desde ese momento, por completo reanimada su primera forma,
 prosiguió vivo quien a la muerte estuviese atado
 y, al presentarse ante su afligido padre,
 hizo asunto de gozo lo que antes fuera causa de dolor.
 (315) En seguida, con repetido clamor llamando hacia el alto cielo,
 utilizó también estas palabras, persuadiendo empeñosamente:
 “Creed, ciudadanos romanos, lo ruego, todos creed
 que Cristo es el Dios verdadero y que, perennemente Uno
 con el Padre que tiene su trono en lo alto así como también con el Santo
 Espíritu,
 (320) siempre reinante y empuñando el cetro del cielo
 y bajo el dominio suyo abarcando el universo,
 todo lo rige con gobierno de inmensa bondad.
 Sólo a Éste hay que amar y orar y dar culto
 quien primeramente a mí, extraviado y asimismo deseoso del mal,
 (325) pronto anticipándoseme, con una repentina muerte
 se dignó poner fin a tantas estulticias mías
 y después, como de costumbre dispuesto a tener misericordia del
 extraviado,
 ablandado por las solícitas plegarias de la sacra virgen Inés,
 otra vez me entregó a la vida, rehecho”.
 (330) Y el padre, cuando a su hijo resucitado vio que avanzaba,
 perfecto de aspecto y lleno de belleza,

- cuya muerte había deplorado con amargas lágrimas,
de pronto, por el estupendo milagro de inusitada novedad admirado,
se aterrorizó, pero se alegró en seguida con regocijado pecho.
- (335) Abrazando entonces el cuello con paterna piedad,
derramó blandos besos sobre su dulce descendiente
y dijo, clamando, que el verdadero Dios era Cristo,
de quien reconoció la rápida misericordia,
y que a Su mandato sucumbía la muerte amarga
- (340) devolviendo vivo al que había devorado muerto.
Y, por supuesto, con el ánimo admirado, todos los presentes
elevatoron al cielo gozosas proclamaciones de alabanza,
laudando el nombre santo del bendito Señor.
- Soportando esto apenas en su cruel corazón,
(345) ciertamente promovieron los pontífices un no pequeño motín,
diciendo que Inés, criminal y sacrílega,
inmediatamente debía ser muerta con sangrientos castigos
porque, por causa suya, las efigies todas
y sus sagrados ritos sufrían abandono.
- (350) Entristecido por ello el prefecto y conturbado en su corazón,
en su ánimo contristado se condolía de la sacra doncella
mas, sin embargo, fuera de toda duda ignoraba
qué curso seguir o qué quedase por hacer acerca de ella:
no le agradaba destruirla pero no era capaz de defenderla.
- (355) Por fin, entristeciéndose, se retiró y dejó su lugar a otro
que desempeñaba el oficio de juez con ferocidad lobuna
y que era llamado Aspasio, pagano de religión.
Quien ordenó de inmediato lanzar a Inés a una hoguera,
perversamente concordando con los malignos deseos de los pontífices.
- (360) Pero al casto cuerpo, que de ninguna injusticia debía ser purificado,
al que nunca encendió la llama de un amor carnal,
no lo lesionó el fuego vivo ni pudo tocarlo.
Separadas inmediatamente por la Divina Voluntad, las llamas
concedieron un espacioso lugar a las plegarias virginales
- (365) e, irrumpiendo enfurecidas y con excesivo ardor,
quemándolos destruyeron en primer término a todos los verdugos

y, lamiendo después por todos lados a la no creyente plebe circunstante, repentinamente derribaron muchas filas.

- (370) Pero, única inmune al calor, estaba de pie la virgen piadosa
y, contenta entre los crepitantes mechones de llamas,
hacía oración a Dios, vueltas las manos al cielo,
frente a Él pronunciando este cántico de oración y alabanzas:
“Productor de todo, Padre del Verbo, Creador asimismo del mundo,
(375) y ambos con el coeterno Espíritu Santo,
digno eres de ser alabado, honrado, venerado y amado,
a Ti solo alabo, al alabarte bendigo
y a Ti cumplidamente doy perennes gracias
porque, sostenida por la protección de Tu Hijo mismo,
(380) nunca sucumbí al engaño de la serpiente antigua
sino que, con cuerpo casto y pura en lo íntimo de mi corazón,
a salvo atravesé por todas las inmundicias de la carne,
superando al mismo tiempo las sanciones del tirano sacrílego.
Por lo cual, alegrándome en Ti extremadamente por esta piedad,
(385) a Ti ahora me apresuro a llegar con ánimo regocijado
escogiendo sufrir la sentencia de muerte y disolverme pronto
para poder verdaderamente contemplarte sin fin
a Ti, a quien busqué, único al cual amé siempre.
Tú, clemente, al alma a causa de Ti expulsada del cuerpo
(390) juzga digno aceptarla dentro de los recintos de tu reino,
en el que Tú, justamente poderoso bajo Tu trino nombre,
por todos los siglos Rey uno del trino mecanismo de las cosas,
todo esto riges con el cetro de la suma deidad”.
- Desde luego, debidamente terminadas ya estas plegarias de la orante,
(395) con sus fuegos extinguidos murió de repente toda la hoguera
y, habiéndose enfriado las cenizas mismas en sus propios rescoldos,
tan desprovista quedó ciertamente de todo calor
que luego no conservó para sí ni una chispa.
- Y habiéndose manifestado ya pues este milagro estupendo,
(400) cuanto más la potencia de Cristo se descubría delante del mundo
con tanta más rabia de mayor locura jadeando

- el injusto juez se atormentaba en su ánimo acerbo.
Y no soportó que sobreviviese tras eso la sacra doncella
por la que a cada instante fueron realizados tan grandes milagros
(405) sino que, penetrando la tierna garganta de la mártir egregia
con la espada bien dirigida, vorazmente le atravesó el cuello
y, en contra de lo que esperaba, al actuar así
favoreció a la que sin motivo deseaba dañar,
enviando al cielo a quien malvadamente sustrajo del mundo.
(410) Pero cuando la a causa de Cristo lesionada con herida letal
muriendo entregó al Señor su último aliento
y regocijándose con salvadora fe durmió en Él,
al momento, presentándose, angélicos conjuntos descendidos del cielo
suavemente recogieron su alma, centelleante con níveo candor
(415) y también recubierta por una luz de nitidez celeste,
y con alegría la llevaron por el aire
haciendo resonar, congruentemente, himnos de divina alabanza;
y una vez transportada por encima de los fuegos del éter,
la condujeron al palacio, que sustenta los astros, del celestial Esposo.
(420) Por quien de inmediato una esclarecida, rutilante corona
le fue entregada a causa del honor de su limpia virginidad
y también, habiéndole sido dada como signo de triunfo,
recibió para empuñarla sin término nada menos que la palma del martirio,
todo ello con el objeto de que la mártir feliz, victoriosa en un doble
combate
(425) y de alma resistente siempre a la carnalidad del cuerpo,
ostentando el ornato eterno de un doble galardón,
esplendente figurase entre las virginales multitudes;
como el lirio que, cuando brillantemente se une a la sonrosada púrpura,
destella entre los encantos de las diferentes flores.
(430) Entre tanto, por el sacro cuidado de sus padres preclaros
distinguida también con gran suntuosidad, su venerable cadáver
con todo honor fue reunido al vientre de la tierra;
y la tumba misma de la sagrada virgen,
venerable por razón de conservar su cuerpo,

- (435) nunca fue desatendida por la diligencia del amor parental,
sino más vigilantemente era custodiada en las nocturnas horas.
Y mientras, según su costumbre, los muy veladores padres
con ánimo fiel hacían guardia a su descendencia,
se les mostró esta visión celestial:
- (440) vieron entonces descender grupos de vírgenes
deslizadas desde el rápido quicio del cielo,
pulcramente adornadas y engalanadas con pleno esplendor,
entre las cuales, refulgente con lustre semejante,
contemplaron a su Inés, martirizada a causa de Cristo;
- (445) y a su derecha se hallaba un cordero más blanco que nieve.
Y cuando supo ella que ellos eran dignos de ser venerados por razón de
su fe,
suavemente les habló con amigables palabras,
diciendo: “Alegraos conmigo dando gracias por siempre,
porque en el luminoso palacio del Rey celestial
(450) perennemente estoy asociada a estas vírgenes sacras
y ahora en los cielos en dulce abrazo de amor me hallo unida
a Aquél a quien en la tierra adoré de continuo con ánimo fiel,
deseando contemplarlo por siempre”.
- Ahora bien, dicho esto, súbitamente se alejó de ellos,
(455) los cuales, excesivamente regocijados por consuelo tan grande,
secaron las lágrimas derramadas a causa de la muerte de ella
y con canora voz salmodiaron laudanzas al Señor,
quien a sus santos testigos después de los rudos combates
clementemente otorga el premio de la vida eterna. Amén.

[TRANSICIÓN]

TERMINA EL LIBRO PRIMERO.

COMIENZA EL SEGUNDO, INTEGRADO POR UNA SERIE DRAMÁTICA

Toda la materia de esta pequeña obra, así como la de la anterior, las he recogido de antiguos libros compuestos bajo los nombres de autores bien informados, exceptuada la Pasión de san Pelagio, la secuencia de cuyo martirio me relató alguien que es originario de la misma ciudad en que aquél padeció y quien vio él mismo al hermosísimo entre los varones y atestiguó que conocía verazmente el final del asunto. Por lo que, si algo de falsía en una o en otra incluí al componer, no engañé de por mí, sino incautamente imité a engañadores.

Las ocho leyendas

se terminó de imprimir en marzo de 1999
en los talleres de Impresores Aldina, S.A.
Obrero Mundial 201, col. Del Valle,
03100 México, D.F. Se imprimieron 1 000
ejemplares más sobrantes para reposición.
Composición tipográfica: Literal, S. de R.L. Mi.
Cuidó la edición Alejandro Arteaga y el
Departamento de Publicaciones de
El Colegio de México

Estas ocho leyendas de Hrotsvitha de Gandersheim complementan la versión de los seis dramas de la misma autora, que Luis Astey tradujo y publicaron, en 1990, el ITAM y el Fondo de Cultura Económica. El resultado es este libro –dice su traductor– en la mayor medida posible independiente del publicado ese año.

La presentación que hace Astey de la autora y sus circunstancias históricas y culturales nos deja prendados de esta monja que, como otras de la Alta Edad Media –Hildegarda de Bingen, Rikkardis, Gerberga y Eduvigis– hacían alarde de su asombrosa erudición.

La traducción está muy apegada al texto original, pero se tiene la sensación de estar leyendo, con toda su frescura, el texto original, el cual –dice Hrotsvitha–, “adornado con poco refinamiento de cualquier elegancia, pero con no poca diligencia elaborado, para que sea corregido lo ofrezco a la benignidad de todos los que saben; por supuesto, de aquellos que no se deleitan en criticar a quien yerra, sino más bien en corregir errores. Porque confieso haber errado, y no medianamente, no sólo en discernir la cantidad de las sílabas, sino también al componer los enunciados, y mucho merecedor de represión se halla latente en esta serie. Pero a quien confiesa sus errores propicio perdón le es debido y a los defectos justa corrección”.

